HIPÓLITO ESCOLAR SOBRINO

LA BIBLIOTECA DE ALEJANDRÍA





GREDOS

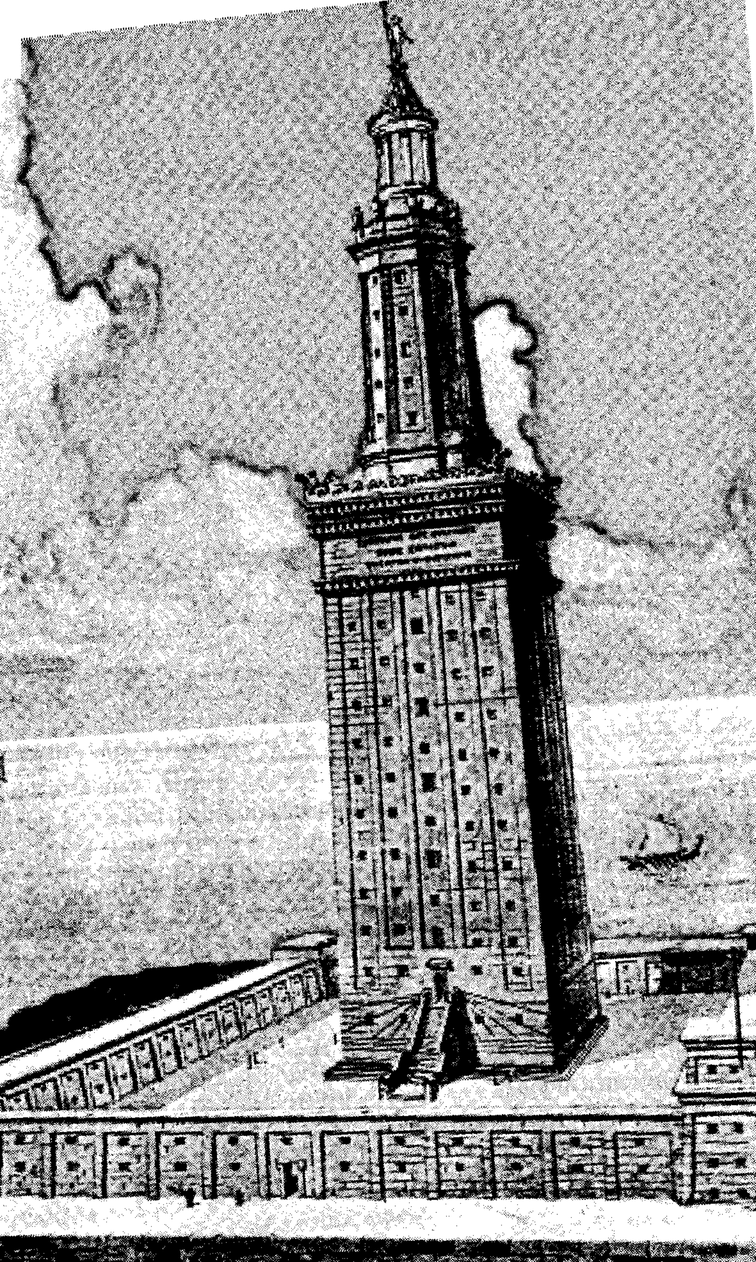
LA BIBLIOTECA DE ALEJANDRÍA

Hipólito Escolar



EDITORIAL GREDOS

Lo mismo que
el Faro orientó durante
siglos a los navegantes, la Biblioteca
de Alejandría, también durante muchos
siglos, estuvo al servicio de los estudiosos
y de la ciencia en los más alejados países.



LA BIBLIOTECA DE ALEJANDRÍA

Sánchez Pacheco, 85, Madrid
www.editorialgredos.com

PRIMERA EDICIÓN: 2001
2.ª REIMPRESIÓN

Diseño de cubierta:
ALEJANDRO ESCOLAR

Dibujo de cubierta e interior
MANUEL BARCO

ISBN 84-249-2294-8
Depósito Legal: M. 14821-2003

Gráficas Cóndor, S. A.
Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid)

Encuadernación Ramos

PRÓLOGO

Concluidos los volúmenes correspondientes a la historia del libro español y a la del libro universal, última vuelta de la tuerca a una aventura de larga trayectoria, me atrajo la idea de dar a conocer la actividad de la Biblioteca de Alejandría y los logros de los que la frecuentaron porque, aunque su influencia en el desarrollo de la cultura ha sido inmensa, sobre ella se tienen noticias vagas y generalmente equivocadas. Sin pretender un estudio erudito, he aprovechado algunos trabajos anteriores para narrar una muy importante aventura histórica y sacar algunas consecuencias, lecciones las llamaron en algún tiempo, de los hechos.

Curiosamente, a pesar de haber sido la biblioteca más importante de la Antigüedad, no dispuso de un edificio notable, al menos tan noble como su compañero el Museo. Ni de algo tan esencial, según nuestras ideas, como una sala de lectura. Ni llegó a reunir los cientos de miles de libros que la tradición

le atribuye, que tampoco perecieron en el fuego, según cuentan las leyendas.

La importancia de la Biblioteca se debió a su colección de libros y a los estudiosos que en ella trabajaron. A mi entender, es tanta en la creación, conservación y transmisión de la cultura intelectual de la Antigüedad Clásica, que me he atrevido a corregir a MacLuhan y cambiar el nombre de Galaxia de Gutenberg por el de Galaxia de Alejandría, porque en la Biblioteca nació el concepto del libro escrito actual. Los alejandrinos trataron de garantizar la corrección del texto del autor, facilitar su conservación, permitir su multiplicación y el acceso a la lectura en cualquier lugar y tiempo. Lo de Gutenberg, que se refiere a la facilidad de multiplicación e identidad de los ejemplares, aunque no se puede negar su enorme valor cultural, ha sido un corto episodio de poco más de quinientos años, frente a los dos largos milenios transcurridos desde la fundación de la Biblioteca de Alejandría.

En pocos periodos históricos la cultura intelectual ha alcanzado cotas tan elevadas como las logradas en la Grecia Clásica, cuyo pensamiento filosófico y literario influyeron poderosamente en la cultura latina, que ha conformado la nuestra occidental. También los griegos dieron pasos de gigante en el pensamiento científico, que fue recogido por los países musulmanes, a los que per-

mitió ocupar un primer puesto en el mundo durante varias centurias, y, traducido al latín, principalmente en Toledo, pero también en Sicilia, a partir del siglo doce produjo una revolución intelectual en Europa y dio lugar, en el siglo trece, al nacimiento de las universidades y al de la cultura moderna, que no ha cesado de engrandecerse desde entonces. Las obras escritas y los textos fijados por los alejandrinos, así como las notas filológicas que les añadieron fueron recogidos por los sabios de Bizancio, y de aquí pasaron, ya en el Renacimiento, a la Europa occidental. Curiosamente los papiros encontrados recientemente en las excavaciones confirman el cuidado de los bizantinos en su trabajo de conservación.

La actividad del Museo y de la Biblioteca de Alejandría fue posible porque el libro escrito al servicio de la lectura individual se había desarrollado durante el siglo cuarto en Grecia y permitió a los Tolomeos invitar a su corte a los escritores griegos más destacados para que vivieran sin preocupaciones económicas en el Museo y trabajaran con los libros que se encontraban en la Biblioteca, prácticamente todos los escritos en el mundo griego.

La intención de los reyes no fue sólo altruista. Aspiraban a ocupar un papel hegemónico en la política y cultura griegas, que no se asentaban ahora sólo en la península y en las islas. La cultu-

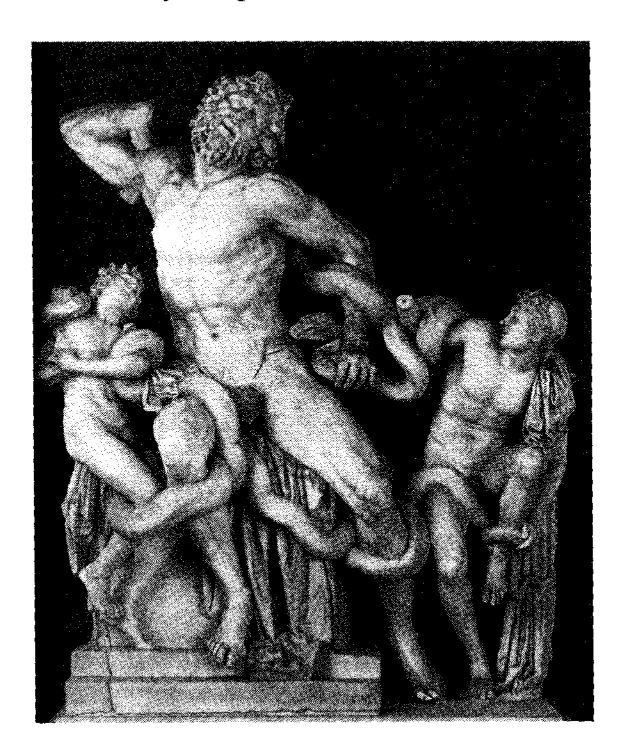
ra griega tenía una espléndida floración en las tierras conquistadas por Alejandro y gobernadas a su muerte por los generales que le sucedieron, en las que florecía lo que se llama helenismo, las creaciones griegas cultivadas en tierras lejanas al lado de las de otros pueblos históricos, que las fecundaron con sus experiencias. Quizá por estas influencias, la ciencia se desarrolló positivamente, pero también experimentó cambios de orientación y aparecieron pseudociencias, como la astrología junto a la astronomía y la alquimia junto a la química.

Una servidumbre trajeron el libro escrito y la literatura, que los alejandrinos potenciaron, frente al libro de difusión oral, el desinterés por la comunicación a las grandes audiencias, al público que asistía a los certámenes y a las representaciones dramáticas, y por los temas capaces de entusiasmarle. También la atención preferente por la técnica de la composición —la cocina literaria—, por la erudición, los temas minoritarios y la orientación, encerrados en una torre de marfil, a pequeños grupos de selectos. Se valoraron la forma conseguida por la técnica junto a los contenidos y se llegó a la jerarquización de los autores y a la formación de listas selectivas, que favorecieron la lectura de unos pocos, que escribían a los dictados de la preceptiva, y condenaron al olvido a la mayoría, aunque dijeran cosas que interesaban a muchos.

El efecto de esta postura ha perdurado hasta nuestros días. La literatura, espuma de la comunicación, cuanto más elitista más estimada, y a más amplia recepción, menor estima. La literatura ha originado un profundo abismo de incomprensión entre los escritores más apreciados por la oligarquía de los Aristarcos y el pueblo llano. Pero el gusto por la literatura sencilla, comprensible, o, si se quiere, popular, ha roto a lo largo de la historia los corsés que a la expresión imponían los críticos.

En la Antigüedad las llamadas novelas griegas, que se desarrollaron en la época romana y que representan el último género literario creado por los griegos, fueron populares hasta entre los soldados, que las llevaban en su impedimenta; en la Europa medieval, los cantares de gesta que deleitaban en las plazas al pueblo, frente a la literatura latina recluida en los escritorios, incomprensible incluso para los que decían admirarla y tenían que ayudarse de glosas para entenderla; en las calles cordobesas por los mismos años sonaban las canciones de Aben Quzmán, escritas en una jerga que el pueblo entendía, romance mezclado con árabe, mientras que en las cortes los poetas áulicos trataban de imitar las viejas casidas árabes en solemnidades académicas. Hoy, en la gran democracia de la audiencia, el pueblo interesado en los contenidos más que en la técnica premia a los comunicadores, a los que lee en no-

velas de quiosco, revistas deportivas y sentimentales, y pasa largas horas escuchando la radio y contemplando en la televisión programas de entretenimiento y comprensibles, nada elitistas.



El Grupo de Laoconte, obra de los escultores Agesandros, Polidoros y Atenodoros, es una de las esculturas características del arte helenístico. Describe el momento en que dos serpientes atacan el cuerpo del sacerdote y de sus hijos y muestra el interés, frente a la serenidad del arte clásico, por el dolor.

1

EL HELENISMO

La fulgurante aventura de Alejandro Magno. Los griegos salieron victoriosos de las Guerras Médicas sostenidas en la primera mitad del siglo quinto contra la fuerza expansiva del imperio persa aqueménida, la mayor potencia política conocida por el hombre hasta entonces. En su crecimiento había ido incorporando antiguos imperios (asirio, babilónico y egipcio) y reinos y ciudades florecientes, extendiendo sus fronteras de este a oeste desde el río Indo hasta el mar Egeo y Egipto, unos cuatro mil kilómetros, y de norte a sur desde el Asia Central hasta el Estrecho de Ormuz, unos dos mil kilómetros. Ciro, hijo de Darío, y aspirante a sucederle, declaraba orgulloso:

—El imperio de mis padres se extiende hacia Mediodía, hasta donde los hombres no pueden

habitar por el calor; y por el Norte, hasta donde no pueden vivir debido al frío.

La victoria de los griegos, agrupados en pequeñas y pobres ciudades, más bien aldeas, les dio confianza en sí mismos, en el respeto a la persona y en sus instituciones, que fueron comparadas favorablemente con las de la masa amorfa de los súbditos del imperio. Por otra parte, las numerosas ciudades estado, celosas de su independencia, impidieron la formación en Grecia de un fuerte poder político.

La Guerra del Peloponeso, a finales del mismo siglo quinto, sólo temporalmente resolvió esta aspiración y la rivalidad política entre las dos grandes *poleis* griegas, Atenas y Esparta. Ésta, la vencedora, no supo administrar la victoria porque, según reconoció Aristóteles, los espartanos estaban adiestrados para la guerra, no para la paz. En el siglo cuarto, durante una decena de años alcanzó la hegemonía Tebas, 371-362, gracias a dos ilustres generales, Pelópidas y Epaminondas, que murieron pronto y sucesivamente en el campo de batalla. Las ciudades trataron de resolver inútilmente la lucha por el poder uniéndose en ligas y confederaciones.

En medio de estériles peleas fue afortunado el reino macedónico, situado al norte y escasamente helenizado, aunque sí lo estuviera su corte, gracias a su rey, Filipo II, ambicioso e inteligente político, que modernizó el ejército y, apoyándose

unas veces en las armas y siempre en una hábil y oportunista diplomacia, logró, tras la batalla de Queronea, 338, contra Tebas y Atenas, la unificación política de los griegos en la Liga de Corinto, de la que eran partícipes todas las ciudades, menos Esparta, que ofreció a Filipo, para él y sus descendientes, el nombramiento de *hegemón* o jefe. También se acordó allí la declaración de la guerra a Persia para la solución de la vieja querella entre Asia y Europa, y vengar la reciente devastación de los templos llevada a cabo por Jerjes en la Segunda Guerra Médica, aunque la causa real era la búsqueda de una solución a los graves problemas políticos, económicos y sociales de la población que la extensión y riqueza del Imperio persa podían facilitar.

Había sido un fenómeno constante la emigración desde los Siglos Oscuros a las costas de Sicilia, Italia, Francia y España, por un lado, y a las de Asia Menor y el Mar Negro, por otro, e incluso a Egipto, buscando nuevas tierras en las que el sustento fuera más fácil que en el terruño hogareño. Además, por las mismas motivaciones económicas, mercenarios griegos habían estado y seguían estando al servicio de los ejércitos de potencias extranjeras en sus guerras.

Jenofonte, en el *Anábasis*, había descubierto la vulnerabilidad del gigante, en cuyo amplio territorio podían encontrar acomodo y vivir bien los

griegos, que malvivían pobremente en sus tierras. Grandes oradores, como Gorgias, Lisias e Isócrates, pronunciaron discursos, que encontraron gran eco, pidiendo la unión de los griegos para la lucha contra el enemigo natural.

Isócrates, influyente maestro de retórica, en el *Panegírico* recogió una idea de Gorgias. La hostilidad es natural entre ambos pueblos y tan grande que a los griegos les agradaban las leyendas que hablaban de troyanos y persas porque así llegaban a enterarse de sus desgracias. Las guerras contra los bárbaros inspiraban himnos que se cantaban en las fiestas; las que se producían entre los griegos, cantos fúnebres que se recordaban en los momentos desgraciados. La fama de la poesía de Homero se debió a que elogió con gran belleza a los que lucharon contra los bárbaros y ésta es la razón de la estima de su arte en los certámenes y en la educación de los jóvenes.

Había pretendido, al principio del siglo cuarto, durante la supremacía espartana, que Atenas y Esparta juntas capitanearan a los griegos contra los persas; y así se expresa en el mencionado *Panegírico*. Al final de su vida, llegó a la conclusión de que el único capaz de llevar a buen término la empresa era Filipo de Macedonia. Pero Filipo no pudo realizar el proyecto porque murió asesinado, 336, cuando se disponía a incorporarse al ejército, que ya había iniciado la marcha hacia Asia.

A los veinte años, cuando **Alejandro** sucedió a su padre en el trono de Macedonia, 336, tenía experiencia militar y política. Había sido educado por Aristóteles y desde fecha temprana mostró inteligencia y dotes de mando. Tras dominar a los bárbaros de la frontera norte, a los tebanos sublevados, cuya ciudad destruyó, aunque respetó la casa de Píndaro, y a la poderosa flota persa mandada por un almirante griego, Memnón, y dejando en Macedonia con tropas de reserva al veterano Antípatro, se lanzó, en la primavera del 334, con arrojo juvenil y cuarenta mil hombres, la mitad macedonios, sin temor a la inmensidad de las tierras, poco conocidas, al encuentro de la gran aventura.

Quiso ser el primero en pisar tierra asiática y rindió un homenaje en Troya a los héroes homéricos para resaltar que su expedición continuaba la epopeya micénica mientras meditaba con envidia en la suerte de Aquiles, cuyas hazañas fueron cantadas por un tan gran poeta como Homero. Él no tuvo su Homero, pero los historiadores destacaron sus hazañas y en el pueblo arraigó la popularidad mítica de Alejandro rodeada de prodigios.

Aunque los griegos tenían noticias vagas de la extensión del imperio, Alejandro, confiado en su fortuna, arrastró a sus tropas, con pesada impedimenta y posibles problemas logísticos, si bien pensaba vivir sobre el terreno, por peligrosos desfila-

deros, ríos caudalosos, secos desiertos, montañas nevadas y tierras pantanosas e insanas. Todo ello siguiendo un plan estratégico: dominar primero Asia Menor y luego la costa oriental del Mediterráneo. Finalmente penetrar en el corazón del imperio persa.

La invasión no inquietó al Gran Rey y se encargaron de detenerla los sátrapas locales sin solicitar refuerzos. Los venció junto al río Gránico, 334, cerca del Helesponto, y recogió los frutos con la conquista de Sardes, centro del poder persa al occidente de Asia Menor y antigua capital de Lidia; de Éfeso, la más famosa y rica ciudad de Asia Menor; de Mileto, la patria de Tales, y de Halicarnaso, con el célebre Mausoleo, tumba del sátrapa Mausolo y una de las maravillas del Mundo Antiguo.

Para dominar el mar se preocupó de mejorar su flota y eliminar la que estaba al servicio de los persas, y, para asegurar sus conquistas, de organizar el gobierno de las ciudades y asignarles guarniciones. A continuación abandonó la costa para subir a Gordio, donde resolvió de manera decidida con la espada el llamado nudo gordiano, del que se decía que el que lo desatara sería dueño de Asia. Resuelto el desafío de Gordio, volvió a la costa sur y desde Tarso marchó al encuentro de Darío, que al frente de un numeroso ejército le esperaba junto a la ciudad de Iso, en Siria. Fue

una gran victoria de Alejandro, que la esperaba confiado en que se enfrentaban hombres libres contra esclavos o mercenarios.

Darío III huyó dejándose a su familia, madre, esposa e hijos, tratados con respeto por el vencedor, que declaraba no tener enemistad personal con Darío y su familia. Él luchaba por conquistar Asia. A continuación se apoderó de Damasco, Biblos, Arados, Trípoli y Sidón con facilidad, y con esfuerzo de Tiro, cuyo asedio se prolongó siete meses, y Gaza, camino de Egipto, con lo que alejó a los persas del mar y convirtió el Mediterráneo oriental en un lago griego.

Egipto lo recibió como liberador sin resistencia por parte de la guarnición persa y, tras descansar durante el invierno, fundar Alejandría y tratar con simpatía a los egipcios, se dirigió nuevamente, 331, al encuentro del ejército persa, al que encontró en las llanuras de Gaugamela, Asiria, junto al Tigris, y a la ciudad de Arbelas.

A pesar de los numerosos efectivos reunidos por Darío y de los carros con hoces para deshacer la falange, su ejército fue aniquilado definitivamente y cayeron, como frutas maduras, las grandes ciudades, tal la vieja y rica Babilonia o la nueva y bella Persépolis, quemada, quizá, para vengar el incendio de Atenas ordenado por Jerjes, Susa, Pasargada y Ecbatana.

Darío continuó su huida hacia Oriente y fue asesinado por el traidor Besso. El avance impetuoso de Alejandro sólo encontró un freno en la lejana y para los griegos desconocida India, donde se enfrentó con el gigantesco rey Poro, que utilizaba elefantes en su ejército. Después de fundar algunas ciudades al este del Indo y ante el cansancio de los soldados, se decidió a regresar a Babilonia por tierra, aunque encargó a Nearco que lo hiciera por mar. En su larga galopada había recorrido más de veinte mil kilómetros.

Los triunfos de Alejandro se debieron a su poderoso ejército, bien organizado por Filipo, cuya base principal residía en la falange, que combatía en formación cerrada y compacta, un erizo, con sus largas lanzas, *sarissa,* sobresaliendo, apoyada por una entrenada caballería, en la que destacaban los nobles macedonios, *hetaîroi,* compañeros, y por las tropas auxiliares proporcionadas por las ciudades griegas y por los vecinos tracios e ilirios.

Pensó invadir Arabia y, si hubiera vivido más, quizá hubiera intentado la aventura de la conquista del Mediterráneo Occidental, donde sobresalían Roma y Cartago, porque, aunque eran tierras pobres en comparación con las asiáticas, le espoleaban un espíritu aventurero y una gran ambición. Además, deseaba castigar a los cartagineses, que se solidarizaron con Tiro.



Mosaico aparecido en Pompeya y conservado en Nápoles representando la batalla de Gaugamela, copia de una pintura griega del siglo IV. En el centro Darío se defiende desde un carro y a la izquierda aparece Alejandro.

Impulsivo, joven e inmaduro, era más capitán que general y más general que hombre de estado, que peleaba con ardor entre sus soldados en primera fila y se dejaba arrastrar por la violencia, la intemperancia y la crueldad. No admitía consejos con facilidad y se recuerdan las veces que desoyó los de su fiel Parmenión, compañero de armas de su padre, sosegado y con experiencia. Hubo de sufrir deslealtades y motines, que cortó sin piedad.

Hombre lleno de contradicciones, le embriagaron, dada su juventud y su fortuna, los éxitos, nada podía oponerse a sus caprichos, y exigió que le trataran con la misma sumisión que a los reyes persas y que los griegos se arrodillaran ante él, como hacían los persas según el protocolo, *pros-*

kýnesis, idea que no agradó, por humillante, a algunos griegos. Terminó entregado a la bebida, a



Fue tanta la fama que despertó la aventura fulgurante de Alejandro, que los persas lo consideraron uno de sus grandes reyes, y poetas nacionales, como Firdusi y Nizamí, lo cantaron en sus poemas.

los banquetes y a las mujeres, para escándalo de los sobrios griegos.

Respetó la civilización persa y procuró que los persas, conocedores de la administración, a los que admiraba, y los griegos trabajaran juntos y se casaran entre sí porque los matrimonios mixtos eliminarían la vergüenza de los vencidos y rebajarían el orgullo de los griegos. Tuvo sueños, muy alejados de la tradición griega y, si no fue un gran político, estaba destinado por los dioses a una de las empresas más importantes de la humanidad.

Murió en Babilonia en el 323, a los 33 años, en plena juventud, como su admirado Aquiles. Las largas campañas militares, en las que recorrió muchos miles de kilómetros, sin perder una sola batalla, su audacia, su valor temerario, su resistencia física, su respeto por los vencidos y su temprana muerte explican su conversión en héroe popular y mítico en tierras tan alejadas entre sí, como Albania y Afganistán, y la perduración de su fama a lo largo de la Edad Media tanto en el mundo cristiano como en el musulmán. Pronto aparecieron las leyendas, como la que le hacía descendiente del dios Atón, que sedujo a su madre Olympia durante una ausencia de Filipo.

La desmembración política del Imperio de Alejandro. La muerte de Alejandro trajo la de la breve unidad política de su imperio por la falta de

un heredero respetado y por la ambición de sus generales, los llamados diádocos o sucesores, que trataron, unos, en vano, de sucederle y, otros, con éxito desigual, de conseguirse un reino independiente para sí y para sus descendientes.

A pesar de esta falta de unidad política, no fue vana la herencia de Alejandro. Por de pronto, los griegos, dedicados al comercio o al servicio directo de los nuevos reyes en la administración y en el ejército, se derramaron por amplios territorios, y en las viejas ciudades, pero principalmente en las numerosas que crearon, implantaron, dada su consideración de clase superior, la lengua, las formas de vida, el pensamiento y, en una palabra, la cultura griega.

Nació así el mundo helenístico con una cultura uniforme que ha de perdurar muchos siglos, en un momento propicio cuando los griegos pudieron llevar a otros pueblos su talante y las grandes consecuciones culturales que habían alcanzado en los siglos quinto y cuarto: el teatro, la filosofía, la retórica, la historia y el arte (pintura, escultura y arquitectura), que se sumaban a adquisiciones anteriores, poemas épicos, poesía lírica y coral, certámenes poéticos y juegos atléticos. Esta cultura ha de perdurar muchos siglos y ha de empapar otras posteriores, como la cristiana y la musulmana.

La aceptación de la cultura griega por diversos pueblos fue fácil, pues además de su carácter

superior, los griegos no eran xenófobos y estaban dispuestos a integrar en su mundo a otras gentes. Se era miembro de la comunidad griega por razones culturales, no étnicas, según la intuición de Isócrates: «Nuestra ciudad ha conseguido que el nombre de griego se aplique no a la raza, sino a la inteligencia, y que se llame griegos más a los partícipes de nuestra educación que a los de la misma sangre» (*Panegírico*, 50).

El poder pasó a Pérdicas, que fue nombrado regente de un hijo póstumo de Alejandro, esperado por su viuda Roxana, así como de un hermanastro, deficiente mental, Filipo Arrideo. Se confirmó a Antípatro el gobierno de Macedonia y Grecia, que le había sido confiado en tiempos de Alejandro, y otros generales recibieron gobiernos provinciales o satrapías. Tracia fue confiada a Lisímaco, Egipto a Tolomeo Lagos, y distintas regiones de Asia Menor a Antíoco y a Eumenes, entre otros.

En lucha contra Tolomeo murió pronto Pérdicas, 321, y le sobrevivió poco, dos años nada más, Antípatro, que le había sucedido en la regencia. El tercero en aspirar a la sucesión de Alejandro fue Antígono, apoyado por su hijo, Dionisio Poliorcetes, uno de los generales más activos; pero terminó derrotado por una coalición en la batalla de Ipso, 301, en la que, además, perdió la vida.

Medio siglo duraron las guerras entre los diádocos, a los que fueron sustituyendo sus hijos, los epígonos o jóvenes. Ciertamente las guerras no fueron ni muy cruentas ni muy crueles, no llegaban al exterminio del vencido, aunque se recurriera al asesinato para librarse de los enemigos. En general, no se esclavizaba a los vencidos, porque no eran guerras nacionales, y normalmente se utilizaban ejércitos de mercenarios, procedentes de varios países con un aspecto variopinto. La base la constituían las falanges, en cuyos flancos se colocaba la caballería. Una nota nueva la daban los elefantes, que luchaban entre sí y acercaban a los luchadores. Otra nota característica fue la poliorcética, la técnica para el asedio y defensa de las ciudades.

Las guerras obedecían, en una situación política fluida, a la búsqueda de un equilibrio político, que dio lugar a gran actividad diplomática y a la formación de alianzas, reforzadas con frecuentes enlaces matrimoniales, para evitar que alguno se hiciera demasiado poderoso y, al mismo tiempo, asegurarse cada uno un reino, lo más extenso y rico posible, que legar a sus descendientes. Finalmente, sólo dos diádocos consiguieron dejar a sus hijos el reino creado por ellos: Seleuco, que había recibido a la muerte de Pérdicas la satrapía de Babilonia, quizá como premio por haberle asesinado, y Tolomeo, que, por otro lado, fue el úni-

co que murió en la cama. Dos grandes poderes emergentes, uno al este, los partos, y otro al oeste, los romanos, acabaron con estas monarquías, que recibían en su conjunto el nombre de *oikouméne*.

Los reyes, que gobernaron como soberanos absolutos, se preocuparon del desarrollo económico, favorecido por la gran riqueza dineraria que habían atesorado los reyes persas, toneladas de oro y plata, que Alejandro y sus sucesores pusieron en circulación acuñando moneda para atender a los gastos militares, pero también para la construcción de ciudades y vías de comunicación. A su amplia difusión colaboró el generalizado comercio de trigo, aceite, vino, especias, perfumes, incienso, esclavos, metales, papiro, vidrio, joyas y objetos cerámicos y de arte, entre otras mercancías.

Macedonia. Dejando a un lado algunas ciudades que se mantuvieron independientes (Rodas, Bizancio, Esparta, etc.) y de algunos pequeños estados, como Bitinia, Ponto y Nabatea, un tercer gran reino nacido de la fragmentación del imperio de Alejandro fue el de Macedonia, el cual, asesinados los herederos de Alejandro, pasó por sucesivas manos (Casandro, hijo de Antípatro, Demetrio Poliorcetes, Lisímaco y Tolomeo Ceraunós, Rayo, hijo de Tolomeo I de Egipto), para termi-

nar en las de Antígono Gonatas, hijo de Demetrio Poliorcetes, vencedor de los gálatas, que habían invadido y saqueado Macedonia tras derrotar y dar muerte a Tolomeo Ceraunós.

Macedonia, cada vez más helenizada, tuvo que sostener el empuje de los bárbaros al norte; al oeste, la rivalidad del Epiro, y al sur, las inquietas ciudades griegas, a Pérgamo y a la escuadra de los Tolomeos y sus intrigas políticas. Aunque constituía una poderosa potencia militar, no dispuso de la riqueza de los otros reinos helenísticos y no pudo dominar a las ciudades griegas, si bien ejerció una hegemonía sobre Grecia, donde el poder se centró en dos federaciones de ciudades, las ligas etolia y aquea, quedando en un segundo lugar Atenas, muy respetada en todo el mundo helenístico por su trayectoria intelectual, y Esparta, cuyos reyes Agis y Cleomenes intentaron en el siglo III una reforma revolucionaria para aumentar el número de ciudadanos, que habían quedado reducidos a menos de un millar.

La dinastía de los Antigónidas y el reino de Macedonia desaparecieron ante el creciente poder romano con el que se enfrentó Filipo V, aliado con los cartagineses, no sin cierto éxito, en la Segunda Guerra Púnica para ser derrotado duramente por el cónsul Flaminio en Cinocéfalos, 197. A su hijo Perseo le infringió Paulo Emilio en Pidna, treinta años después, la derrota definitiva.

Roma entró de lleno en el mundo helenístico porque, al conquistar Grecia las legiones, los romanos fueron seducidos por la cultura griega: *Grecia capta ferum victorem cepit,* «Grecia cautiva dominó al fiero vencedor».

Su principal rey fue Antígono Gonatas, vencedor de los gálatas, que gobernó durante casi cuarenta años y creó la dinastía antigónica. Fue hombre culto y se rodeó en su corte de Pella de hombres ilustres como Arato, Alejandro de Etolia, Timón de Fliunte y Perseo, discípulo de Zenón. Los reyes macedonios crearon una buena biblioteca, que Paulo Emilio, el vencedor del último rey, Perseo, 168, se llevó a Roma.

Seleucia. El reino creado por Seleuco, que duró del 312 al 65, fue el más extenso. Arrancó de la satrapía de Babilonia, a la que fue incorporando sucesivamente las otras situadas al este. Más tarde, y como consecuencia de la batalla de Ipso, recibió Siria, y con ella un acceso al Mediterráneo. Finalmente, poco antes de morir, al vencer a Lisímaco en Ciropedio, 281, consiguió gran parte de Asia Menor y estaba a punto de incorporarse Tracia y el reino de Macedonia cuando fue asesinado por Tolomeo Ceraunós.

Los seléucidas trataron de helenizar su reino para lo cual fundaron numerosas ciudades y facilitaron el asentamiento de colonos griegos. Seleu-

cia del Tigris fue creada para capital en sustitución de Babilonia, y llegó a contar con más de medio millón de habitantes. En ella confluían las rutas comerciales de oriente y occidente. Pero Antioquía terminó siendo la capital del reino por el deseo de los seléucidas de estar presentes en el Mediterráneo. Había sido fundada, unos diez años después, en la ribera del Orontes también por Seleuco.

Las dos capitales muestran la bipolaridad política del reino seléucida que si, por un lado, pudo sentirse heredero del imperio aqueménida, por otro se consideraba plenamente griego y deseaba participar en la política mediterránea. También hubo bipolaridad cultural. A pesar de ser la monarquía seléucida un reino griego, la milenaria cultura mesopotámica experimentó un renacimiento. Los templos reconstruyeron las antiguas bibliotecas de tabletas cuneiformes, copiando viejos textos que las guerras habían diseminado y añadiendo otros nuevos, especialmente científicos (matemáticos, astronómicos, léxicos, etc.) y religiosos (rituales, himnos, etc.).

El contacto de las dos culturas produjo una simbiosis, reflejada, por ejemplo, en la *Historia de Babilonia* que escribió en griego Beroso, un sacerdote de Bel, y fundamentalmente en el enriquecimiento que la ciencia griega consiguió en astronomía, medicina y matemáticas. Una rama de la primera degeneró en astrología, originando

un gran desarrollo de los horóscopos, predicción de lo que ha de suceder a las personas por la situación de los astros en el momento de su nacimiento.

A lo largo del siglo perdieron los territorios orientales, de los que se enseñorearon los partos, un nuevo poder que mantuvo un amplio imperio durante medio milenio. Antíoco III el Grande, a caballo entre los siglos III y II, pretendió con éxito parcial recuperarlos, así como anteriores posesiones en Asia Menor, que también se habían perdido, pero al intervenir en Grecia, donde habían puesto pie firme los romanos, fue por ellos derrotado y, por las condiciones que le impusieron en la paz de Apamea, 188, su reino dejó de ser una potencia mediterránea. Los romanos también paralizaron un intento de expansión a costa de Egipto en tiempos de Antíoco IV Epífanes, contra el que se sublevaron los macabeos en Jerusalén como protesta por la pretensión del rey de helenizar a los judíos. A partir de este momento, mediados del siglo II, la decadencia política se acelera hasta que Pompeyo, en el año 63, convierte en provincia romana a Siria, a la que finalmente había quedado reducido el antes extensísimo reino seléucida.

Pérgamo. El cuadro histórico del mundo helenístico no puede cerrarse sin la mención de un

cuarto reino, el de Pérgamo, situado en Misia, en la región occidental de Asia Menor donde se encuentra Troya. De vida corta, siglo y medio, no fue ni tan extenso ni tan poderoso como los otros tres, pero tuvo gran peso en el mundo del arte y del libro porque sus reyes, llamados Atálidas del nombre de Atalo que llevaron tres de ellos, dispusieron de enormes riquezas, que utilizaron para conseguir amistades y prestigio dentro del mundo griego, incluso con espléndidos donativos a las viejas y prestigiosas ciudades. Embellecieron la capital con hermosos monumentos, la dotaron de una gran biblioteca que sólo cedió en fama en la Antigüedad a la de Alejandría y, como los Tolomeos, acogieron en su corte a hombres prestigiosos por su saber.

Su origen se debió a una traición. El, al parecer, eunuco Filatero era comandante de Pérgamo, pequeña población, a pocos kilómetros del Egeo, donde Lisímaco guardaba un importante tesoro por ser fortaleza casi inexpugnable. Traicionó a su jefe pasándose al bando de Seleuco y quedándose, a su muerte, con los nueve mil talentos que tenía bajo su custodia.

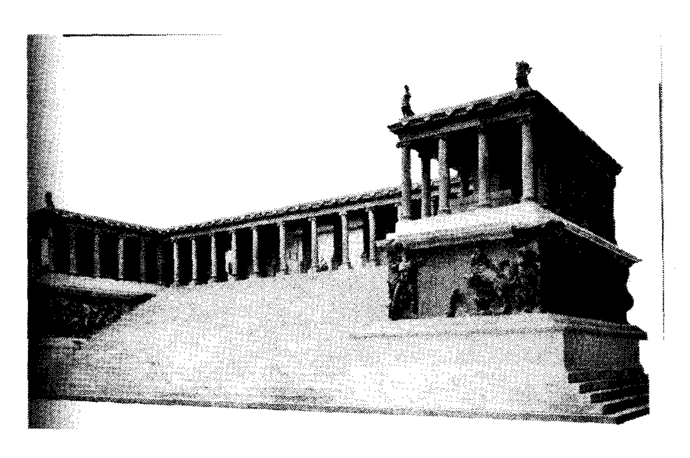
Los comienzos fueron difíciles porque tuvo que defenderse de los seléucidas y de los galos o gálatas. Precisamente el triunfo que sobre éstos consiguió Atalo I (hacia el 230) le incitó a utilizar el título de basileo, rey. Los Atálidas, buenos ad-

ministradores de su pequeño reino, contaron al principio con la ayuda de los egipcios contra los seléucidas; después, con la de los romanos, a los que prestaron colaboración en su lucha contra los reyes macedonios Filipo V y Perseo, y, más tarde, contra Farnaces del Ponto, Prusias de Bitinia y Antíoco III el Grande de Seleucia. El reino alcanzó su mayor extensión tras de la paz de Apamea. La simpatía de los reyes hacia Roma llegó al extremo de que el último, Atalo III, al morir legó su reino al pueblo romano, 133.

La defensa contra los galos invasores dio lugar a una serie de hermosas estatuas, los galos moribundos, que reflejan el valor de estos duros guerreros. Por otro lado, los tesoros de los reyes propiciaron la construcción, en lo alto de la colina que coronaba la ciudad, del palacio, el altar de Zeus y el templo de Atenea, una de las muestras más notables del arte helenístico, excavados y descubiertos por los alemanes a finales del siglo diecinueve. Fueron encargados por el rey Eumenes II en el siglo segundo. El basamento está decorado con altos relieves, que configuran una gigantomaquia representando a los griegos, dioses, luchando contra los gigantes, galos. En un friso más pequeño se narra la vida de Télefo, el hjo de Hércules.

Junto al templo había un gran patio cerrado por dos pórticos con columnas y, adosada a uno

de ellos, una gran sala en la que los restos arqueológicos parecen indicar que allí estaba instalada la biblioteca. En efecto, en las paredes han aparecido filas de agujeros al parecer destinados a sujetar estanterías, y unas basas con los nombres de Heródoto, Homero, Alceo y Timoteo de Mileto, sobre las que presumiblemente descansarían



Reconstrucción del altar de Pérgamo en el Museo de Berlín.

los respectivos bustos. La idea de instalar bustos de los autores famosos en las bibliotecas fue fértil e imitada en bibliotecas posteriores. Otro rastro puede ser la vecindad del pórtico, pues los pórticos se usaron en la Antigüedad como sala de lectura, mejor audiciones, de las bibliotecas. La gran sala o galería está distribuida en una sala mayor, que bien podía haber sido el vestíbulo de entrada,

y tres algo más pequeñas, quizá destinadas a depósito de libros.

La biblioteca fue fundada, según Estrabón, por Eumenes II, primera mitad del siglo segundo. No sabemos el número de volúmenes de su colección, aunque hay una leyenda, poco verosímil, de que Antonio ofreció a Cleopatra 200.000 volúmenes de Pérgamo para compensar las pérdidas que el incendio había ocasionado en la Biblioteca de Alejandría.

Imitando a los Tolomeos, los Atálidas reunieron en su corte a personalidades de la cultura griega, entre las que destacó el director de la biblioteca, Crates de Malos, filósofo estoico que alcanzó prestigio en Roma, a donde se desplazó como embajador del rey y donde tuvo que permanecer algún tiempo recuperándose de un accidente. Entre sus trabajos filológicos sobresale un estudio de Homero. Si el célebre bibliotecario alejandrino Aristófanes de Bizancio, no pudo aceptar la invitación para dirigir la biblioteca de Pérgamo por la oposición de Tolomeo V, en cambio acudieron, entre otros, los poetas Nicandro y Museo de Éfeso, el filósofo Antígono de Caristo, el historiador Apolodoro de Atenas, el ingeniero Bitón y el matemático Apolonio de Perge.

La fama de la biblioteca fue grande y por ello llegó a creerse, según Plinio el Viejo, que en Pérgamo se inventó el pergamino, *pergamené*. Con

mucha anterioridad se habían usado las pieles, *diphtheraí,* mejor o peor tratadas, como materia escritoria, pero lo que parece cierto es que el nuevo nombre procede de la ciudad, en la que se fabricaron pieles para escribir en gran escala, pues no disponían de papiro abundante, como en Egipto, que no tenía interés en facilitarlo.

Aparte de las bibliotecas de Pérgamo y Alejandría, las más famosas, hubo otras notables creadas en sus capitales por los reyes, como los seléucidas en Antioquía, los macedonios en Pella, Hierón en Siracusa y Mitrídates en el Ponto.

De los reinos helenísticos, el de mayor estabilidad y duración fue el de Egipto, a causa, quizá, de su situación geográfica aislada y de haberse constituido sobre un país milenario, rico, unificado y con una sólida organización administrativa. De él nos vamos a ocupar con extensión más adelante.

Arte y literatura helenísticos. El arte se desarrolló de manera espléndida durante la época helenística favorecido por las necesidades suntuarias de los reyes, la opulencia de las grandes ciudades y la existencia de una clase superior muy rica. Un florecimiento sin igual en la historia experimentaron el urbanismo y la arquitectura porque la población urbana creció frente a la rural y fueron numerosas las ciudades de nueva planta

que se crearon y muchas las antiguas que se ampliaron y embellecieron. La civilización helenística fue fundamentalmente urbana.

El trazado de las nuevas ciudades, que respondía a un plan geométrico, se hacía a base de dos calles principales que se cruzaban en vertical, en cuyos extremos estaban las puertas de la ciudad, y una serie de calles paralelas a ellas más estrechas. Este trazado en cuadrícula había sido utilizado por Hipódamo de Mileto en el puerto del Pireo en tiempos de Pericles.

Abundan las construcciones públicas, que suelen tener vistosidad, carácter grandioso y mayor variedad que en tiempos anteriores. A los templos, que daban nombre a las calles, y murallas se añaden teatros y odeones, gimnasios, estadios e hipódromos, lonjas para el comercio, locales para las reuniones de la asamblea municipal, centros educativos y culturales, pórticos, *stoas*, para evitar los rigores del clima y favorecer el caminar y la grata conversación, ágoras y foros, puertas monumentales, palacios y lujosas mansiones privadas. En lugares céntricos se elevaban fuentes, estatuas y obeliscos conmemorativos.

Los teatros se utilizan para las representaciones teatrales y para las asambleas; los gimnasios, aparte de su función primera de la enseñanza de los jóvenes, se convirtieron en centros de la vida intelectual, y las ágoras, trazadas con regularidad,

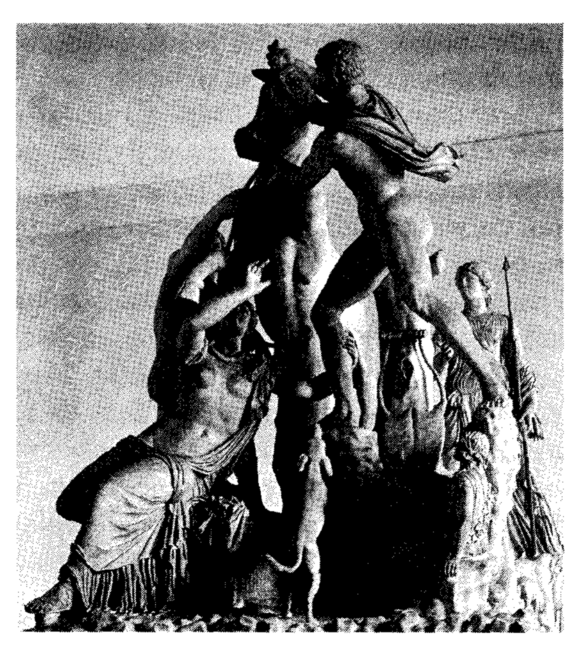
suelen incluir pórticos, cerrando las fachadas de los edificios, que pueden contener dependencias administrativas. Los pórticos se alzan también junto a los santuarios y a lo largo de calles principales. En ellos pululan las tiendas.

Las viviendas particulares, con frecuencia ajardinadas y separadas de otros edificios, se abren a patios interiores que proporcionan luz a las habitaciones. Pueden contar con pórticos para combatir las ardientes temperaturas estivales y debajo del suelo con aljibes para almacenar el agua de la lluvia. Es un modelo de vivienda posteriormente adoptado por la sociedad urbana musulmana.

Complementan los edificios frisos y grupos escultóricos, como las representaciones antropomórficas de ciudades y ríos: la de Antioquía, en la que una figura femenina, obra de Eutíquides de Sicione, aparece sentada en una roca, con una corona en forma de muralla, y debajo la personificación del río Orontes; el Nilo con dieciséis niños, los codos de las subidas del río, encaramados encima de un anciano majestuoso, y el monumental coloso de bronce de Rodas, destruido por un terremoto a los sesenta años de su construcción, que representaba a Helios, obra de Cares de Lindo, y bajo cuyas piernas entraban los barcos en el puerto.

También leyendas dramáticas porque el arte helenístico, frente a la serenidad del clásico, se

sintió atraído por al mundo interior de las personas, pasiones y sentimientos, como se muestra en el grupo Laoconte, representando el momento en que dos serpientes se enroscan en el cuerpo del sacerdote, y el Toro Farnesio, con el castigo de



El toro Farnesio, otro de los célebres grupos escultóricos helenísticos, de los escultores Apolonios y Tauriscos. Describe el castigo de Dirce atada a un toro salvaje.

Dirce atada a un toro salvaje para que la arrastre, quizá la producción escultórica más característi-

ca, por su movimiento y dramatismo, del helenismo. Por otra parte, se hicieron numerosas y notables esculturas, como la Victoria alada de Samotracia, la Venus de Milo o el Púgil sentado, etc., entre las muchas obras maestras de estos tiempos de las que tenemos noticias y nos han llegado copias o los propios originales. No se conocen los autores de muchas estatuas, ni su fecha.

El arte estuvo también al servicio de las personas y abundaron los retratos, actividad en la que destacó Lisipo, el retratista preferido por Alejandro, de personalidades famosas, reyes y magnates, que adornaron, aparte de los lugares públicos, palacios y viviendas con variadas esculturas, mosaicos, que parece que empezaron en Alejandría, y pinturas, murales y de caballete. Son características figuritas de terracota. También lo es la aparición del desnudo femenino, el interés por lo grotesco, por enanos, figuras contrahechas, viejos y viejas, pícaros, gente humilde de la calle, lo que se ha llamado arte de género, y la producción de objetos graciosos y refinados.

Atenas siguió siendo el hogar de la filosofía y la capital de la enseñanza superior con los antiguos Academia y Liceo, y los nuevos Pórtico *(Stoa)* y Jardín. En estos dos últimos, creados al final del siglo cuarto por Zenón de Citio y Epicuro, se explicaban las nuevas doctrinas, estoicismo

y epicureísmo, cuya aceptación se generalizó extraordinariamente. Los filósofos helenísticos se despreocuparon de la política y se centraron en la conducta personal, siguiendo el planteamiento moral de Sócrates. Los estoicos exaltaron las virtudes recogidas más tarde por el cristianismo, como la justicia y la templanza. El hombre, además, debía apartarse de las emociones, *apátheia*. Los epicúreos pensaban que el hombre buscaba el placer físico y huía de los sentimientos. El placer era la esencia de la vida feliz, posible con una vida sencilla, sin preocupaciones, buscando la ataraxia, la imperturbabilidad.

También fue Atenas el hogar del teatro, el género típicamente ateniense, aunque ahora las representaciones se hagan a lo largo y a lo ancho del mundo helenístico, por gracia especial de Menandro, el creador de la comedia nueva, sin coro, amable y entretenida, alejada del teatro ateniense del siglo quinto, con modestos tipos sacados de la calle, en contraste con los elevados personajes de la tragedia ateniense. Los personajes pueden ser jóvenes enamorados, mercenarios fanfarrones, padres ricos y desconfiados, cortesanas, inquietos todos por la suerte de la guerra y víctimas de raptos de piratas, aunque el reencuentro final devolviera la felicidad a los desgraciados protagonistas.

Fuera de Alejandría transcurrió la vida del historiador Polibio de Megalópolis, que en Roma gozó de la amistad de Escipión, al que acompañó en la campaña contra Numancia. Su obra sólo se conserva parcialmente. También fue un notable historiador Diodoro Sículo, del siglo primero a. C., autor de una obra extensa, *Biblioteca*, pero poco original.

Otra personalidad destacada que vivió al margen de Alejandría fue el poeta Arato de Solos, formado en Éfeso y Atenas y huésped del rey macedonio Antígono Gonatas en Pella y de Antíoco I de Siria, que, al parecer, le animó a redactar su obra, *Fenómenos,* astronomía en verso, de 1154 hexámetros, que fue traducida por Cicerón, despertó gran interés en la Antigüedad y fue consultada en los monasterios medievales. Aunque sus conocimientos astronómicos no fueron sobresalientes, Calímaco calificó de sutil su estilo. Se preocupó de estudiar los poemas homéricos.

Ya en la época romana apareció un nuevo género, la novela, muy popular y de larga vida, aunque no fue reconocida como obra literaria sobresaliente y no mereció la atención de los filólogos hasta el extremo de que son escasas las noticias que nos han llegado de sus autores, casi todos de los territorios vecinos al Mediterráneo oriental. Iban dirigidas a un público general, entre el que figuraban las mujeres, y sus ingredientes

principales residían en la descripción de diversas regiones y en el amor ardiente entre dos jóvenes, a los que la fortuna les separa, pero que al final terminan reuniéndose. Tenían un tinte religioso y eran respetuosas con la moral social.

Fue la reacción natural de la gente frente a la literatura minoritaria de los alejandrinos. Muchas obras se han perdido, de otras han aparecido fragmentos en las arenas egipcias. Entre las novelas supervivientes se encuentran: *Dafnis y Cloe* de Longo, cuyos amores y vida campestre han atraído a los lectores actuales, *Teágenes y Cariclea* de Heliodoro, *Quéreas y Calírroe* de Caritón de Afrodisias, *Efesíacas* de Jenofonte de Éfeso y *Leucipa y Clitofonte* de Aquiles Tacio.

Hubo, además, escuelas célebres en Rodas, para la retórica, y en Cos y Éfeso para la medicina. La época helenística es el período histórico en que por primera vez el libro circula ampliamente a través de las fronteras políticas y entre las diversas clases sociales.

Pero la capitalidad cultural le correspondió, sin género de dudas, a Alejandría porque, además de vivir y escribir en ella los grandes poetas, filólogos y científicos de estos tiempos, contó con el generoso mecenazgo de los Tolomeos y con la biblioteca más importante de la Antigüedad.

2

FUNDACIÓN DE ALEJANDRÍA

Con la aventura incruenta de la ocupación de Egipto por Alejandro se cumple la primera parte de su proyecto expansivo: el dominio de la costa del Mediterráneo oriental para convertir a este mar, como lo fue en ocasiones el Egeo, en un mar griego. Aunque para el joven rey sólo supusiera una primera fase de su plan, estas conquistas hubieran satisfecho plenamente a los griegos, incluso a los más soñadores, pues en estas tierras, fácilmente comunicables entre sí por mar, se sentían seguros, mientras que la lejanía de los profundos dominios persas les inquietaba. A este respecto, es elocuente la anécdota del general Parmenión. Después de Iso, Darío le ofreció a Alejandro, a cambio de la paz, la mano de su hija Roxana y las tierras de su imperio al oeste del Éufrates. El joven rey rechazó la propuesta y el general le advirtió:

—Si yo fuera Alejandro, hubiera aceptado.

—Y yo también si fuera Parmenión, —le replicó.

Poco se sabe de la estancia de Alejandro en Egipto. Estuvo en Menfis, la capital, donde fue reconocido como faraón y organizó unos festivales griegos. Pero hay dos hechos destacables. El primero es la visita al santuario de Amón, en el oasis de Siwa, entre Cirenaica y el Nilo, tras una difícil travesía del desierto. Allí fue saludado como hijo de Amón, dios que los griegos identificaban con Zeus. El segundo, mucho más importante para la humanidad, la fundación de Alejandría en una franja de tierra de unos cinco kilómetros de longitud por dos y medio de anchura, situada entre el mar y el lago Mareotis, junto a la boca oriental del Nilo, la Canopia.

El historiador Arriano proporciona la información más antigua sobre la fundación de la ciudad. Fue idea personal de Alejandro, que encontró el lugar, que era muy conveniente desde el punto de vista climático, apropiado para establecer una ciudad con un gran futuro económico y político, como enlace del mundo egipcio con el griego. Podía, como así fue, ocupar el puesto de la destruida Tiro. Él mismo señaló el emplazamiento de los principales lugares de la ciudad y el de las murallas. Parte del terreno, según Estrabón,

estaba ocupado por una pequeña población egipcia encargada, quizá, de la vigilancia de los barcos que pretendieran entrar por el río en el país. El nombre de esta aldea, Racotis, se conservó en el de un barrio de la ciudad. Aparte había gentes dedicadas al cuidado del ganado.

El arquitecto Dinócrates de Rodas recibió el encargo de diseñar la nueva ciudad y en el proyecto se ajustó a la idea de Hipódamo de Mileto, con dos grandes calles perpendiculares, de treinta metros de anchura, que empezaban y terminaban en sendas puertas de la muralla. Paralelas a estas calles principales se alineaban otras secundarias, con lo que resultaba un plano cuadriculado. Por cierto que se cuenta que Dinócrates trazó en el suelo la configuración de la ciudad, murallas y calles principales, utilizando harina, que se comieron unas aves. No se consideró un mal presagio. Al contrario, se dedujo que a la ciudad acudirían muchas gentes, que en ella encontrarían su sustento.

En el mar, aproximadamente a un kilómetro de distancia, había una isla, Faros, a la que se refirió Homero en la *Odisea*:

Una isla hay que rodean olas permanentes:
Faros lleva por nombre y está frente a Egipto,
A distancia de una jornada si la brisa sopla;
Tiene un cómodo puerto.

Quedó unida al continente por un sólido malecón, el Heptastadio, siete estadios, por su longitud y dio lugar a dos grandes puertos, el Magno, al este, y el Eunostos, al oeste, que se comunicaban para permitir el paso de los barcos por unos ojos de puente en el Heptastadio.

La ciudad fue dividida, desde fecha temprana, en cinco barrios, que llevaban el nombre de las primeras letras del alfabeto. La población estaba constituida por personas de diversas procedencias y con estatus políticos diferentes. Había griegos con plenos derechos ciudadanos y otros sin ellos, entre los que hubo personas importantes que conservaron su ciudadanía de origen (atenienses, rodios, cretenses, macedonios, etc.); había persas, galos y especialmente semitas, entre los que ocuparon después un lugar destacado los judíos por la fuerza que les daba el mantenimiento de su unidad cultural; estaban los miembros de la población egipcia y finalmente los esclavos, que ciertamente no fueron muy numerosos y se utilizaron fundamentalmente para el servicio doméstico. El número de los habitantes creció con mayor rapidez que el de los ciudadanos. Éstos cada vez representaban una proporción menor y dejaron de pesar en el gobierno de la ciudad. A partir del siglo tercero las gentes privadas del derecho de ciudadanía se impusieron, al menos en la calle.

Los griegos habitaban en el centro, en la parte más noble, la que después se llamó Bruquión, y constituían una organización similar a las de las *poleis* de la madre patria, con su distribución en tribus, demos y fratrías, sus magistrados y su asamblea. En el Bruquión se encontraban los palacios de los reyes, en una península que cerraba por el este el Puerto Magno, los edificios y los principales centros culturales Museo, Biblioteca, Teatro y Gimnasio.

En Racotis, situado al oeste, en el lugar ocupado, en parte, por la antigua aldea, se elevaba sobre una colina el Serapeo. Estaba habitado por egipcios, cuya importancia política dentro de la ciudad fue creciendo a partir de la batalla de Rafia, 217, en la que Tolomeo IV Filopátor venció a los seléucidas gracias a tropas egipcias recién reclutadas. Poco a poco la diferencia entre ambos grupos fue desapareciendo por la generalización de la lengua griega y por la entrada en la triunfante cultura helénica de elementos culturales egipcios.

Por último, en la parte este de la ciudad, pasada la puerta de Canopo, se encontraban los campos de deportes con el hipódromo y, entre jardines, las suntuosas residencias de los ricos. Allí vivía principalmente la población judía, encerrada en sus propias murallas. Como los egipcios, los judíos dispusieron de gobernador propio o etnarca y se rigieron

por sus propias leyes. Esta situación privilegiada se debió de producir en tiempos de Tolomeo V Filopátor, como consecuencia de la emigración masiva que dirigió el gran sacerdote Onías y que se originó por la revuelta de los macabeos contra los seléucidas y la formación del reino asmoneo. Por cierto que, así como la población griega se fue fundiendo poco a poco con la egipcia en Alejandría, los judíos, aunque adoptaron la lengua y cultura griegas, mantuvieron a ultranza su religión y ciertas formas culturales propias, lo que unido a su influencia política y económica produjo reacciones antijudías en los últimos tiempos de la monarquía y durante el Imperio Romano.

La ciudad estaba construida de mampostería, piedra y mármol, sin madera, a prueba de incendios, según el autor de *La Guerra de Alejandría:* «Nam incendio fere tuta est Alexandria». Conducciones subterráneas llevaban el agua del Nilo a las casas, donde se depositaba, posaba y clarificaba en cisternas abovedadas. Las calles principales se adornaban con obeliscos y estatuas y contaban con porches para permitir pasear a los caminantes al resguardo de los rigores del sol y en los que los comerciantes establecían sus puestos.



El niño de la espina es una graciosa escultura de género, en la que un muchacho se está sacando una espina que se le ha clavado en la planta del pie. No tiene ningún mensaje. Es simplemente un objeto bello y decorativo.

Las casas y los lugares públicos se embellecieron con mosaicos, que, parece ser, empezaron entonces en Alejandría, y con un tipo de escultura de género admirado en esta ciudad, cuyas calles, llenas de gentes de variada condición, inspiraron a los artistas escenas graciosas y grotescas,

con niños y viejos, borrachos y mendigos, e incluso personas deformes. Es el llamado arte alejandrino, escuela o sección del helenístico, que convive con el tolemaico, denominación aplicada a las obras del tradicional arte egipcio ejecutadas durante estos tres siglos.

Gloria de Alejandría y una de las siete maravillas del mundo antiguo fue su famoso faro, elevado en la isla de este nombre por Sóstrato de Cnido, quien quizá no fue el arquitecto, sino un rico ciudadano que corrió con los gastos de su erección, como una liturgia ateniense. Los restos que quedaban en pie fueron destruidos definitivamente por varios terremotos en la primera mitad del siglo catorce. Una idea de su forma se puede obtener de monedas romanas y una descripción cuidadosa la tenemos gracias a un malagueño, Ibn al-Sayaj, que vivió a mediados del siglo doce en Alejandría, donde examinó los restos del faro y tomó notas y detalladas medidas, que consignó en una especie de enciclopedia por orden alfabético, *Kitab Alif Ba.*

Erigido sobre una amplia plataforma cuadrada y cerrada por contrafuertes para impedir la entrada de las olas, su altura superaba los cien metros, con tres cuerpos, cuadrado el primero, octogonal el segundo y circular el superior, recubiertos de piedra caliza o mármol blanco, en el último de los

cuales estaba la linterna, cúpula sostenida por ocho columnas, donde ardía un fuego de madera resinosa para guiar con su resplandor a los marineros por la noche. Una rampa permitía la ascensión a las acémilas cargadas con el combustible.

Importante como símbolo y por la riqueza de su construcción, fue el *Sema* o *Soma,* cuerpo, o tumba de Alejandro, que sirvió también de mausoleo para los reyes egipcios. Tolomeo I consiguió desviar hábilmente hacia Egipto la expedición que conducía desde Babilonia a Macedonia el cuerpo de Alejandro, embalsamado en un sarcófago de oro y preparado con lujo oriental. Quedó depositado provisionalmente en Menfis, hasta que se construyó, quizá todavía en tiempos de Tolomeo I, un primer mausoleo en Alejandría, que resultó también provisional, pues el definitivo, fue encargado por Tolomeo IV Filopátor y tenía, al parecer, forma piramidal. Justificante de la herencia política de Alejandro y de la esencia griega del reino, continuó siendo lugar venerable en la época romana y fueron varios los emperadores que lo visitaron en su deseo de contemplar los restos del héroe macedónico y rendirle homenaje.

Igualmente lo fue el Serapeo o templo de Serapis. Tolomeo I trató de fomentar la existencia de elementos culturales comunes a griegos y egipcios y tuvo la idea de establecer un nuevo culto, el de Serapis, un dios cuyos orígenes se desconocen. Pa-

ra unos fue una divinidad oriental; para otros, una divinidad egipcia menor, elevada ahora a la categoría nacional. El culto alcanzó posteriormente gran difusión fuera de Egipto, más que dentro.

Parece ser que de la fijación de las bases del nuevo culto se encargaron el eumólpida Timoteo, sacerdote de Eleusis, Maneto, el historiador egipcio que escribió en griego, y Demetrio de Falero, consejero de Tolomeo, que dedicó al dios un peán por haberle devuelto la vista.

Excavaciones realizadas en la colina de Racotis en 1945 para descubrir el templo, han puesto al descubierto unas placas con el nombre de Tolomeo III Evérgetes, lo cual da a entender que, sobre el primitivo templo edificado por su abuelo, Evérgetes construyó otro, que, a su vez, fue sobrepasado por uno más amplio de época romana, el fastuoso del que habla Amiano Marcelino, quien lo alaba como una de las maravillas del mundo por su magnificencia, sus estatuas y sus obras de arte, sólo superado por el Capitolio romano. Su destrucción en tiempos de Teodosio supuso el ocaso político del paganismo y el inicio de una nueva era, la cristiana, de no larga duración en la historia egipcia porque el Islam estaba llamando a las puertas.

Con rapidez se convirtió Alejandría en la urbe más populosa del mundo, con cerca de un millón

de habitantes, sólo superada en población en la Antigüedad por Roma. Fue durante muchos siglos la ciudad más importante de la parte oriental del Imperio Romano y de los países de habla griega, y sólo cedió, después de una prolongada rivalidad, la primacía a Constantinopla. Llamada la *polis*, la ciudad por antonomasia, tres circunstancias concurrieron a su grandeza y fama.

En primer lugar, el ser la capital de un rico reino y el residir en ella una gran organización administrativa para conseguir el máximo de beneficios en favor de los reyes mediante monopolios o contribuciones sobre cualquier producto o actividad industrial y comercial. Representativo de este hecho puede ser el que el ministro de Hacienda fuera el primer ministro y que se llamara *dioiketés*, administrador.

En segundo lugar, el contar con el complejo portuario más importante de su tiempo. Al puerto interior, en el lago Mareotis, llegaban, a través del Nilo, los productos del interior del país, destinados unos al consumo de la ciudad y otros a la exportación. También pasaban por él los productos importados del Oriente (oro, perlas, piedras preciosas, especias, seda, etc.), para ser, a su vez, reexportados. Un canal comunicaba este puerto con el marítimo de Eunostos, que recibía importaciones y realizaba exportaciones, y en el que se encontraba, bien guardado, el puerto militar. Las

mismas funciones llevaba a cabo el puerto Magno, dentro del cual había también un pequeño puerto resguardado al servicio exclusivo de los soberanos.

Por último, fue la capital intelectual del mundo griego durante siglos gracias a sus célebres Museo y Biblioteca y al prestigio que a la cultura dieron los reyes y los investigadores que en ella trabajaron. Los alejandrinos constituyeron una sociedad culta y sintieron gran afición por la música y por el arte, aparte de por las actividades literarias e intelectuales. Alejandría, que con su faro orientó a los navegantes durante siglos, con su ambiente cultural orientó también y durante muchos siglos a los estudiosos de tierras próximas y lejanas.

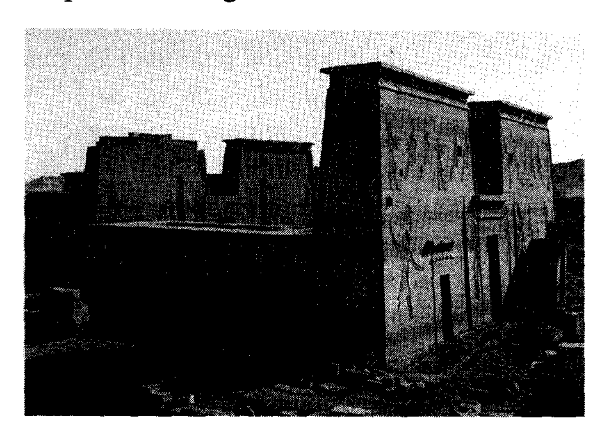
3

EL REINO GRIEGO DE LOS TOLOMEOS

El período más brillante y de máxima expansión de la monarquía tolemaica fue el siglo tercero, en el que dominaba en Cirene, al oeste, en la franja mediterránea oriental, Siria, Celesiria (sur de Siria) y Palestina, en Chipre, en varias ciudades marítimas de la costa de Asia Menor y en algunas islas del Egeo. Se materializaban así las aspiraciones de los Tolomeos, que deseaban el dominio de este mar y del Mediterráneo oriental, centros respectivamente del antiguo y moderno mundo griego, en el que deseaban ocupar el primer puesto. Para el logro de estas aspiraciones contaron con la nueva capital, Alejandría, el mayor puerto del Mediterráneo, con un activo comercio, y con la enorme riqueza que les producía el país.

A partir del siglo segundo tuvieron que replegarse a su territorio natural e incluso salvaron la

independencia en el año 168 gracias a la protección que les prestaron los romanos contra el sirio Antíoco IV Epífanes. La pérdida de la influencia exterior, paralela a la debilidad del poder de la monarquía, y la utilización de soldados nativos junto a las falanges macedónicas resucitaron el nacionalismo local y el deseo del pueblo egipcio, manifestado en violentas revueltas, de tener mayor participación en el gobierno.



En la isla Filé, primera catarata en la frontera con Nubia, los reyes saítas construyeron unos templos dedicados a Isis y Osiris, que fueron ampliados por Tolomeo II y Tolomeo III, e incluso posteriormente por Trajano, y en los que se mantuvo el culto hasta los tiempos de Justiniano.

Hijos de Tolomeo Auletes, el flautista, que tuvo que desplazarse a Roma en busca de ayuda,

fueron los últimos Tolomeos (todos los reyes llevaron este nombre), a los que les corresponden los números XIII y XIV, casados sucesivamente con su hermana Cleopatra, que, al principio, compartió con ellos la corona y, al final, gobernó sola. Ambiciosa y atractiva soñaba con el engrandecimiento de su reino para lo que buscó el apoyo de César, con el que tuvo un hijo, Cesarión, y, después, el de Marco Antonio, que le proporcionó tres. Para no figurar como prisionera en el triunfo de Augusto, que en el año 30 convirtió Egipto en provincia romana, se suicidó con un áspid, serpiente sagrada del Bajo Egipto, cuya mordedura confería con la muerte la inmortalidad.

Aunque nativos y griegos trabajaron juntos en la administración pública e incluso, al final, juntos combatieron en el ejército, las dos culturas coexistieron sin influirse grandemente, a pesar de que algunos egipcios, principalmente de las clases media y alta, se helenizaron y de que algunos griegos, especialmente en el campo, sintieron atracción por las costumbres egipcias y aceptaron, en mayor o menor grado, sus dioses. Esta atracción pudo tener su origen en los matrimonios mixtos que soldados, funcionarios y comerciantes griegos se vieron obligados, por falta de mujeres, a contraer con nativas.

No parece que los reyes pretendieran helenizar el país, aunque realizaron intentos de unifica-

ción de las dos culturas, como el de Tolomeo I al establecer un culto común a Serapis para los dos pueblos. Los egipcios mantuvieron su religión, su lengua, su sistema de escritura, su arte, sus tribunales, su derecho, sus formas de vida, en una palabra, su cultura tradicional, con la complacencia de los reyes, que de esta forma conseguían ser respetados como faraones por sus súbditos egipcios, quienes, por otro lado, estaban acostumbrados desde hacía varios siglos al sometimiento a dinastías extranjeras. No hay que olvidar que Alejandro fue recibido en Egipto, al igual que en otros pueblos, como liberador de la opresión persa.

Los Tolomeos pudieron conservar el carácter helénico del reino por los griegos y emigrados helenizados que acudieron a Egipto, especialmente como soldados, que recibían, a la terminación de sus servicios, lotes de tierra (cleruquía), a cambio de la obligación de volver a las armas cuando fueran llamados. Al ser el griego la lengua oficial (es probable que los Tolomeos no hablaran nunca la lengua nativa, el copto) muchos griegos trabajaron en los servicios administrativos, de gran volumen por la detallada supervisión de las actividades productivas y económicas que realizaban los funcionarios reales para garantizar las rigurosas exacciones fiscales y el buen funcionamiento de los monopolios: aceite, sal, cante-

ras, papiro, cerveza, banca, etc. Otros muchos, así como extranjeros helenizados, se dedicaron al comercio y a otras varias actividades en las capitales y de manera especial en las ciudades griegas, en la antigua Náucratis, en el Delta, en la nueva Tolemaida, creada para mantener pacificado el Egipto medio, y en la populosa Alejandría.

Los griegos siguieron viviendo con arreglo a sus costumbres. Encargaron a sus arquitectos gimnasios para la educación de sus hijos, estadios e hipódromos para los juegos atléticos, y teatros y odeones para las representaciones y conciertos, así como esculturas y pinturas a sus artistas. Esto unido a la decidida protección de los primeros monarcas, que crearon y favorecieron el desarrollo del Museo y de las bibliotecas de Alejandría, proporcionaron a Egipto durante dos siglos un primer puesto en la riqueza y en la producción artística y literaria griega.

Tolomeo I Sóter, Salvador, hijo de Lago, y de ahí el nombre de lágida que recibió la dinastía, se educó, aunque le llevaba diez años, junto a Alejandro, del que, si es verdad una tradición que hace de su madre, Arsínoe, amante de Filipo, podía haber sido hermanastro. Mantuvo con él una gran amistad en Macedonia y se distinguió luchando a su lado en la campaña asiática, en la que desempeñó puestos de confianza, como el de catador de

la comida o maestresala. En 323, a la muerte de Alejandro, obtuvo la satrapía de Egipto y una de sus primeras medidas fue dar muerte a Cleomenes, que había amasado una inmensa fortuna como recaudador de los impuestos egipcios.

Fue responsable de la muerte de Pérdicas, asesinado por Seleuco por instigación suya cuando el regente vino a Egipto al frente del ejército para castigarle por su postura independiente. Apoyó al nuevo regente Antípatro, con cuya hija, Eurídice, estaba casado, durante su breve mandato; ayudó a Seleuco cuando fue desposeído y perseguido por Antíoco, el siguiente regente, y luchó contra él y su hijo Demetrio Poliorcetes. Gracias a sus intervenciones en el exterior, amplió sus fronteras hasta Siria, y se adueñó de Palestina, de ciudades de la costa asiática y de algunas islas, convirtiendo el Mediterráneo oriental en un dominio egipcio, que le deparó una doble ventaja política y comercial. En el año 304, siguiendo el ejemplo previo de Antígono de proclamarse rey, tomó para sí el título de rey de Egipto y, dos años antes de su muerte, descansó en su hijo Tolomeo, nombrándolo adjunto.

Había recibido una excelente educación. Por ello no es sorprendente que se decidiera a escribir una historia de Alejandro, muy bien documentada por cierto, pues utilizó la documentación oficial del rey y fue testigo de excepción. Probablemente pretendió dar una versión de los hechos en apoyo

de sus ideas políticas, no siempre coincidentes con las del monarca fallecido, para justificar sus intervenciones en las luchas entre los diádocos, y también para desmentir las noticias falsas y fabulosas que debieron de empezar a surgir y a circular inmediatamente.

A él se deben con seguridad la serie de medidas administrativas y militares que permitieron la consolidación de su dinastía y la existencia de ese complejo reino, que en su base continuaba siendo egipcio, gobernado por un faraón, con su religión, su lengua y su cultura milenarias, y, por otro, era una monarquía griega, con el rey, la corte y la clase superior, en cuyas manos estaba la milicia, la administración y el comercio, de religión, lengua y cultura griegas. La administración del país fue confiada a gobernadores civiles, generalmente egipcios, que tenían a su lado un estratega encargado del mando militar, que era griego.

Tolomeo II, 283-246, nacido en Cos en 308, representa el momento más brillante del reino lágida. Trasladó la capital de Menfis a Alejandría, que debía de haber alcanzado ya el aspecto de una gran urbe.

Fue hombre culto, lo que no sorprende por los buenos profesores de que dispuso. En primer lugar, Filitas o Filetas de Cos, que vivió entre los siglos cuarto y tercero. Hombre extremadamente

delgado y del que se decía que llevaba plomo en los pies para que no se lo llevara el viento, es considerado el creador de la nueva poesía por la perfección formal, *téchne*, y brevedad de sus elegías, poemas épicos cortos y epigramas. Su ciudad le erigió una estatua. Teócrito y Calímaco, entre otros alejandrinos, lo alabaron, así como los romanos Propercio y Virgilio. Fue el primero que mereció los calificativos conjuntos de poeta y *criticós*, filólogo, y sus *Glosas desordenadas*, donde reunió un conjunto de palabras muy raras y poco comprensibles, gozaron de gran popularidad porque los griegos sentían atracción por las palabras inusitadas.

Le sustituyó en la educación del príncipe su discípulo Zenódoto de Éfeso, editor de Homero y de Hesíodo, y primer director de la Biblioteca. Compartió con ellos la educación del futuro Filadelfo, Estratón de Lámpsaco, llamado el físico por su preocupación por lo que hoy llamamos estudios científicos. Peripatético y autor de numerosas obras, debió de permanecer en Alejandría, como máximo, hasta el año 287, fecha en la que se encontraba en Atenas, y sucedió a Teofrasto en la dirección del Liceo. De todas formas, fue generosamente pagado por el rey: recibió, según Diógenes Laercio, 80 talentos.

Tolomeo II fue buen organizador o contó con la colaboración de buenos funcionarios, pues en

su tiempo se perfeccionó la minuciosa organización administrativa que permitió regir a Egipto como si fuera una finca privada, de la que se obtenía excelente rendimiento económico. A su reinado corresponden la apertura de un canal entre el Nilo y el mar Rojo, a través de los lagos Amargos, en realidad un brazo del Nilo desviado al mar Rojo, que permitió ampliar el comercio exterior con la India y Asia, realizado por caravanas terrestres que terminaban en las ciudades de la costa palestina. También facilitó una serie de expediciones geográficas marítimas. A él se debe igualmente la desecación parcial del lago Moeris, donde estableció colonos que constituyeron el nomo de Arsínoe, feraz durante medio milenio, hasta que, cubierta por la arena, quedó inutilizada la canalización.

Se casó, siendo príncipe, con una hija de Lisímaco, que repudió, para volverse a casar con su hermana Arsínoe, viuda de Lisímaco y de su hermano Tolomeo Ceraunós, que aportó al matrimonio algunas ciudades del Asia Menor, donadas por su primer marido. Durante su corto reinado (escasamente seis años), y probablemente también antes del mismo, desde su vuelta a Egipto, dominó a su hermano, que, a pesar de sus múltiples amoríos, la amó apasionadamente.

A su muerte la divinizó con el nombre de Filadelfo, la hermana querida, y más tarde los dos

recibieron el título de *Theoí adelphoí*, los dioses hermanos. Culta (tuvo los mismos profesores que su hermano), inteligente y enérgica, es probablemente la responsable de un buen número de ideas apropiadas de gobierno. El matrimonio entre hermanos, repetido en la época tolemaica, que no agradaba a los griegos, aunque conocían el de los hermanos Hera y Zeus, no estaba mal visto por los egipcios, cuyos faraones lo habían practicado.

En política exterior, Egipto tuvo que defenderse de los ataques de los seléucidas, que deseaban conquistar el sur de Siria y Palestina (son las llamadas dos primeras guerras sirias), y de Antígono Gonatas, rey de Macedonia, que reaccionó contra la pretensión de Arsínoe de conseguir el trono de Macedonia para el hijo que tuvo de Lisímaco, Tolomeo Ceraunós. En sus luchas contra los primeros se sirvió del ejército, aunque nunca se puso personalmente a su frente. En su política griega utilizó el dinero, la intriga y la flota. Antígono, al vencerla en Cos, 256, y en Andros, diez años más tarde, asentó un duro golpe a la hegemonía marítima egipcia en el Egeo.

Tolomeo III Evérgetes, Benefactor, sucedió a su padre en 246. Casó con Berenice, hija del rey Magas de Cirene, por lo que este reino volvió a la corona egipcia. Emprendió la llamada Tercera Guerra Siria en defensa de los derechos de su so-

brino al trono seléucida, primero, y para vengar, después, la muerte de éste y de su madre. La historia se inició al acabar la Segunda Guerra Siria, cuando Filadelfo ofreció su hija a Antíoco, con una fuerte dote, a cambio de conseguir el derecho sucesorio para los hijos de este nuevo matrimonio, con perjuicio de los habidos en el primero con Laodicea, a la que tuvo que repudiar.

Fue una campaña victoriosa, en la que las tropas egipcias mandadas por Evérgetes llegaron hasta el extremo oriental del reino seléucida, sin encontrar gran resistencia porque se trataba de una guerra civil en la que él representaba los derechos de una de las facciones. Cuando regresó con victorias y botín considerable, la reina Berenice, que había ofrecido una trenza de su cabellera por la vuelta feliz de su esposo, conforme a su promesa, se cortó la trenza y la depositó en el templo de Arsínoe-Afrodita, de donde desapareció. El astrónomo Conón de Samos, huésped del Museo, descubrió una nueva constelación entre Leo, Virgo y la Osa Mayor y le dio el nombre de *Coma Berenice*, «Caballera de Berenice», con la explicación de que la trenza de la reina había sido raptada al cielo. El tema fue cantado por Calímaco y por Catulo.

La Tercera Guerra Siria proporcionó a Egipto ganancias territoriales y Evérgetes, principalmente por sus aventuras militares, fue considera-

do como el más grande los Tolomeos. El país, por otra parte, gozó de veinte años de paz, que si para los habitantes fueron una bendición, resultaron fatales para la fortaleza del ejército, que se debilitó. Es probable que se haya conservado en un papiro (el llamado Gurob, Pack 2206) un fragmento de unas posibles *Memorias* suyas, la parte referente a su entrada en Seleucia y Antioquía. En su reinado alcanzó Egipto su expansión máxima.

Le sucedió su hijo **Tolomeo IV** Filopátor, Amante del padre, 221, de carácter caprichoso y contradictorio, entregado a la vida grata y criticado por su afición al vino y a las mujeres. Fue discípulo de Eratóstenes, escribió algunas obras dramáticas (al menos una tragedia llamada *Adonáis*), mandó edificar un templo a Homero y se hizo construir un palacio flotante que navegaba por el Nilo. Parece ser que acarició la idea de una religión, a base del culto de Dioniso, común a sus súbditos griegos, egipcios y judíos, origen de los ataques de estos últimos narrados en *Macabeos III* y en *Eclesiastés*.

Dejó las tareas del gobierno a Sosibio, que resultó un ministro leal y competente, capaz de improvisar un ejército, contratando oficiales mercenarios griegos y reclutando tropas egipcias, para detener un fuerte ataque seléucida en la Cuarta Guerra Siria. Filopátor, acompañado de su her-

mana y posterior esposa, Arsínoe, se puso al frente de sus tropas en Rafia, 217, al sur de Gaza y, gracias al buen comportamiento de los egipcios recientemente reclutados, consiguió una gran victoria. Las consecuencias fueron inmediatas e importantes. Descubierta la debilidad de los colonos griegos, no en vano habían transcurrido varias generaciones desde su establecimiento, y renacida la confianza entre la población indígena, a partir de este momento los elementos raciales y culturales egipcios alcanzaron una mayor consideración política. El reinado de Filopátor conoció revueltas en las ciudades y se llegó a perder la Tebaida, caída en manos de los reyes nubios.

Las revueltas se sucedieron durante el reinado de su hijo Tolomeo V Epífanes, Manifiesto de Dios, a caballo entre los siglos tercero y segundo, contemporáneo de los grandes reyes Filipo V de Macedonia y Antíoco III de Siria, dispuestos a aprovecharse de la debilidad egipcia. Sólo la llegada de los romanos a Oriente y su enfrentamiento victorioso con macedonios y sirios, salvó a Egipto, que, desde entonces, dejó de ser una gran potencia política y debió su supervivencia a la protección otorgada por Roma.

Tolomeo VIII, que se dio el nombre de Evérgetes II, Bienhechor, 136-117, pero al que sus enemigos le apodaron Kakérgetes, Malhechor, y Fiscón, Barrigudo, por la enorme tripa que le ha-

bía producido su desmedida afición a las delicias de la mesa, sintió una gran atracción por las letras (no en vano su maestro fue Aristarco), y gustó de llamarse filólogo, como los grandes hombres que trabajaban en la Biblioteca. Fue autor de *Comentarios (Hypomnémata)* en veinticuatro volúmenes, donde recogía anécdotas curiosas junto a hechos y datos geográficos y de ciencias naturales, en gran parte fruto de su experiencia personal. Prueba de su afición a la crítica literaria es que propuso una corrección a un verso de la *Odisea*.

Evérgetes II ascendió al trono muy joven, apoyado por el pueblo alejandrino, cuando su hermano Tolomeo VI Filométor, estaba prisionero de Antíoco IV de Siria, que había invadido Egipto. Cuando Filométor fue liberado, los dos compartieron la corona durante algún tiempo, pero pronto Evérgetes fue postergado y se tuvo que conformar con el gobierno de la Cirenaica. Ni siquiera pudo conseguir, a pesar de contar con el apoyo del pueblo romano, que su hermano le cambiara ésta por la isla de Chipre.

A la muerte de Filométor, 145, volvió a Alejandría, donde fue bien recibido por el pueblo y donde, para asegurarse el trono, se casó con su hermana, la reina viuda Cleopatra II, mató al heredero Tolomeo VII y debió de establecer un sistema de terror, al que se achaca la decadencia cultural de Alejandría. Los hijos de Tolomeo XII,

hijo, a su vez de Tolomeo IX, llamado Auletes por sus aficiones musicales, fueron los últimos varones de la dinastía lágida, a los que se unió su hermana Cleopatra, a cuya actividad política con los generales romanos nos hemos referido.

4

EL MUSEO

Las hijas de Zeus, las nueve musas, habían sido al principio las responsables de la inspiración de los poetas épicos; después lo fueron de todos los poetas y de los músicos, y finalmente de todos los hombres de letras, incluidos filósofos y científicos.

La palabra museo se aplicó a una construcción, en general pequeña, dedicada al culto de las musas, como homenaje y recuerdo de una persona fallecida, especialmente de un poeta. También, como derivación, a un lugar donde florecía una actividad poética, musical o sencillamente intelectual, y de ahí que Platón en la Academia y Aristóteles, después, en el Liceo, se preocuparan de consagrar unos bosquecillos al culto de las musas y de que incluso llegaran a construir un altar o pequeño templo a ellas dedicado, el mu-

seo. Teofrasto menciona en su testamento el del Liceo y dio instrucciones para su conservación y embellecimiento, según Diógenes Laercio. El sentido de centro de estudios seculares, sin implicaciones religiosas, se originó en tiempos romanos y por influencia indudable del de Alejandría.

Por ello parece natural que, cuando los reyes egipcios quisieron rodearse de poetas y estudiosos que dieran brillo a su reino y crearon una institución para alojarlos y facilitarles su labor intelectual, le dieran el nombre de museo, dedicándolo a las diosas que proporcionaban la inspiración poética y la sabiduría.

En Estrabón se encuentra la primera descripción que ha llegado a nosotros del Museo. El autor en este pasaje no menciona a la Biblioteca, en la que debió de trabajar y recoger materiales valiosos para su libro. Según él, el Museo estaba incluido entre los recintos de palacio, es decir, en el barrio Bruquión y cerca del mar. Tenía, entre otras dependencias, un pórtico para pasear, una exedra (construcción descubierta, de planta semicircular, rodeada de bancos adosados a las paredes) para cuando preferían estar sentados durante las conversaciones o las clases, y un amplio comedor, donde los miembros hacían las comidas juntos.

Conviene aclarar que las comidas tenían importancia para el cambio de ideas. Los simposios,

exactamente, «bebida en compañía» entre los griegos, en este sentido, equivalían a las tertulias de los salones aristocráticos en los siglos pasados o a las ya casi desaparecidas de los viejos cafés. No sabemos si esta relación será casual o no, pero parece como si Estrabón hubiera querido enumerar sólo las dependencias del Museo que servían para la transmisión de ideas.

Todos los huéspedes del Museo compartían las instalaciones, y uno de ellos (nombrado en tiempos de Augusto, cuando Estrabón escribía, por el emperador, pero que anteriormente lo había sido por el rey) era el sacerdote del Museo y, como tal, presidía la institución.

Los reyes probablemente establecieron unas rentas fijas sobre determinadas fincas o contribuciones a favor del Museo, que debieron de ser administradas por un funcionario, el *epistátes* del Museo, encargado de abonar a los huéspedes la pensión real. Las rentas se mantuvieron a lo largo de la Antigüedad, permitiendo su supervivencia y, además, no faltaron actos de generosidad por parte de emperadores romanos en favor de escritores. Por ejemplo, se cuenta que Adriano concedió, durante su visita a Alejandría, al poeta Páncrates una pensión en el Museo, pues los invitados, además del alojamiento, recibían una asignación anual muy generosa. A doce talentos ascendía la que

Tolomeo III Evérgetes asignó al filósofo Panáreto, discípulo de Arcesilao.

El Museo brindaba, pues, a sus huéspedes la posibilidad de llevar una vida sin preocupaciones materiales, disponiendo de tiempo para el diálogo, la vía socrática por excelencia para llegar al conocimiento, o para la lectura, la nueva vía facilitada por el desarrollo del libro, así como para dar a conocer sus pensamientos oralmente o por escrito.

No conocemos cuáles eran las obligaciones de los miembros. Quizá ser gratos comensales del rey y entretenerle con la exposición de sus elucubraciones o de sus creaciones artísticas. Recuérdese, por ejemplo, la discusión filosófica, narrada por Diógenes Laercio, entre Tolomeo IV Filopátor y el filósofo Esfero o el largo banquete de Filadelfo, en el que el faraón, según la *Carta de Aristeas*, durante diez noches estuvo haciendo preguntas sobre temas morales a los sabios judíos traductores del Pentateuco.

Es decir, no tenían obligación ni de publicar ni de enseñar, aunque, como estaban allí para mayor gloria de la dinastía, los que, además de no ser simpáticos ni ingeniosos, no hacían ni una cosa ni otra correrían el peligro de que les fuera retirada la invitación. Este peligro podía alcanzar también a aquellos cuyas ideas pudieran suponer

una ligera amenaza para la estabilidad política del reino.

A un último peligro se exponían los invitados o los que aspiraban a serlo: al capricho personal de los soberanos, a los que les gustaba dar a conocer e imponer sus criterios sobre la labor intelectual y artística de los miembros del Museo, como se desprende de algunas anécdotas, contadas por Vitruvio y por Ateneo probablemente no ciertas, pero que parecen reflejar una realidad. Por ejemplo, la negación de ayuda a Zósimo de Anfípolis después de escuchar la lectura de su *Homeromástix,* «Azote de Homero», alegando que de Homero habían vivido muchos hombres antes y ahora podía vivir él. O la supresión de la que recibía Sosibio de Esparta, que presumía de haber resuelto un grave problema homérico cambiando simplemente de lugar una letra. Cuando fue a cobrar, los administradores le manifestaron que ya lo había hecho, y, como no era cierto, reclamó al rey, quien le dijo que no tenía razón, porque las letras de su nombre figuraban en los papiros de los que ya habían cobrado, mostrándole los nombres de Sotero, Sosígenes, Bion y Apolonio, en los cuales estaban todas las letras de su nombre.

Por las referencias en las biografías de poetas, filósofos y filólogos sabemos que algunos huéspedes del Museo tuvieron profesores y discípulos. Bien es verdad que hay que tener en cuenta que la

atribución de la maestría y el discipulado se haría en estos tiempos de manera gratuita, bastando para ello el que una persona fuera mayor que otra, en cuyo caso se la consideraba naturalmente profesor cuando existía la posibilidad de una influencia del mayor en el menor, o simplemente la de que se hubieran tratado y que ambos cultivaran el mismo campo literario o científico. Esta postura parece una consecuencia del papel subsidiario atribuido al libro en la transmisión del pensamiento y del principal concedido al profesor por la creencia de que el diálogo era la forma natural de transmisión entre profesor y alumno. Por ello el alumno se llama oyente.

Sin embargo, podemos suponer que en el Museo, si no se dieron clases, pues no fue un centro docente, al menos unos doctos transmitieron sus conocimientos a otros más jóvenes, probablemente mediante diálogos o lecturas comentadas, paseando por el pórtico, sentados en la exedra o reclinados en el lecho durante la comida. Claro es, no resulta posible precisar si los alumnos eran también miembros del Museo o invitados por cualquiera de los miembros o sencillamente personas que espontáneamente acudían allí a escuchar y a admirar a los grandes hombres.

Las funciones del presidente del Museo, con independencia de las religiosas, que proporcionaban al cargo respeto, rango social y prestigio, de-

bían de ser velar por el buen funcionamiento de la institución. El cargo debió de ser distinto de la dirección de la Biblioteca, y, si así fue, no lo ocuparon personas de significación destacada en el campo de las letras, pues no se han conservado sus nombres.

Las referencias literarias al Museo se inician en el propio siglo tercero: Calímaco, Herondas o Herodas y Timón de Fliunte. El autor de mimos Herodas menciona la institución como una de las notabilidades de Alejandría, pero no da ningún detalle sobre ella.

Y es que aquello es la casa de Afrodita: todo,
lo que existe y lo posible, está en Egipto:
Dinero, juegos, poder, cielo azul,
fama, espectáculos, filósofos, oro, jóvenes,
el templo de los dioses hermanos, el rey
benevolente, el Museo, vino, cuanto uno puede
[*imaginar.*
(Traducción de Alfred Koerte)

Las citas de los otros dos se refieren a un mismo tema: las peleas y enemistades que debieron de surgir inmediatamente entre los miembros del Museo. Situación explicable porque eran personas de orígenes y caracteres diferentes y celosas, como cualquier científico o literato de enton-

ces y de ahora, de su prestigio. Además, sobre ellos pendía el voluble favor real, y para ganarlo o conservarlo surgirían grupos, habladurías y zancadillas.

Calímaco, en el Primer Yambo, reprende a los miembros del Museo, *filólogoi*, calificativo equivalente a culto, por ser envidiosos unos de otros, y les incita a comportarse con la modestia de los Siete Sabios cuando el arcadio Baticles ofreció una copa de oro al hombre más inteligente. Tales, primer receptor, pensó que otro era más inteligente que él, y se la envió, y éste hizo lo propio con otro, y así sucesivamente, hasta que volvió, después de pasar por las manos de los otros seis, de nuevo a Tales, quien, por último, se la ofreció a Apolo.

El propio Calímaco, que se muestra tan partidario de la grata convivencia, en el prólogo de su libro *Aitía,* «Orígenes», arremete contra los que no compartían sus ideas poéticas, les moteja de telquines o espíritus malignos y sostuvo una grave polémica con Apolonio de Rodas, autor de un largo poema, *Las Argonáuticas*, por divergencias estéticas sobre la esencia de la poesía, polémica a la que quizá no fue ajena, quizá, la rivalidad por la dirección de la Biblioteca, que consiguió Apolonio y no alcanzó Calímaco.

Timón de Fliunte, discípulo de Pirrón de Élide, escribió, imitando a Jenófanes, que vivió dos-

cientos años antes, unas *Sílloi,* Sátiras, en las que contaba una encarnizada lucha entre filósofos. Ateneo nos ha conservado un fragmento en el que compara el Museo con una jaula, y a los filólogos con gárrulos pajarillos: «En las populosas tierras de Egipto, muchos, bien alimentados, garrapatean papiros, mientras disputan incesantemente en la jaula de las musas». Debía de conocerlos bien, pues probablemente fue miembro del Museo, según cabe suponer por la afirmación de Diógenes Laercio de que fue conocido y estimado por Tolomeo II Filadelfo.

Se conoce, por otra anécdota narrada también por Diógenes Laercio, la poca simpatía que despertaban en este hombre mordaz los miembros del Museo y sus actividades científicas. Le preguntó el poeta Arato, con el que convivió en la corte de Pella, invitados ambos por Antígono Gonatas, cómo se podían conseguir unas obras de Homero íntegras y sin errores, y Timón le respondió que pidiendo ejemplares antiguos, no los corregidos, refiriéndose con seguridad a las ediciones preparadas en Alejandría, y concretamente a la que había hecho Zenón, primer director de la Biblioteca y personaje destacado del Museo.

Aristónico, un estudioso de Homero que vivió en Alejandría, su ciudad natal, escribió, en el siglo I a. C., un libro sobre el Museo de Alejandría, donde presumiblemente habría una buena infor-

mación sobre el centro, su organización y las actividades de sus miembros, pero desgraciadamente, como tantas obras, se ha perdido.

No obstante la importancia cultural que el Museo y la Biblioteca tuvieron desde su nacimiento, a pesar de la admiración que despertaron a lo largo de la Antigüedad y después de haber facilitado extraordinariamente la investigación durante siglos y, por consiguiente, la producción de libros sobre materias muy variadas, ciertamente la información escrita sobre uno y otra debió de ser escasa en la propia Antigüedad, y escasísimas son, como consecuencia, las noticias que de ellos se han conservado.

No se sabe con certeza la relación entre ambas instituciones, aunque cabe suponer que la segunda estaba al servicio del primero, ni si su fundador fue Tolomeo I Sóter o su hijo Filadelfo. El que en las descripciones de la ciudad (Herodas y Estrabón) se cite al Museo y no a la Biblioteca, parece confirmar que ésta era una simple dependencia de aquél y tenía un carácter secundario, auxiliar, al servicio de los huéspedes del Museo.

Tampoco hay acuerdo entre los historiadores en si fueron uno y otra simples derivaciones del Liceo aristotélico o si se configuraron, sin un plan previo, por la necesidad de adaptación a las nuevas circunstancias, y la orientación de la actividad

de los miembros se debió fundamentalmente a otro grupo de pensadores, no peripatéticos, representados por Filitas de Cos y Zenódoto de Éfeso, maestros de Tolomeo II.

La importancia del Liceo aristotélico en la configuración del Museo, defendida, entre otros muchos, por U. von Wilamowitz a finales del siglo diecinueve, en su trabajo sobre Antígono de Caristo, y posteriormente por Parsons, ha gozado de general aceptación. Se basa, en primer término, en el papel decisivo que estos autores asignaban a Demetrio de Falero en la creación del Museo y de la Biblioteca, así como en la influencia que sobre Tolomeo I, y especialmente sobre Tolomeo II, pudo ejercer el profesor de éste, Estratón de Lámpsaco, que vino a Egipto directamente desde el Liceo y regresó a él para ocupar su dirección, a la muerte de Teofrasto. También en la frase de Estrabón de que Aristóteles enseñó a los reyes egipcios cómo organizar una biblioteca.

Frente a esta idea está la expresada por Pfeiffer de que fue mayor la influencia de Filitas y de su discípulo Zenódoto de Éfeso, puesto que al primero se le considera el creador de la nueva poesía y los dos cultivaron la filología, ciencia que ocupó al principio un lugar destacadísimo en las actividades de los miembros del Museo.

Otra aportación de interés es la del profesor de la University of South Africa H. J. de Vlee-

schauwer. Para él la creación se debe al primer Tolomeo, que trató de llevar a cabo una idea política que debió de ocurrírsele a lo largo de la campaña militar al contemplar la grafomanía de los pueblos asiáticos, con su gran burocracia administrativa y sus grandes archivos y bibliotecas de tabletas cuneiformes, que recogían sus conocimientos científicos, médicos, legales e históricos. Vleeschauwer destaca las afinidades entre estas bibliotecas y la de Alejandría en la técnica de la descripción bibliográfica y en la preocupación por la copia cuidadosa de los textos que conduce al criticismo textual. Ninguna de estas teorías resulta convincente, aunque en todas parece haber elementos ciertos.

El Museo pudo ser creado por cualquiera de los dos primeros Tolomeos, pero es muy probable que la autoría le corresponda al padre. En efecto, a Sóter o alguno de sus invitados pudo ocurrírsele la idea de un centro donde vivieran y trabajaran, libres de preocupaciones materiales, un buen número de intelectuales invitados, que harían respetable y admirada su corte.

El rey había podido comprobar en sus estancias en las tierras de los viejos imperios y tenía a la vista en su propio reino, que la cultura literaria no estaba en la calle o era cuestión de personas privadas, sino que se concentraba en centros de carácter religioso, donde sus miembros se dedica-

ban con exclusividad a tareas intelectuales. Estas instituciones, además, habían servido durante milenios como fuerza ideológica para educar al pueblo y reforzar la cohesión social, asegurando la pervivencia de las estructuras sociales. Su utilidad en este sentido fue reconocida por el cristianismo posterior, cuyos monasterios cumplieron estos mismos objetivos socioculturales durante la Edad Media.

Hace posible esta idea la personalidad del soberano, que tuvo una buena educación y una segura preocupación intelectual, pues, como hemos visto, escribió una *Historia de Alejandro* y buscó los mejores profesores para sus hijos. Igualmente su pretensión de rodearse de personalidades del mundo de las letras y del pensamiento, bien por su propio impulso, lo que parece natural, dada su formación literaria y su presumible deseo de tratar a hombres ilustres y conocer sus creaciones o pensamientos, bien por considerarse obligado a seguir una costumbre establecida. En efecto, los más brillantes tiranos, como Polícrates de Samos, Periandro de Corinto, Pisístrato y sus hijos, los sicilianos, y reyes, como el macedonio Arquelao, llamaron y dieron hospitalidad generosa a los hombres más ilustres de su tiempo por su actividad intelectual, empresa que emprendieron, por las mismas razones de prestigio y propia satisfac-

ción, los reyes helenísticos contemporáneos y posteriores a Tolomeo.

Respondía a un viejo deseo, muy enraizado en el alma griega, de alcanzar la inmortalidad por el canto de los poetas. Además, y según apunta W. Jaeger, refiriéndose a los tiranos, pero que tiene una aplicación exacta a los Tolomeos en particular y a los reyes helenísticos en general, unos y otros concibieron la cultura como algo separado del resto de la vida, como la crema de una alta existencia humana reservada a unos pocos y la regalaban al pueblo, ajeno a ella. Con creciente refinamiento, las artes y las ciencias cayeron y continuaron cayendo hasta nuestros días en la tentación de circunscribirse a unos pocos conocedores e inteligentes. El hecho de sentirse privilegiado une al hombre de espíritu y a su protector, aun a pesar de su mutuo desprecio, y si Simónides recomendaba a los sabios acudir a la puerta de los ricos, en correspondencia, éstos se sentían encantados de recibirlos.

Por último es comprensible que le motivaran razones políticas. La herencia de Alejandro, especialmente a partir de la batalla de Ipso, 302, le había proporcionado con un reino unido y fácilmente defendible, una posición dominante en el Mediterráneo oriental y en el Egeo, en el corazón del nuevo amplio mundo griego. Podía reforzar esta posición hasta conseguir una clara hegemo-

nía con el apoyo de la nueva ciudad de Alejandría, valioso puerto marítimo a cuya retaguardia estaban las riquezas inmensas de Egipto.

Buscando esta hegemonía él y su hijo Filadelfo llegaron a disponer de una flota poderosa de más de cuatro mil naves y a la que dieron tanta importancia que les agradaba ser saludados como almirantes. Su inmensa riqueza les permitió derramar con generosidad dinero en las ciudades griegas para contrarrestar la influencia de Macedonia. Aunque su monarquía era griega, cabía el peligro de que la imagen de su helenismo se deteriorara por el peso de la cultura de Egipto, reconocida y admirada por los griegos.

De aquí su interés en revalidar ante ellos la antigüedad y bondad de la cultura egipcia y trató de conseguirlo a través del libro, la forma más adecuada y moderna de la propaganda y difusión de ideas, como en el caso de la historia redactada en griego por el egipcio Maneto. Pero aún fue más lejos. Favoreció la obra de Hecateo de Abdera, *Egipciaca*, en la que se defendía la antigüedad histórica y la superioridad moral de la cultura egipcia, de la que la griega era una simple derivación.

A pesar de estas medidas, el peligro podía alejarse de una forma más segura poniéndose a la cabeza de la cultura griega, lo que le obligaba a prestar amplias ayudas a sus más ilustres representantes y a rodearse de ellos.

Hay otra razón política, ésta de orden interno. Tolomeo creó un reino griego en un país que tenía, y mantuvo viva, una cultura milenaria, de la que se sentían justificadamente orgullosos sus súbditos indígenas, y con la creación de una gran institución cultural griega, como el Museo, se podría equilibrar y superar, el peso cultural de los nativos.

Finalmente reforzaría la idea de Tolomeo I, como fundador del Museo, la aceptación de que a él se debe la creación de la Biblioteca, que tuvo que ser simultánea o posterior a la del Museo. Hay una tradición que arranca de la *Carta de Aristeas*, atribuyéndola a Tolomeo II Filadelfo, pero hay otra que se la adjudica a su padre, lo que no resulta sorprendente por las equivocaciones a que dio lugar el hecho de que todos los reyes se llamaran Tolomeo y el que esta palabra terminara usándose como nombre común equivalente a monarca egipcio. Es natural que ninguna de las dos tradiciones tenga garantías suficientes de credibilidad. En cambio, merece más credibilidad la intervención de Demetrio de Falero en los momentos iniciales de la Biblioteca, y sabemos que colaboró con Tolomeo I, pero no con su hijo, que se apresuró a desterrar al subir al trono.

La interesante figura de Demetrio de Falero, consejero del primer Tolomeo en asuntos políticos y culturales, merece una cierta atención. Na-

ció, a mediados del siglo cuarto, en el puerto de Falero, junto al Pireo, y, aunque hijo de un esclavo, recibió la educación de los jóvenes atenienses ricos. Frecuentó el Liceo, donde fue amigo y discípulo de Teofrasto. También fue amigo del orador Dinarco y de Menandro, el maestro de la Comedia Nueva. Pronto se sintió atraído por la política y gobernó Atenas, por encargo del rey de Macedonia Casandro, durante diez años, 317-307, hasta que la ciudad fue conquistada por Demetrio Poliorcetes, el hijo de Antígono.

Su gobierno fue un período de paz y tranquilidad. Aumentó los ingresos fiscales y dictó numerosas disposiciones inspiradas en las enseñanzas del Liceo. Entre ellas una para cortar los derroches que se hacían en las fiestas particulares, limitando el número de asistentes, y en la celebración de los funerales, cuya duración redujo. Contrasta esta postura severa frente a los demás, con el libertinaje de su vida. Fue muy cuidadoso de su aspecto personal, gustaba de teñirse el pelo, maquillarse el rostro e ir perfumado para resultar atractivo. Sentía una debilidad similar por las mujeres y por los muchachos, entre los que despertaba gran pasión. Consiguió los servicios de un renombrado cocinero, Mosquión, y organizaba banquetes tan fastuosos que sobrepasaba a los macedonios en prodigalidad y a los chipriotas y fenicios en refinamiento.

Los atenienses le honraron con 360 estatuas de bronce, que se apresuraron a destruir cuando fue destituido. Se refugió en Tebas y allí o en Macedonia estaba cuando, unos años después, fue llamado por Tolomeo I, en el que necesariamente hubo de influir como buen cortesano, grato comensal y hombre culto de palabra atrayente. Como consejero político le recomendó el nombramiento de sucesor a favor de su hijo mayor, Tolomeo Ceraunós, hijo de Eurídice. Se equivocó. El rey se inclinó por el menor, el hijo de Berenice. Por ello, cuando éste ascendió al trono, Demetrio, perdido el favor real, sufrió destierro en Busiris, y allí encontró pronto la muerte, mordido por un áspid, un fácil remedio egipcio para abandonar este mundo.

Escribió obras, principalmente sobre historia, retórica y política. Como filólogo editó las fábulas de Esopo y las sentencias de los Siete Sabios de Grecia, y estudió a Homero. Finalmente fue un gran orador, el último de los grandes oradores, según los antiguos, inventor de un nuevo tipo de discurso, muy admirado por Cicerón por su elegancia, y un fecundo poeta. Si, por un lado, podemos dar por segura la intervención de Demetrio de Falero y, por lo tanto, la influencia peripatética en el naciente Museo, por otro, hemos de reconocer las profundas diferencias existentes entre éste y el Liceo.

El Museo no fue esencialmente, como el Liceo y la Academia atenienses, un centro docente, cuya finalidad era la enseñanza. Si buscamos comparaciones con instituciones actuales, se parecía más a una academia científica, o a un centro de investigación, que a una universidad. En este punto el asentimiento es general hoy día.

No puede hablarse de una simple translación del Liceo a Egipto. El Museo es una institución original que recuerda a los centros atenienses, así como a la casa de sabiduría mesopotámica o a la casa de la vida egipcia, sin ser copia de ninguno de ellos.

El trabajo de sus huéspedes, por otra parte, se aleja de la especulación filosófica, tan característica de la Academia, del Liceo, de la *Stoa* y del Jardín posteriores. En efecto, escasa es la contribución alejandrina al pensamiento filosófico durante la época tolemaica. La explicación puede estar, por un lado, en el gran prestigio de las escuelas atenienses, pero también en que el Museo, muy ligado a la corte, no parecía un lugar idóneo para garantizar la independencia del análisis filosófico. Ya los tiranos de los siglos anteriores, cuya actividad cultural fue un claro antecedente del obrar de los reyes helenísticos, no tuvieron relación con las personalidades filosóficas.

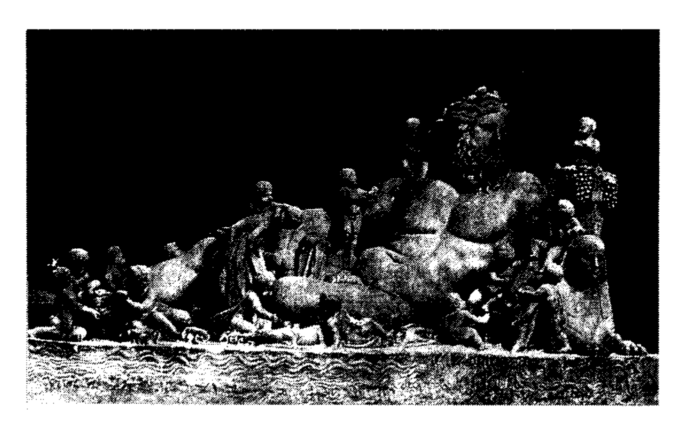
Por ello, aunque hubo filósofos que acudieron tras del señuelo del oro tolemaico y de las como-

didades del Museo, otros rehusaron invitaciones concretas y ninguno fue capaz de dejar establecida una escuela. Sólo ya avanzado el siglo I a. C., cuando Alejandría estaba bajo el influjo político romano y había decaído el poder de los reyes, vivieron en ella los primeros filósofos importantes de su historia, Filón de Larisa y Antíoco de Ascalón, cuya influencia se dejó sentir, más que en la propia Alejandría, en Roma y en el círculo de Cicerón y sus amigos.

Las actividades de los miembros se centraban, como veremos, en la investigación científica (matemáticas, astronomía, medicina y geografía, fundamentalmente) y en la filológica: fijación de los textos de las grandes obras, análisis de sus cualidades y establecimiento de categorías selectivas entre los cada día más numerosos autores e, incluso, entre las obras de un mismo autor. Es el famoso canon.

La investigación científica puede recordar al Liceo y hacer pensar en una influencia de Estratón de Lámpsaco; pero la investigación científica es característica de los mencionados centros mesopotámicos y egipcios, como lo es la investigación filológica. Además, no debemos olvidar la personalidad de los otros dos profesores de Filadelfo: Filitas, que fue considerado *criticós* por sus aficiones y sus conocimientos filológicos, y Zenódoto, su discípulo, cuya fama se debe a sus

ediciones de Homero, de Hesíodo y de otros poetas. Se le puede considerar el iniciador de la filología alejandrina.



Características del arte helenístico fueron las representaciones antropomórficas de ciudades y ríos, como ésta del Nilo, majestuoso anciano yacente rodeado de niños, símbolos de los codos de las crecidas de las aguas.

Estas investigaciones caracterizan a la cultura helenística, como la caracteriza igualmente la nueva poesía, cuyos más eximios representantes fueron protegidos de los Tolomeos y miembros del Museo. Es una poesía cortesana y culta, hecha por profesores, que nos recuerda a la generación española poética del 27, últimamente tan festejada, y a los juegos técnicos de los movimientos vanguardistas. Versos variados, alusiones eruditas, léxico antiguo. Si por un lado la pasión amo-

rosa es un tema central, por otro, la gran ciudad, por contraste, da lugar a cuadros campestres, poblados de ganado y pastores y origen de la posterior literatura bucólica.

Los poetas gustaban de exponer los conocimientos científicos y de resucitar los temas mitológicos como curiosidad erudita; descubrieron y cultivaron la tecnopegnia *(carmina figurata),* poemas que, a veces, son adivinanzas, compuestos para mostrar el dominio de la técnica formal, consistentes en la representación de un objeto (ala, huevo, hacha, siringa, etc.) mediante la distinta longitud de las líneas; gustaban, por influencia de Calímaco, al que se le atribuye la idea de que un libro grande es un gran mal, *méga biblíon, méga cacón*, de las composiciones cortas: epigramas, idilios, mimos, etc.; cambiaron el destino primitivo del epigrama, inscripción, y los escribieron por motivos puramente literarios, tanto simulando falsas dedicatorias o recuerdos a muertos, como para expresar una gama variada de sentimientos personales. Además, no desaprovechaban la ocasión (poder de la poesía comprometida) de halagar la vanidad de reyes y reinas considerándolos como dioses.

Es muy difícil encontrar alguna relación entre esta poesía y el Liceo. Demetrio de Falero fue poeta, pero su figura parece de otro universo. En cambio, Calímaco y Teócrito, dos de sus grandes

representantes, se muestran admiradores de Filitas de Cos, cuya influencia, si no en la creación del Museo, al menos en su orientación posterior, parece clara.

Los miembros del Museo no formaron, como hemos visto anteriormente, una hermandad afectuosa ni se sintieron parte de una comunidad con unos ideales definidos y compartidos. No se alejó mucho de la realidad Timón de Fliunte, aunque la suya sea una visión caricaturesca, cuando los vio como encerrados en una jaula, por muy dorados que fueran sus barrotes. Sus dueños y señores podían contemplarlos tranquilamente y aliviar sus ocios escuchando sus gorjeos.

El recuerdo del Museo le ha sugerido a un crítico moderno, Pfeiffer, la imagen de la torre de marfil por la intención de los poetas de dirigirse a un reducido grupo selecto de personas y por el carácter más literario que vital de su obra. No podía ser de otra manera, pues los gritos destemplados de la calle, las ironías crudas de los cortesanos o las ideas disolventes que podían surgir del discurrir filosófico no resultaban gratos a los regios oídos. Buen ejemplo de todo esto es el fin lastimoso de Sótades de Maronea, que recriminó al rey en unos versos procaces:

metiste tu aguijón en un lugar no santo

con motivo de la boda de los hermanos Filadelfo. Trató de huir, pero fue hecho prisionero por el almirante Patroclo y arrojado al mar, vivo, en una caja de plomo.

5

FUNDACIÓN DE LA BIBLIOTECA

El problema del origen de la Biblioteca de Alejandría es el mismo que el del origen del Museo. La Biblioteca debió de surgir como consecuencia de la fundación de este último, para que sus miembros dispusieran de una colección de libros, elemento valioso de trabajo e imprescindible en la nueva ciudad, que no disponía de libros griegos, al menos en la cantidad suficiente para atender a las necesidades de los eruditos e investigadores que en ella iban a trabajar.

Son pocas y tardías las noticias sobre la Biblioteca y su fundación. Esta carencia se puede deber al hecho de que no hubiera un edificio especial construido para ella, como lo había para el Museo, y por ello Herodas y Estrabón, al describir la ciudad, citan al uno pero no a la otra.

Desde luego podemos estar seguros de que la Biblioteca no precisaba y, por consiguiente, no tendría una dependencia tan esencial en una biblioteca de nuestros días como una sala de lectura. Y ello por dos razones. Primero porque ni griegos ni romanos usaron la mesa para leer, costumbre que se impuso en la Edad Media como consecuencia del abandono de la forma de rollo y la adopción de la de códice o cuaderno para el libro. Después, porque una tal sala era algo inconcebible, pues leyendo todos en voz alta se produciría tal guirigay que nadie se hubiera podido concentrar en la lectura.

Podían realizar la lectura en voz alta paseando por los pórticos o sentados en los bancos de una exedra o de los jardines, con todo lo cual contaba el Museo. Por otra parte, la Biblioteca tampoco precisaba, ni jamás probablemente dispuso de ellos, grandes depósitos, que son una parte esencial de una gran biblioteca de hoy. Para guardar los libros, que no fueron tantos, bastaban unas pequeñas habitaciones, que permitían, además, conservarlos ordenados, en nichos y cestas, dentro de determinados grupos para facilitar su localización.

Justificada la falta de información sobre el edificio e instalaciones de la Biblioteca, es natural que sea deficiente la que existe sobre la fundación, porque al no haber un edificio específico no

hubo inauguración o inicio oficial de las actividades, como no se conoce tampoco la del Museo, del que la Biblioteca puede considerarse una dependencia.

El documento más antiguo conservado sobre la fundación de la Biblioteca es la *Carta de Aristeas a Filócrates*, escrita quizá en el siglo II a. C. por un judío alejandrino, para gloria de su pueblo y de sus libros sagrados. Información, probablemente, más fidedigna y más completa la proporcionan los comentarios sobre Aristófanes de un estudioso bizantino del siglo doce, Juan Tzetzes, hombre de conocimientos enciclopédicos, pero poco cuidadoso, como si a veces escribiera de memoria. Otra fuente, parcial y oscura, la constituyen la serie de biografías que contiene la enciclopedia conocida por el nombre de *Suda* o *Suidas*, compuesta, utilizando materiales de tiempos tolemaicos, a finales del siglo diez. Por último, disponemos de un papiro encontrado en Oxirrinco, que parece corresponder al siglo segundo d. C., con una relación de los directores de la Biblioteca.

En la *Carta de Aristeas,* quizá un seudónimo correspondiente a un judío alto funcionario conocedor de la corte y sus costumbres, se da una explicación fantástica de la primera traducción al griego de la Torá o Ley, origen de la célebre versión de los *LXX* o *Septuaginta.*

La traducción se debería, según Aristeas, a una idea de Demetrio de Falero, director de la Biblioteca, que propuso un día, precisamente en presencia de Aristeas, al rey, que por el contexto parece ser Tolomeo II, la conveniencia de que los libros sagrados de los judíos se incorporaran al fondo bibliográfico, que ya había sobrepasado los 200.000 volúmenes, aunque el proyecto preveía alcanzar el medio millón. El rey (entonces Palestina formaba parte del reino egipcio) escribió al Sumo Sacerdote de Jerusalén, Eleazar, pidiéndole, tras notificarle que había liberado a prisioneros judíos hechos por Tolomeo I y enviarle oro, plata y objetos valiosos, que se hiciera la traducción.

La carta fue llevada por Aristeas, que pudo describir el templo, la ciudad y las tierras palestinas. De llevar a cabo la traducción se encargaron setenta y dos doctores (y de ahí el nombre de versión de los Setenta), seis intérpretes de cada una de las doce tribus. A su llegada fueron muy bien recibidos por el rey, que les ofreció un banquete a lo largo de siete noches durante las cuales Filadelfo no se cansó de hacerles preguntas para alcanzar una vida sabia y virtuosa. Se alojaron y trabajaron en la isla de Faros y consiguieron realizar su misión de manera increíblemente perfecta, maravillosa y coincidente.

La versión tuvo gran aceptación y difusión y fue usada en diversas tierras por los judíos prime-

ro y los cristianos después. En tiempos modernos los europeos la utilizaron como referente del texto hebreo, acompañado de una traducción latina, incluida en las grandes políglotas que aparecieron a continuación de la *Complutense* ordenada por el Cardenal Cisneros. Todavía hoy es el texto oficial de la Iglesia griega.

La historia tiene todas las apariencias de un cuento, pero gozó de popularidad y fue admitida, como explicación oficial de la traducción al griego del Pentateuco, por escritores judíos, tales Filón o Flavio Josefo, y por cristianos, como Tertuliano, Eusebio o Epifanio, quienes mantuvieron la intervención conjunta de Tolomeo II como rey y de Demetrio como director de la Biblioteca.

Clemente de Alejandría, a caballo entre los siglos segundo y tercero d. C., atribuyó la historia a Demetrio y a Tolomeo I, aunque dice que hay quien piensa que el protagonista fue su hijo Filadelfo. Ireneo, ligeramente anterior a Clemente, también atribuyó la historia a Tolomeo I, pero no mencionó a Demetrio.

Juan Tzetzes da una versión similar a la de Aristeas (Filadelfo y Demetrio procurando acrecentar la Biblioteca) en los *Prolegómenos a Aristófanes*. Éstos, al parecer, fueron traducidos parcialmente al latín por un humanista italiano del siglo quince en un escolio a Plauto que figura en un manuscrito con quince obras suyas, conserva-

do en Roma, antes en la biblioteca del Colegio Romano (jesuitas) y ahora en la Vaticana.

Tzetzes proporciona otros datos complementarios sobre el trabajo en Alejandría y en la Biblioteca, como que Alejandro de Etolia, Licofrón de Calcis y Zenódoto de Éfeso editaron, respectivamente, las tragedias y las comedias atenienses del siglo quinto, así como las obras de Homero; que Eratóstenes fue nombrado bibliotecario por el rey; que la biblioteca de la corte o principal, según Calímaco, cuya autoridad aduce y al que Tzetzes llama joven cortesano y el humanista latino, por claro error, bibliotecario regio, tenía 400.000 volúmenes de un tipo y 90.000 de otro (*symmigeîs* y *amigeîs*), mientras que otra biblioteca más pequeña, fuera de palacio, la del Serapeo, contenía cerca de cuarenta y tres mil.

El obispo Epifanio (siglo cuarto), al hablar de la traducción de los Setenta, dice que fue depositada en la primera biblioteca, situada en el Bruquión, añadiendo que después fue construida otra más pequeña en el Serapeo, que fue llamada hija de la primera. A causa de esta cita se ha admitido de manera general que la segunda biblioteca citada por Tzetzes estaba instalada en el Serapeo, el templo elevado en honor de Sérapis en una colina dentro del barrio de Racotis, habitado principalmente por egipcios, y como Tácito y Plutarco atribuyen el establecimiento del culto de esta

nueva divinidad a Tolomeo I, se ha llegado a la conclusión de que este último había construido el templo. Pero ya hemos advertido que recientes excavaciones han demostrado que, al menos en su última y grandiosa forma, fue obra de Tolomeo III.

Aunque había sido también creencia generalizada que la biblioteca menor fue establecida allí por Tolomeo II, y que había sido creada con posterioridad al Museo y a la Biblioteca principal, en estos momentos son mayores las dudas sobre el fundador, ya que lo pudo ser cualquiera de los tres primeros reyes, si bien cabe suponer que, creada por Tolomeo I, su hijo y su nieto continuaron acrecentándola, especialmente cuando se terminaron las obras de ampliación y embellecimiento del templo. De todas formas, los restos arqueológicos de la construcción de Tolomeo III Evérgetes I, muestran un lugar formado por dos corredores largos a los que dan unas habitaciones laterales, donde muy bien pudieron estar depositados los libros.

La tradición, como hemos visto, y siguiendo a Aristeas, atribuye la fundación de la biblioteca principal, salvo raras excepciones, a Tolomeo II. Sin embargo, los investigadores modernos dudan de esta atribución porque Aristeas no es muy de fiar (la no autenticidad de la carta fue sospechada ya por Luis Vives en 1522, en la edición que hizo con Erasmo de *De civitate Dei),* porque comete

errores cronológicos como suponer que Demetrio de Falero era consejero de Filadelfo, cuando la verdad es que lo desterró al ascender al trono.

La atribución a favor de este último se explica si se tiene en cuenta que su reinado fue considerado por la posteridad como el momento más brillante de la monarquía lágida por la extensión de sus dominios, por su riqueza, por haber inaugurado oficialmente, trasladando la capital a ella, Alejandría, por las adulaciones que recibió de los grandes poetas de su tiempo, como Calímaco y Teócrito, que no dudaron en compararlo con Zeus y Apolo, y porque, educado por personas de gran prestigio en el campo de la poesía (Filitas), de la nueva filología (Zenódoto) y de la ciencia (Estratón), debió de sentir simpatía por el mundo de las letras —desde luego mucha más que por la gloria militar— y gustar del trato de los escritores. Todo ello facilitaría el que se forjara y se conservara en el Museo y en el mundo intelectual una imagen suya que recuerda por la fastuosidad de la corte, por sus aficiones literarias y por su caprichosa personalidad al posterior Harún al-Raschid de las *Mil y una noches.*

Por otro lado, debe tenerse en cuenta que en las citas que los autores de la Antigüedad hacen de los reyes egipcios generalmente no hay ninguna precisión. Utilizan simplemente el nombre de Tolomeo, sin sobrenombre ni numeral, como si

fuera un nombre común sinónimo de rey de Egipto. Y así se comprende que cuando Aristeas consideró conveniente precisar, para dar mayor sensación de veracidad, cayera en la tentación de adjudicar la historia al rey que tenía una imagen más literaria. Con lo expuesto no trato de demostrar que Filadelfo no fuera su creador, sino simplemente de justificar la posibilidad de una falsa atribución.

Anteriormente hemos dado una serie de razones que nos hacían pensar que el Museo fue obra de Tolomeo I. Todas ellas valen para imaginarlo como creador de la Biblioteca, complemento natural del Museo.

La labor en este último era inconcebible sin una buena colección de libros, como las que tenían a su servicio los miembros de los templos mesopotámicos y egipcios, cuyo ejemplo pudo influir, según hemos dicho, en la configuración del Museo. Incluso pudo tener noticias, sólo habían pasado tres siglos, del empeño de Asurbanipal de recoger todos los viejos libros mesopotámicos en su biblioteca de Nínive.

Por otra parte, una buena colección de libros sería un atractivo señuelo para decidir a algunos hombres de letras a abandonar sus ciudades y a otros a preferir la invitación del rey de Egipto a las que les llegaban de las capitales de los otros reinos helenísticos.

Es casi seguro que la recogida de libros se inició en tiempos del primer Tolomeo. La tarea no era fácil ni allí ni en cualquier otra parte por las deficiencias del comercio y circulación del libro, que acababan de iniciarse, y de la dificultad de valorar la calidad de los ejemplares. Además, el volumen de las adquisiciones obligaría pronto a buscar un local adecuado para instalar los rollos y a establecer unas normas para que fueran fácilmente depositados y localizados.

Estas necesidades llevarían a la idea de crear un organismo que las resolviera, es decir, a la creación de una biblioteca, dando un nuevo sentido a esta palabra, que evolucionó de mero depósito de libros a institución que adquiere libros apropiados a una finalidad y los guarda con un cierto orden para facilitar su rápida localización y consulta. La idea pudo ser discutida por Tolomeo I y sus colaboradores y perfeccionada por él o por su hijo e incluso por sus nietos. Cualquiera de los dos primeros reyes pudo dotarla económicamente, nombrar el primer director y aprobar las normas técnicas, pero lo que parece seguro es que en tiempos del fundador de la dinastía se iniciaron las primeras compras y el proceso organizativo, sea el que fuere el nivel alcanzado, se superó a lo largo del siglo tercero.

La intervención de Demetrio de Falero en los momentos iniciales de la Biblioteca, durante el

reinado de Tolomeo Sóter, tiene todas las probabilidades de ser cierta. Abonan esta creencia los testimonios de una larga tradición, que no se justifica como invención gratuita, sus grandes conocimientos bibliográficos y la experiencia adquirida en el Liceo sobre la utilización de los libros para la investigación científica y para la formación intelectual. No resulta descabellado pensar que si no llegó a ser el primer director efectivo, pudo ser, al menos, la persona que tuvo la mayor responsabilidad en la fijación de los criterios de selección, en la recogida de los lotes iniciales de libros y en la fijación de las primeras normas para su ordenación y utilización.

Ésta podía ser la explicación de la frase de Estrabón de que Aristóteles enseñó a los reyes egipcios a organizar la Biblioteca. Es decir, que los Tolomeos quizá concibieron la idea y pudieron crear su gran biblioteca gracias a la experiencia obtenida en el Liceo. Y es fácil llegar a la conclusión de que Demetrio explicó en la corte de Menfis las ventajas de la colección de libros que habían logrado reunir Aristóteles y Teofrasto y aconsejó el establecimiento de una mucho mayor, como correspondía al poder y a la riqueza de Tolomeo, que compensara la falta de libros griegos en Egipto y fuera capaz de ofrecer a los ilustres huéspedes prácticamente la totalidad de la creación escrita en lengua griega. Se afianzaba así la

idea de biblioteca como consecuencia del desarrollo que el libro había experimentado en los últimos cien años y se reconocían sus méritos políticos.

La Biblioteca continuó creciendo durante todo el reinado de los Tolomeos, que nunca se desentendieron de ella porque todos fueron cultos y aficionados a las letras.

La ascensión al trono de Tolomeo VIII y su talante sanguinario supusieron el cierre del ciclo de brillantes colaboradores (Calímaco, Alejandro de Etolia, Licofrón de Calcis, etc.) y de famosos directores (Zenódoto, Apolonio de Rodas, Eratóstenes, Aristófanes de Bizancio y Aristarco), que influyeron considerablemente en la conservación del patrimonio cultural griego y, concretamente, en la formación intelectual de los reyes, pues fueron al mismo tiempo directores y profesores de los príncipes.

A partir de este momento Alejandría dejó de ser la capital intelectual del mundo griego, puesto que con justicia había arrebatado a Atenas y había ostentado durante siglo y medio gracias a los poetas y a los sabios que habían vivido, acogidos en el Museo, de la munificencia real. Las revueltas continuas del pueblo en la ciudad y la persecución de que hizo objeto Evérgetes a los partidarios de su sobrino forzaron la emigración de un gran número de filólogos, matemáticos, músicos

y pintores, que llenaron, como dice el infatigable Ateneo, recogiendo una frase de Menecles de Barca las islas y las ciudades. La emigración tuvo gran importancia en el campo de la educación, según el mismo Ateneo, pues estos hombres, al perder las copiosas rentas que disfrutaban en Alejandría, tuvieron que dedicarse a dar clases para ganarse la vida y de sus enseñanzas se beneficiaron muchas personas. Dos ciudades, Pérgamo y Rodas, gracias a esta situación, pasan a primera fila y pudieron codearse con Alejandría y Atenas.

Mala imagen tuvo Evérgetes entre los historiadores. Que pecó por la gula y que no se contuvo en ordenar la muerte de enemigos, parece que es algo de lo que no puede dudarse. Pero también es posible que esta mala imagen, en gran parte, se debiera a un recurso retórico, a la simplificación y al contraste de caracteres. Todas las maldades se le achacaron a un hermano y las bondades al otro. En punto a crueldad, el considerado bondadoso Tolomeo VI recibió su última alegría cuando moribundo pudo contemplar la cabeza de su enemigo Alejandro Bala, al que acababa de derrotar, según Josefo.

Por otro lado, se conocen decretos de Evérgetes que le muestran como buen administrador, preocupado por la organización del reino y por cortar los abusos de los funcionarios sobre sus súbditos. Quizá su imagen quedó deformada ante

los historiadores griegos por su ridícula apariencia física, por la simpatía que sintió por los egipcios y porque, en su tiempo, se interrumpió ese prodigio de cinco generaciones sucesivas de sabios ilustres, iniciado con Filitas y terminado con Aristarco, por causas naturales, ajenas a él, en las que probablemente influyeron la quiebra económica y la inseguridad que trajeron largos años de guerras y de revueltas ciudadanas.

Aunque entre los emigrados estuvo Aristarco, es una invención disparatada el cierre de la Biblioteca y del Museo. Pueden ser representativos de la nueva situación el que al frente de la Biblioteca fuera colocado, para cubrir la vacante de Aristarco, un militar poco importante y desconocido, Kydas, y que el hijo y sucesor de Evérgetes II, Sóter II, nombrara director, *tetagménos*, hacia el año 88, a otro personaje que no ha dejado ninguna huella en la historia de las letras, un tal Onesandro, al que se califica también de pariente, sacerdote vitalicio del faraón y secretario de la ciudad de Pafos en una inscripción hallada en unas excavaciones en Chipre en 1887.

Las continuas luchas por el trono entre hermanos y hermanas, que tienen que suplicar ayuda en Roma y comprar a venales senadores y tribunos, dan lugar a una gran decadencia política, situación nada favorable para la recuperación del puesto de adelantada cultural que Alejandría no

volverá a ocupar, a pesar de seguir abierto el Museo y la Biblioteca aumentando sus volúmenes, y contar con notables investigadores y un ambiente cultural elevado.

6

EL FIN DE LA BIBLIOTECA

La historia del Museo y de la Biblioteca de Alejandría realmente debería haber acabado en el año 30 a. C. con la muerte de Cleopatra y el final del reino de los Tolomeos, incorporado al naciente Imperio Romano. Fueron ellos los que los crearon y sostuvieron por interés cultural y por razones políticas. Se trataba de conseguir el reconocimiento del carácter helénico del reino egipcio, que tenía una personalidad histórica y cultural muy acusada, y de ocupar, dentro del mundo de las letras griegas naturalmente, un puesto de primera fila, paralelo al que deseaban tener en política internacional. El que los reyes y las reinas fueran o terminaran, en general, siendo grandes aficionados a las letras, es algo más que una consecuencia natural de la existencia de una gran colección de libros y de la personalidad y fama de los poetas, fi-

lólogos y científicos que vivieron en el Museo. Es un determinante de la monarquía tolemaica.

La pervivencia de ambas instituciones hasta el siglo cuarto d. C., atravesando las peripecias naturales de un período tan largo, en el que se produjeron graves incidentes en la ciudad, cuyos habitantes siempre fueron proclives a las revueltas callejeras, y que no volvió a ser ni la residencia de una corte rica ni la capital de un estado independiente, sólo se puede explicar por el prestigio cultural de que gozaron. Los romanos las admiraron como monumentos tan increíbles como las pirámides.

Pero, por su estrecha relación con la dinastía, es explicable que se creara la leyenda de la destrucción de la Biblioteca en los últimos años de la existencia del reino. Se trata del posible incendio de la Biblioteca y de la quema de algunos o la mayoría de los libros en la llamada Guerra de Alejandría, durante el ataque del general egipcio Aquila contra César, que se había hecho fuerte con escasas tropas en los recintos del palacio. El general romano ordenó incendiar unos barcos que había en el puerto para evitar que cayeran en manos de los egipcios, que, de adueñarse de ellos, cortarían la comunicación con el exterior y la posibilidad de recibir refuerzos. El incendio, avivado por un fuerte viento, podría haber alcanzado a algunas instalaciones de tierra, quemando libros

depositados en el puerto, e incluso haberse extendido a la Biblioteca.

César en la *Guerra Civil* habla de la quema de los barcos, pero no hace la menor alusión a la destrucción de la Biblioteca o de los libros. Tampoco menciona el incendio de los libros de la Biblioteca *La Guerra de Alejandría*, escrita probablemente por Hircio, amigo de César, como continuación de la obra anterior, aunque dice que César ordenó derribar unos edificios fronteros al palacio para dejar un espacio libre entre éste y el resto de la ciudad en poder de los enemigos. Precisamente este libro declara la incombustibilidad de los edificios de la ciudad hechos de piedra, mármol y argamasa, y en los que ni los techos ni los suelos eran de madera.

Tampoco hace mención del incendio de la Biblioteca ninguna de las obras conservadas de Cicerón, contemporáneo del acontecimiento, y resulta raro que no le arrancara ningún comentario un hecho de tal magnitud como la desaparición de la Biblioteca más importante, con mucho, creada por el hombre, donde estaba recogida la casi totalidad de la cultura griega, tan admirada por él.

También sorprende que Estrabón, que vivió en Alejandría a los pocos lustros de estos hechos, y que debió de trabajar en la propia Biblioteca recogiendo materiales para su obra, no haga ninguna referencia a su incendio o a la destrucción de

una gran cantidad de libros en su detallada descripción de Alejandría y del Museo. Tampoco se menciona nada de esto en *La Farsalia* de Lucano, 39-65 d. C., donde se hace una impresionante descripción poética del incendio, que saltó, desde los barcos, a causa del viento, a las casas próximas y cuyas llamaradas brincaban por encima de los tejados como estrellas fugaces sin encontrar materia combustible.

La primera noticia conservada de la quema de los libros como consecuencia de la acción militar aparece en Séneca, muerto en el año 65 d. C., en *De tranquillitate animi*, «Cuarenta mil libros ardieron en Alejandría» y añade «Alaben otros llamándole hermosísimo monumento de regia opulencia, como hace Tito Livio, al manifestar que fue el fruto egregio del interés, *cura*, y buen gusto, *elegantia*, de los reyes. No hubo ni buen gusto ni tal interés, sino desmedida afición a los estudios, incluso ni afición a los estudios siquiera porque la Biblioteca se formó no para que la gente aprendiera, sino para deslumbrarla».

Más que un claro monumento histórico es una cita incidental malhumorada. La intención del filósofo no era testimoniar el incendio, sino mostrar su desprecio por la afición desmedida de algunos contemporáneos suyos a poseer muchos libros que luego no leían. Los libros en aquellos tiempos, como ha sucedido en varias circunstan-

cias históricas y sucede en nuestros días, daban a sus dueños un orgulloso sentimiento de superioridad proporcionado por su simple posesión. Para el propósito de Séneca, la acción de los Tolomeos, que habían reunido tal cantidad de libros, era elocuente y mucho más si podía sugerirse que su vanidoso esfuerzo encontró la justa recompensa, acabar en cenizas.

La primera noticia completa del incendio total de la Biblioteca se encuentra en Plutarco, 46-120 d. C., que escribe siglo y medio después y afirma, *Vida de César*, que el incendio «se propagó de las naves a la célebre Biblioteca, y la consumió». La noticia parece completada en la biografía de *Antonio*, al dar cuenta de la denuncia formulada en el Senado por Octavio contra Antonio. Calvisio, amigo del primero, en la enumeración de los delitos de Antonio por sus amores con Cleopatra, denuncia que «había donado a Cleopatra las bibliotecas de Pérgamo, en las que había doscientos mil volúmenes distintos». El apartado siguiente comienza: «Se cree que la mayor parte de estas inculpaciones habían sido inventadas por Calvisio».

Plutarco fue hombre de mucha lectura y frecuentador de bibliotecas. Por ello en su obra cita a más de doscientos autores; pero lamentablemente no indica en cuál se ha basado para afirmar la destrucción de la Biblioteca. Es presumible que

las citas de las dos biografías guarden alguna relación, es decir, procedan de una misma fuente, una tradición contraria a Antonio, al que se achaca el traslado de la Biblioteca de Pérgamo, que transformó una vaga noticia de rollos ardiendo en el muelle, en el incendio de la gran Biblioteca de la Antigüedad.

Suetonio, 70-160, no menciona el incendio en su *Vida de César*, aunque la explicación puede estar en que la noticia de la guerra de Alejandría es muy corta, como tampoco lo menciona otro escritor posterior, griego nacido en Egipto, que escribía a principios del siglo tercero, Ateneo. Lector avidísimo, cita en el *Banquete de los sofistas*, más de un millar de libros e infinitas anécdotas y curiosidades, algunas de ellas referidas a la Biblioteca y al Museo.

Nos limitamos, a partir de aquí, a la mención de cuatro escritores que dan cuenta del incendio. Las noticias son ya tardías y parecen deformadas: gran diferencia en el número de libros, confusión de la pequeña biblioteca del Serapeo con la grande del Museo y un dato que puede ser revelador recogido por dos de ellos: lo quemado fueron unos rollos que estaban almacenados en los muelles.

Como el papiro era exportado a Roma en grandes cantidades, no tendría nada de particular que hubiera ardido en los muelles un cargamento de

rollos en blanco, que el rumor convirtió con el tiempo en los fondos de la Biblioteca de Alejandría. Pero dejemos hablar a los testimonios.

Aulo Gelio, c. 123-168, autor que merece poca fe porque gustaba de narrar historias de muy dudosa autenticidad, cuando no son totalmente falsas, en sus *Noches Áticas*, dice «Más tarde una enorme cantidad de libros, cerca de 700.000 volúmenes, fueron adquiridos o copiados en Egipto bajo los reyes llamados Tolomeos. Pero todos ellos fueron quemados durante el saqueo de la ciudad en la Primera Guerra de Alejandría, no de manera intencionada o por orden de alguien, sino accidentalmente por los soldados auxiliares.

Dion Casio, c.160-c.235, en su *Historia de Roma*, describe con detalle la lucha entre Aquila y César y dice que muchos lugares fueron incendiados y, como consecuencia, ardieron almacenes de grano y de libros excelentes y en gran número.

Amiano Marcelino, final del siglo cuarto, en su *Historia de Roma*, refiriéndose al Serapeo, dice que en él hubo bibliotecas de enorme valor, y antiguos documentos afirman que 70.000 volúmenes, que habían sido reunidos por el gran interés de los Tolomeos, fueron quemados en la guerra de Alejandría cuando la ciudad fue saqueada, en tiempos del dictador César.

Finalmente el español Orosio, escribiendo ya en el siglo quinto, en su *Historia adversus paga-*

nos afirma que ardieron 40.000 libros que accidentalmente, *forte*, estaban en los edificios próximos a la costa. El adverbio *forte* ha llevado a la sospecha de que libros de la Biblioteca habían sido almacenados en el puerto porque César tenía el propósito de embarcarlos para Roma como trofeo.

Resumiendo, es seguro que el incendio no afectó ni al palacio ni a los edificios que ocupaban el Museo y la Biblioteca y es probable que tampoco a los libros de ésta y que, si ardieron algunos rollos en el puerto, serían rollos en blanco preparados para la exportación.

Tampoco parece probable que César estuviera preparando el envío a Roma de todos o de buena cantidad de los libros de la Biblioteca. Aparte de que algo tan importante hubiera sido recogido por los escritores contemporáneos, no estaba justificada una expoliación en aquellas circunstancias (alianza política entre los dos pueblos y amistad personal de sus jefes) y, si César hubiera deseado para él unos pocos ejemplares, podía haber ordenado que se hicieran copias.

La Biblioteca y el Museo remontaron esta posible crisis. Plutarco y Dion Casio los visitaron a finales del siglo primero y Luciano y Galeno, ya dentro del siglo segundo. Ambas instituciones siguieron vivas pues el puesto de los reyes como

protectores pasaron a ocuparlo los emperadores, y esta protección se mantuvo al menos durante los dos primeros siglos y, por ejemplo, la de Adriano fue extremadamente generosa. Sin embargo, es de suponer que la ayuda económica para el sostenimiento de la colección bibliográfica (reposición de los rollos deteriorados, envejecidos o perdidos) o para la adquisición de novedades, a la larga, disminuyera.

Otro grave incidente que pudo afectar a la Biblioteca fue la rebelión, segunda década el siglo segundo, de los judíos contra Trajano, que originó y fue sofocada con gran violencia. Más graves, y de mayores consecuencias, fueron las luchas que se produjeron en la segunda mitad del siglo tercero, cuando, además, la situación económica del Imperio había empeorado y el interés de los emperadores, agobiados por graves problemas políticos y militares, disminuido.

En tiempos del emperador Galieno, 265 d. C., el prefecto de Egipto, L. Mussio Emiliano, se proclamó emperador y cortó el envío de víveres a Roma. Teodoto, general de Galieno, se apoderó violentamente de la ciudad, que quedó gravemente dañada. Poco después entraban en ella las tropas de Zenobia, reina de Palmira, cuyo marido Odonato, había creado un poderoso reino que detuvo el avance del naciente Imperio Sasánida, y así se ganó el respeto de Galieno, que le colmó de

honores. Valeriano, el sucesor de Galieno, acabó con el reino de Palmira y, según Amiano Marcelino, al recuperar Alejandría, la arrasó, quedando destruido gran parte del barrio Bruquión, el principal de la ciudad y donde estaba la Biblioteca, 272 d. C.

Es probable que la gran destrucción del barrio de Bruquión, que pudo afectar al edificio y a los libros de la Biblioteca, no se produjera en tiempos de Valeriano (Amiano Marcelino se equivoca con frecuencia en las atribuciones de los hechos históricos) sino un cuarto de siglo después, en el año 296 durante una nueva conquista de la ciudad sublevada que llevó a cabo personalmente Diocleciano después de un duro asedio de ocho meses.

El cuarto fue un mal siglo para la Biblioteca por el triunfo de Constantino, que trasladó la capital a la vieja Bizancio y nueva Constantinopla y reconoció y protegió el cristianismo. Roma, capital del Imperio, no había ensombrecido el rango de Alejandría dentro del mundo helénico. Constantinopla era, en cambio, una poderosa rival por estar dentro de él. La Biblioteca y el Museo fueron instituciones creadas al servicio de la cultura clásica pagana y su continuación no resultaba fácil bajo la dependencia de un régimen político que la perseguía.

Por otro lado, el cristianismo fue para el pueblo egipcio, que se sentía sojuzgado por los griegos

detentadores del poder, un cauce de sus sentimientos nacionalistas, y de ahí que se creara un alfabeto especial, bien es verdad que a base de añadir seis letras al griego, para difundir en la lengua nacional, el copto, los evangelios y una abundante literatura religiosa sobre temas teológicos y litúrgicos. El pueblo egipcio dejó de sentir como propios el Museo y la Biblioteca por su doble carácter helénico y pagano.

El fanatismo y la violencia en los sentimientos religiosos no fueron exclusivos de los hombres del pueblo, entre los cuales proliferaron monjes siempre dispuestos a las algaradas callejeras y anacoretas entregados en el desierto a una vida de renunciación y exaltación combatiendo las tentaciones y los espíritus malignos.

También alcanzaron a las altas dignidades, como a Atanasio, que ocupó la sede de Alejandría durante el segundo y tercer cuarto del siglo y cuya defensa del catolicismo, frente a los emperadores que favorecían el arrianismo, le valió persecuciones y repetidos destierros, o a Teófilo, que rigió la sede entre el 385 y el 415 y se distinguió por su polémica y sus intrigas contra Juan Crisóstomo, obispo de la propia Constantinopla, cuyo destierro consiguió.

El comienzo de su mandato coincide con el reinado de Teodosio, 375-395, el primero de los emperadores que no quiso tomar el título pagano

de pontífice máximo y que se empeñó en acabar con la herejía y con el paganismo. Teófilo consiguió que el emperador le autorizara la destrucción del Serapeo, 391, el gran templo pagano que era la esencia misma de la monarquía tolemaica. Es probable que entonces se produjera el cierre del Museo y de la Biblioteca, pues Teodosio no iba a permitir que fuera sostenida con fondos oficiales una institución esencialmente pagana. Según la *Suda*, enciclopedia compuesta en Bizancio a finales del siglo diez, el último huésped del Museo fue el matemático Teón, que vivió en la segunda mitad del siglo cuarto.

La desaparición del Museo y de su Biblioteca no supone necesariamente la de las colecciones de libros que hubieran podido salvarse de las intervenciones militares de la segunda parte del siglo tercero. Por lo que atañe a la segunda biblioteca, la del Serapeo, hay que tener en cuenta que Teófilo, hombre muy culto y degustador de los escritos clásicos, que tomó la iniciativa de destruir el templo y los elementos de culto, no pudo dar el mismo trato a los libros. Es de suponer que los que pertenecían al Serapeo fueran trasladados a lugar seguro o que sencillamente la destrucción no afectara al edificio e instalaciones de la biblioteca del templo.

A pesar de que fueron destruidos los templos paganos y perseguido el culto de los dioses, no lo

fueron las personas. El caso de la bella Hipatia es una excepción. Hija del citado Teón, fue una de las inteligencias más sobresalientes de su tiempo. Profesaba ideas platónicas, fue buena matemática, como su padre, y sus clases gozaron de justa fama. A ellas concurrió Sinesio de Cirene, quien, no obstante haberse educado en la tradición clásica, terminó de obispo de Tolemaida por recomendación de Teófilo, su amigo. La amistad de Hipatia con Orestes, prefecto de Alejandría, que había chocado con Cirilo, sobrino y sucesor de Teófilo, la hizo impopular entre los exaltados partidarios de éste y le costó la vida, 415. Fue sacada de su coche en plena calle y arrastrada por el suelo hasta una iglesia próxima donde murió a causa de los golpes recibidos. Para los nacionalistas cristianos este asesinato significó la muerte de la idolatría pagada.

El propio Cirilo, sólo con éxito parcial, intentó acabar con los estudios de filosofía que se impartían en una escuela superior o universidad, pues en la segunda mitad de este siglo quinto, Horapollon, autor de una obra sobre Alejandría y otra sobre jeroglíficos, confiesa, en un papiro conservado en El Cairo, que seguía entregado a la enseñanza de la filosofía en una escuela universitaria que él dirigía, continuando una larga tradición familiar.

En un ambiente tan poco propicio y peligroso no tardaron en desaparecer los estudios clásicos,

como sucedió en Grecia, pero aquí el fanatismo de los religiosos egipcios llevó a la esterilidad intelectual. La misma suerte irían corriendo los rollos de papiro. No había dinero para reponer los gastados por el uso o maltratados por los años, ni para adquirir nuevas obras.

Por ello es absurdo pensar que la Biblioteca pervivió hasta la conquista musulmana y que el general Amrú, el conquistador del país, procedió a la destrucción y a la quema de los libros, según una fantástica leyenda. La narra con lujo de detalles, Alí ibn al-Kiftí, 1172-1248, egipcio de origen árabe y autor de varios libros de erudición, entre ellos *Tarij al-Hukama*, donde cuenta que un jacobita llamado Yahya, obispo de Alejandría, pidió permiso a Amrú para utilizar los libros de la famosa Biblioteca, que estaban incautados y a nadie aprovechaban. El general no se atrevió a dar la autorización sin el previo conocimiento del califa Omar, al que le consultó el caso. La contestación fue que si el contenido estaba de acuerdo con la doctrina del *Corán*, eran inútiles, y si tenían algo en contra, debían destruirse. Así que Amrú los distribuyó entre las numerosas casas de baño y eran tantos que éstas tuvieron combustible para seis meses.

La leyenda muy bien pudo nacer, por un lado, de la gran impresión y desconfianza que en los analfabetos árabes, recién salidos del desierto,

debieron de causar los numerosos rollos de papiro y los códices que encontraron en abundancia con textos documentales, literarios, religiosos y científicos; por otro, de la necesidad de explicar la desaparición de la biblioteca, cuya existencia se conoció más tarde en el mundo musulmán cuando se tradujeron las obras de los grandes filósofos y científicos griegos al árabe.

7

LA COLECCIÓN BIBLIOGRÁFICA

Escasas son las noticias conservadas sobre las adquisiciones de libros para la Biblioteca. Ateneo, fuente de pequeños datos curiosos, aporta, como hemos visto, la noticia de la compra, por parte de Tolomeo II Filadelfo, de una gran colección de libros a Neleo, sobrino de Teofrasto.

Otra noticia se refiere a la copia oficial de las tragedias de Esquilo, Sófocles y Eurípides que existían en Atenas. Según cuenta Plutarco en su *Vida de diez oradores*, el político ateniense y célebre orador Licurgo, encargado del culto de Dioniso, para evitar la corrupción que en los textos de las obras dramáticas introducían los actores, ordenó hacer la mencionada copia. Tolomeo Evérgetes, probablemente Tolomeo III, solicitó en préstamo de los atenienses estos originales y, como garantía de la devolución, dejó quince talen-

tos. Sin embargo, prefirió perder la garantía y se quedó con los originales devolviendo unas hermosas copias. Un ejemplar valioso de Homero que perteneció a Alejandro y que había sido corregido por Aristóteles se guardaba en un precioso cofre conseguido en Persépolis.

Esto lo cuenta Galeno, famoso médico del siglo segundo d. C., que trabajó en la Biblioteca y examinó los fondos para sus comentarios a Hipócrates, y refiere también el embargo que se ejerció en Alejandría sobre los libros que se encontraban en los barcos surtos en el puerto. Eran llevados a la Biblioteca y allí copiados con rapidez. Los originales quedaban en la Biblioteca y las copias eran entregadas a los dueños. A estos manuscritos les llamaron los filólogos alejandrinos de los barcos para distinguirlos de los de las personas y de los de las ciudades.

Igualmente sabemos por Galeno que se ofertaron y compraron, como antiguos, rollos nuevos envejecidos, que se adquirieron obras con demasiada rapidez y poco cuidado y que se produjeron falsificaciones de obras difíciles de conseguir. Incluso se adquirieron algunas obras atribuidas falsamente a Aristóteles. Todo ello por el ansia de ganancia que desató en comerciantes poco escrupulosos la fuerte demanda de libros originada en Alejandría y los buenos precios que podían abo-

nar los Tolomeos. Otras plazas principales de compra fueron Atenas y Rodas.

Cuando entraba un libro en la Biblioteca, no se ponía directamente al servicio del público. Previamente se depositaba en unos almacenes receptores con una etiqueta en la que constaba la procedencia, el nombre del poseedor o vendedor, el del responsable del texto, *diortotes*, o el del lugar. De esta manera se podía saber, cuando había varios ejemplares de una obra, la mayor o menor autoridad que podía tener el texto de uno sobre los otros.

La Biblioteca contaba con un taller o escritorio para la copia de los libros. Lo natural es que en él se establecieran unas normas ideales para su formato: extensión del rollo, anchura de las columnas, número de líneas por columna, letras por línea, blancos marginales, etc., que se respetarían en los copiados en el escritorio y que pudieron influir incluso en toda la producción del libro en la Antigüedad, pues los talleres comerciales procurarían adaptarse a las normas establecidas por un buen comprador, como la Biblioteca. Es posible que las obras ingresadas en la Biblioteca se ordenaran por el nombre del autor y se colocaran juntos los ejemplares de una misma obra y que se impusiera la utilización de un solo rollo para cada libro.

Los rollos de la Biblioteca eran de papiro, planta abundante en Egipto, como lo habían sido los egipcios anteriores a los Tolomeos y lo eran los utilizados en el mundo griego, aunque no faltaron los que utilizaron tela y piel. Se escribían con tinta mediante el cálamo terminado en punta dura hendida por un corte en el centro. Las hojas con las que se formaban los rollos se llamaban *collémata* y sólo se utilizaba una de las caras, aquella en la que las fibras corrían horizontalmente, como los renglones. Para darles cierta rigidez, se les adherían unas varillas, *ómfalos,* y para identificar su contenido sin necesidad de desenrollarlos llevaban escrito el título en la parte de afuera o unas etiquetas, *síllybos,* colgando. Mirando a su conservación se les envolvía en fundas, de piel o de papiro o se les colocaba en una caja o cesta.

Fue una biblioteca totalmente griega y por ello es casi seguro que la práctica totalidad de los libros estaba escrita en griego y que en su mayoría eran también de autor griego. Las escasas traducciones incorporadas corresponderían principalmente a obras científicas, procedentes de tabletas cuneiformes y papiros egipcios, si bien cabe la posibilidad de que hubiera obras de carácter religioso, como la Biblia, que, aunque no se tradujera, como pretende el autor de la *Carta de Aristeas*, para la Biblioteca, pudo muy bien figurar en

ella. A su lado pudieron conservarse otras obras judías escritas en griego, como la *Vida de Moisés* de Artapano, un *Comentario al Libro de Moisés* dedicado a Filométor por su autor, Aristóbulo el Peripatético, y el *Oráculo de la Sibila*. Ninguna ha sobrevivido, aunque han llegado a nosotros fragmentos.

También obras de carácter histórico, como algunos libros de historiadores no griegos, en el caso de que no las hubieran escrito sus autores directamente en griego, como lo hicieron el egipcio Maneto y el babilonio Beroso. Igualmente hay indicios de traducciones de obras de Zoroastro. Es probable que, después de la incorporación de Egipto a Roma, ingresaran obras importantes de la literatura latina en versiones originales más que en traducciones porque los lectores de la Biblioteca dominaban las dos lenguas.

Las obras literarias en otras lenguas no atrajeron a los griegos, únicamente interesados en su literatura, tan enraizada en sus mitos y tradiciones, y no sólo porque en la traducción podía perderse su gracia. Así, ni han quedado ejemplos de traducciones, ni comentarios sobre ellas, ni, al parecer, influencia notable en la literatura griega.

Las obras científicas, procedentes especialmente del acadio y del copto, muy escasas y poco elaboradas, constituían más bien repertorios de datos, que serían saqueados parcial y libremente

cuando en ellas hubiera materias de interés. No existía el respeto de nuestros días por la autoría, cuando no se trataba de obras literarias, y cualquiera podía tomar lo que creyera oportuno de la documentación escrita extraña, como si de bienes mostrencos se tratara, sin citar su procedencia.

No cabe duda de que el número de libros guardados en la Biblioteca fue grande, superior con mucho al de cualquiera otra colección o biblioteca anterior o contemporánea. En este sentido impresionó a los antiguos, que dieron cifras de cientos de miles de libros, probablemente tan fantásticas como los cinco millones de combatientes de la expedición de Jerjes contra Grecia que menciona Heródoto.

El bizantino Tzetzes da un número de volúmenes próximo al medio millón en la biblioteca principal, que divide en *symmigeîs* y *amigeîs*. A ellos habría que sumar los más de cuarenta mil de la biblioteca del Serapeo, conocida como la pequeña biblioteca. El significado de los dos términos no es claro. *Symmigeîs* parece referirse a rollos conteniendo más de una obra, sea de un autor o de diferentes autores, y *amigeîs*, un veinte por ciento de los volúmenes, a rollos que contenían una sola obra o un solo libro de una obra. Otra opinión, que los términos se refieren respectivamente a las obras de las que había varias copias o

una sola, lo que parece razonable, no es sostenible desde el punto de vista lingüístico porque nunca pueden tener ese sentido las dos palabras.

P. M. Fraser alega la existencia de rollos enormes con las obras de un solo autor, según la autoridad de Diógenes Laercio, aunque se ve obligado a reconocer que generalmente los rollos encontrados en las excavaciones contienen una sola obra o un solo libro de una obra, es decir, se corresponden con los pretendidamente denominados *amigeîs*, y que los grandes rollos con varias obras no fueron usuales y no eran convenientes para las bibliotecas, en las que resultaba más útil el rollo de pequeño formato por ser más manejable, sufrir menos con el uso y porque se podía atender simultáneamente a varios lectores que solicitaran la misma obra. Por otro lado, es absurdo pensar que a mediados del siglo tercero a. C. podían haberse escrito en griego cerca de un millón de obras y, más aún, que fuera el de las recogidas en la Biblioteca, pues no todas las que se escribieron sobrepasaron los pequeños círculos amistosos y familiares y muchas, incluso importantes, habían desaparecido antes de la fundación de Alejandría.

A la cifra anterior se llega multiplicando por cuatro o cinco el número de rollos y detrayendo los posible ejemplares duplicados. El multiplicando parece prudente pues no todos los rollos

llegaron a contener tantas obras de un autor como los que cita Diógenes Laercio de Critón, Aristipo y Simón, con 17, 25 y 23, respectivamente.

Difícilmente podían reunirse 500.000 rollos de un formato poco usual por sus enormes dimensiones y no es imaginable que sólo una pequeña parte de las obras de la Biblioteca (un probable veinte por ciento) tuviera el formato usual y reducido que era el más útil.

Posibilidades de acercarse a la verdad tiene la interpretación apuntada, aunque no desarrollada, por Parsons y H. De Vleeschauwer de que los libros del primer grupo eran los no ordenados, los que permanecían en el estado en que fueron adquiridos por la Biblioteca, con sus formatos diferentes, sus grafías desiguales y su contenido sin normalizar. En cambio, los del segundo, con un número de volúmenes más reducido, serían los copiados en Alejandría para uso de la Biblioteca, y tendrían formatos, grafías y divisiones de contenido normalizados.

Esta teoría, a pesar de ser más verosímil, no es fácil de creer porque supondría que se había comprado para la Biblioteca un promedio de cuatro ejemplares de cada obra, lo que parece un dispendio inconcebible, aun teniendo en cuenta la prodigalidad de los Tolomeos.

Podría imaginarse que 90.000 fuera el número de obras y 400.000 el de volúmenes, pues las

obras eran naturalmente menos que los volúmenes, aunque parece muy elevado el promedio de más de cuatro volúmenes por obra. Mas desgraciadamente para sostener esta opinión sería preciso forzar demasiado el significado de las dos palabras.

Finalmente, Aulo Gelio en sus *Noches Áticas* da la cifra más elevada de volúmenes de la Biblioteca, 700.000, claro que no referida a su tiempo, siglo segundo d. C., pues expresamente dice que son los que fueron reunidos por los Tolomeos y ardieron durante la ocupación de Alejandría por César, en el año 47 a. C.

Los autores que no han adoptado una postura crítica ante las cifras, las han considerado lógicas y las han explicado como consecuencia del continuado crecimiento. Según ellos, la Biblioteca alcanzó al mediar la segunda década del siglo tercero, en los últimos tiempos de sus creadores Tolomeo I y Demetrio de Falero, 200.000 volúmenes, se acercó a los 500.000 a mediados de esta centuria y pudo haber reunido 200.000 más un siglo después. Estas cifras, como las anteriores, pecan, con toda seguridad, de exageradas.

De momento debemos tener en cuenta que en la Biblioteca había muchas obras repetidas y que es muy probable que todas las que se adquiriesen, o un buen número de ellas, se copiaran y, por consiguiente, se duplicaran, tanto para evitar su

pérdida por el uso como por las razones técnicas apuntadas. Nos consta que de las más importantes había distintas versiones o ediciones, y de los poemas homéricos, desde luego, numerosos ejemplares, correspondientes a las distintas ediciones adquiridas y a las que se prepararon en la Biblioteca. No nos separaremos mucho de la verdad si imaginamos que bastante más de la mitad de los volúmenes correspondían a duplicados.

La cifra primera parece elevadísima para el escaso desarrollo alcanzado entonces por el naciente comercio y producción del libro e incluso porque el número de los escritos por los autores griegos hasta los inicios del siglo tercero difícilmente llegaría al diez por ciento de esta cantidad. Por otra parte, resulta inimaginable para alguien que tenga experiencia bibliotecaria que en Alejandría dispusieran de medios para seleccionar, adquirir y colocar tantos cientos de miles de volúmenes. Los depósitos de libros eran habitaciones pequeñas, en las que sería imposible que cupieran, medianamente ordenados, un número tan elevado de volúmenes. La selección se iría haciendo cada año más complicada porque había que averiguar si las obras ofrecidas estaban ya en ella y, en el caso de estar, si los ejemplares ofrecidos eran mejores o con valor suficiente para justificar su compra.

Esta tarea es hoy lenta, pero sería lentísima entonces por la individualidad del manuscrito,

frente a la igualdad del texto en los ejemplares impresos de la misma edición, y por las dificultades que presenta el rollo para su lectura y para la localización de los pasajes concretos. También aumentarían las dificultades para su catalogación y colocación ordenada con el fin de que pudieran ser encontrados con cierta rapidez. Las cifras son tan inverosímiles que muy bien pudiera haber sido una equivocación de un cero, es decir, de doscientos por veinte, de quinientos por cincuenta y setecientos por setenta, error explicable por la grandiosidad de todo lo egipcio, desde las pirámides, los templos y los colosos, hasta el Faro, el Nilo y la propia Alejandría.

Suponiendo que la Biblioteca adquiriera lo importante y lo de mediana importancia que circuló en forma de libro, pensamos que no pudo llegar a poseer en tiempos de Calímaco, mediados del siglo tercero, más de diez mil obras o títulos distintos, cifra que teóricamente podría haberse más que duplicado al acabar el reino de los Tolomeos, a mediados del siglo primero. Si añadimos los abundantes duplicados y tenemos en cuenta que algunas obras ocuparían varios rollos, podemos admitir que fueran 50.000 los volúmenes reales.

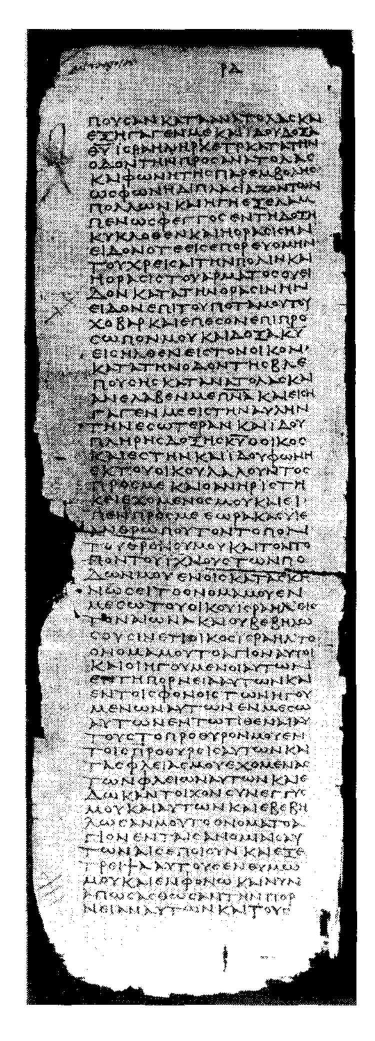
No hay que imaginar que el contenido de la Biblioteca sería equivalente al de una biblioteca actual del mismo número de volúmenes. La pala-

bra volumen no se debe entender en el sentido de título u obra, sino simplemente como rollo, referido a la forma física, y el contenido de un rollo es más reducido que el de un volumen normal de nuestros días. Prácticamente equivalía a lo que ahora llamamos folleto, una publicación con menos de 64 páginas.

Aunque los volúmenes antiguos o rollos no tenían una extensión uniforme, como tampoco la tienen los actuales, podía andar, como promedio, entre los ocho y los diez metros de longitud, y unos veinte centímetros de altura media, con oscilaciones de un cuarenta por ciento en más o en menos, según Frederic G. Kenyon.

La anchura media de la columna era aproximadamente de unos ocho cm. y entraban alrededor del centenar en un rollo. La altura permitía columnas de treinta líneas, y aunque su número variaba incluso dentro de un mismo rollo, uno normal tenía unas tres mil. Los cálculos están conformes con la declaración de Josefo, *Antigüedades judías*, de que su obra consistía en veinte libros y sesenta mil líneas o *stícoi,* lo que arroja una media de tres mil líneas por libro.

De acuerdo con estos cálculos, un rollo antiguo equivalía a tres o cuatro pliegos actuales (cuadernillos de dieciséis páginas) y como un libro actual puede tener un promedio de veinte pliegos, 320 páginas, resulta que el contenido



Papiro aparecido en unas excavaciones egipcias y conservado en la Biblioteca Nacional de Madrid.

de la Biblioteca equivaldría a 12.500 libros actuales al finalizar el reino tolemaico, que es una cantidad muy elevada. Posteriormente su número tendería a disminuir porque ingresarían menos ejemplares y se darían de baja muchos inutilizados por el uso y el simple paso del tiempo, que no se volverían a copiar porque su contenido había dejado de tener interés.

8

EL TRABAJO EN LA BIBLIOTECA

LOS GRANDES BIBLIOTECARIOS

No sabemos la intervención exacta que tuvieron en la formación del Museo y de la Biblioteca Demetrio de Falero, amigo y consejero de Tolomeo Sóter, Estratón de Lámpsaco y Filitas de Cos, profesores de Filadelfo y de su hermana y más tarde esposa, Arsínoe. Parece que no se había creado el cargo de director de la Biblioteca en vida del primero o mientras ejercieron sus importantes cargos los segundos, pues posteriormente ambos puestos recayeron en la misma persona, Zenódoto, Apolonio y Aristarco.

Por cierto que no sabemos con exactitud la denominación que recibía el director de la Biblioteca. La *Suda* le denomina *próstates*; Tzetzes, *bibliofýlax*. No tendría nada de particular que también se

hubiera llamado *epistátes*, como el encargado de la administración del Museo, o *tetagménos*, que es el título que, según hemos visto, recibió el desconocido Onesandro. Quizá no tuvo una denominación específica, siendo suficiente una genérica, como encargado o inspector de la Biblioteca o de los escritos, que también se aplicaba a los encargados de los archivos administrativos o archiveros.

Damos, en cambio, por buena la noticia que proporciona la *Suda* de que **Zenódoto de Éfeso** fue el primer director de la Biblioteca. No se conocen con certeza las fechas de su nacimiento y muerte, aunque se sospecha que su vida hubo de transcurrir entre los años 320 y 240 a. C. Fue discípulo de Filitas, al que probablemente sucedió como profesor del príncipe, que le nombró director de la Biblioteca al poco tiempo de ascender al trono, al finalizar la segunda década del siglo tercero. Aunque no hay ninguna certeza en la cronología de ninguno de los directores de la Biblioteca, se piensa que Zenódoto ocupó el cargo entre 285 y 270.

Con él se inicia la fecunda serie de filólogos que iban a dar brillo a la Biblioteca. Fue el primero en completar una edición crítica de la *Ilíada* y la *Odisea*, que reconoce como las únicas obras de Homero. Es decir, no consideró, siguiendo a Aristóteles, homéricos los otros poemas narrativos del ciclo épico.



Restos de un papiro del siglo segundo d. C. encontrado en excavaciones egipcias con clara y hermosa letra de un texto de la *Ilíada*, la obra más leída, estudiada y comentada en Alejandría.

Para realizar su edición tuvo a la vista un buen número de ejemplares, y el suyo fue el primer intento científico de restituir a su pureza original el texto homérico. Es probable que a él se deba la división de cada uno de los poemas en veinticuatro libros, a los que se dio el nombre de cada una de las letras del alfabeto jónico. Introdujo el primer signo crítico, el *obelós,* raya corta colocada al margen para atetizar, para indicar que los versos señalados, a su juicio, eran espúreos, lo cual suponía un gran respeto para el lector, al que po-

dían, o no, convencer las opiniones de Zenódoto. No todos acogieron bien la edición zenodotea, según el comentario sarcástico de Timón de Fliunte, que ya dimos a conocer cuando le preguntó el poeta Arato por un buen texto de Homero. Claro está, las generaciones siguientes de filólogos le achacaron, no siempre con razón, errores.

Fue también el primer editor de Hesíodo, al menos de la *Teogonía* (no hay seguridad de que editara otras obras suyas) y probablemente su edición coincidió, o la ayudó, con la admiración que despertó Hesíodo en la mayoría de los poetas del siglo tercero, como Arato y Calímaco, que tuvieron elogios para él. También editó a Píndaro y a Anacreonte. Escribió un glosario con las palabras en orden alfabético, quizá un ensayo, sobre los días de la *Ilíada* y una vida de Homero, que con seguridad precedía al texto de la edición. No debió de escribir comentarios justificando los cambios en el texto, pero sus opiniones se transmitieron de viva voz en el Museo y entre sus discípulos.

Con Zenódoto colaboraron Alejandro de Etolia y Licofrón de Calcis preparando ediciones de obras dramáticas: comedias, Licofrón, y tragedias y dramas satíricos, Alejandro. Ambos formaron parte de la Pléyade, famoso grupo de siete autores trágicos que brilló en la corte de Filadelfo.

Alejandro, que estuvo con Arato en Pella invitado por Antígono, escribió, además de trage-

dias, poesías de diversas clases. De Licofrón de Calcis la *Suda* dice que escribió en Eubea bastantes obras dramáticas, entre ellas un drama satírico, *Menedemo*, sobre su paisano el filósofo del mismo nombre y del que fue discípulo, y un largo poema oscuro, *Alexandra,* con cerca de mil quinientos versos plagados de palabras raras y alusiones difíciles. También se le atribuye una extensa obra, *Sobre la comedia*, de unos diez libros.

La importancia para nosotros de estos dos personajes radica en que algunos autores interpretan el párrafo de Juan Tzetzes sobre su labor editora en el sentido de que simplemente se limitaron a ordenar dentro de la Biblioteca las obras dramáticas, llevando a cabo una tarea más propia de bibliotecarios que de autores de ediciones críticas. La verdad puede estar a medio camino: trabajaron en la ordenación de los rollos de textos dramáticos que poseía y entraban en la Biblioteca y resolvieron las dudas textuales que presentaban a los copistas del escritorio. De todas formas su trabajo debió de servir para poner en orden una buena parte de los volúmenes de la Biblioteca, los que contenían las obras dramáticas.

De **Apolonio de Rodas**, c. 295-c.215, sabemos poco porque las noticias que nos han llegado son breves y contradictorias. Nació en Alejandría y sucedió en la dirección de la Biblioteca a Zenó-

doto. Fue al mismo tiempo, y siguiendo al parecer una costumbre, el profesor del príncipe heredero, en este caso el futuro Tolomeo III Evérgetes. Es muy probable que al cesar como director, cuando fue nombrado Eratóstenes por el nuevo rey, el mencionado Evérgetes, emigrara a Rodas, donde, ejerciendo la enseñanza, vivió respetado los últimos años de su vida. En la secuencia cronológica de los directores de la Biblioteca se le asignan 25 años, los que median entre 270 y 245.

Parecen falsas las noticias de que tuvo que salir de Alejandría a causa del fracaso de la lectura de su poema *Las Argonáuticas*, de que volvió a esta ciudad y, a la dirección de la Biblioteca, de que sus querellas con Calímaco, causa de todos sus males, desaparecieron, de que renació la amistad entre ellos y de que, al final, incluso fueron enterrados en la misma tumba.

Es muy posible que el haber escrito un largo poema, cuando Calímaco, el más celebrado poeta alejandrino, había mostrado su preferencia por las obras breves, haya dado lugar a la leyenda exagerando su antagonismo y llevándolo al extremo de justificar en él el cese en la dirección de la Biblioteca y la emigración a Rodas. Como igualmente es posible que otra versión tratara de arreglar esta enemistad injustificada con una historia de final feliz. También la existencia de otro director, que no llegó a ser famoso, posterior a Era-

tóstenes, llamado como él Apolonio, puede haber conducido a la creencia en la vuelta a la dirección y por consiguiente a la ciudad.

Por otro lado hay que reconocer que los escoliastas no citan el nombre de Apolonio como uno de los telquines, los enemigos literarios de Calímaco, y que la gran tarea de confeccionar los *Pínakes* hubiera sido imposible en abierta enemistad y oposición con el director de la Biblioteca.

Apolonio fue el único poeta helenístico de primera categoría nacido en Egipto. De él han llegado a nosotros algunos dispersos fragmentos poéticos y una obra completa, *Las Argonáuticas,* largo (5.835 versos) poema épico, dividido en cuatro libros, donde se narra la expedición de Jasón a la Cólquide en busca del vellocino de oro y su regreso después de robarlo con la ayuda de Medea, enamorada del joven héroe y cuyo drama interior entre la pasión amorosa y el cariño a su casa y a su familia es de lo mejor conseguido del poema. Se tiene noticia de que escribió sobre Homero, Hesíodo, Arquíloco y Antímaco, pero no se conserva ninguna de sus obras filológicas.

Eratóstenes nació en Cirene hacia el año 276 y murió a los ochenta años, según una tradición. Probablemente estudió en Atenas en la Academia y en la *Stoa* hasta que fue llamado a Alejandría por Tolomeo III para hacerse cargo

de la dirección de la Biblioteca y quizá de la educación del príncipe, el futuro Tolomeo IV Filopátor, 221-204. Vivió muchos años y las fechas probables de nacimiento y muerte son los años 275 y 195 respectivamente. Ocupó la dirección de la Biblioteca durante la segunda mitad del siglo tercero, probablemente entre los años 245 y 201. Una tradición quiere hacerle discípulo de Calímaco en la tierra natal de ambos, lo que resulta imposible cronológicamente. Como los dos fueron naturales de Cirene, igual que Berenice, la esposa de Tolomeo III, que le puso al frente de la Biblioteca, es fácil caer en la tentación de imaginar un grupo cirenaico dirigido por Calímaco y apoyado por la reina.

Fue hombre de actividades intelectuales muy variadas (poesía, filología, filosofía, matemáticas, astronomía, cronología y geografía) y se definió a sí mismo con el término de *filólogos,* frente a los que se daban a sus antecesores y compañeros: *criticós* y *grammaticós*. La palabra tenía un sentido distinto del actual y con ella se quería indicar que estaba interesado en otros conocimientos, además de los literarios.

Escribió algunos poemas, como *Hermes y Erígone* siguiendo las directrices de Calímaco y cultivó los estudios literarios. En este campo su obra más destacada fue *Sobre la comedia antigua*, que contenía al menos quince libros. Menos fama le

depararon una *Grammaticá* en dos volúmenes y varios estudios sobre vocabulario.

Su fama principal le viene, más que por su labor poética, por sus estudios científicos en el campo de la cronología y en el de la geografía, palabra esta última que quizá él acuñó. Una obra astronómica, *Catasterismos*, conservada parcialmente, contenía anécdotas populares sobre el origen de las constelaciones. Las *Olimpiónicas*, lista de los vencedores en las olimpiadas, le sirvieron de base para la elaboración de su célebre *Cronografía*, al menos en nueve libros, donde estableció por primera vez los principios de esta ciencia y un cuadro cronológico completo, dividido en diez épocas, desde la toma de Troya, 1184-3, que calculó, hasta la muerte de Alejandro, 324-3.

Para su *Geografía* en tres volúmenes hizo también un estudio previo. Fijó con bastante acierto la distancia entre distintas ciudades, su longitud y latitud y el perímetro y extensión de la Tierra. En el libro primero de la *Geografía*, al estudiar los relatos geográficos, naturalmente tuvo que referirse a los poemas homéricos, cuyas descripciones geográficas dijo que no respondían, en contra de las creencias generales, a la realidad, sino que eran pura fantasía. Esto, sin embargo, no rebajaba el mérito del poeta, que debía deleitar con su obra, no enseñar. En el segundo, trataba de la forma y tamaño de la Tierra y de la naturaleza y

extensión de los océanos. En el tercero y último hacía una división de las tierras y las iba describiendo sucesivamente.

Calculó la circunferencia de la Tierra en 250.000 estadios, observando la proyección de la sombra a la misma hora en el solsticio de verano en Siene y Alejandría en el mismo meridiano a 5.000 estadios de distancia. Estudió la posición de las estrellas y escribió una obra sobre filosofía matemática, *Platónico.*

Gozó en su tiempo de justa fama como científico. El gran matemático de la Antigüedad, Arquímedes, que debía de ser ligeramente mayor que él, le dedicó uno de sus libros, *Método*. Por otro lado, sus compañeros reconocieron su valía en varios campos y le denominaron *péntalos*, el atleta capaz de tomar parte en cinco pruebas con ejercicios distintos, pero también le apodaron *Beta*, el segundo, porque aunque en muchas ciencias destacó, en ninguna fue primero.

La decadencia política, económica y social que se había iniciado al finalizar el siglo tercero continuó en el segundo, pero el declive no se dejó sentir en el campo de la filología. Al contrario, la primera mitad del siglo segundo conoció dos grandes directores de la Biblioteca, **Aristófanes de Bizancio**, 257-180, y su discípulo Aristarco, en los que la labor filológica alejandrina alcanzó

su mayor altura. Los dos fueron fundamentalmente filólogos y no se dejaron arrastrar por el cultivo de la poesía, que en Alejandría había sido hasta entonces compañera de la erudición.

El padre de Aristófanes, llamado Apeles, fue comandante de mercenarios y vino a Alejandría desde Bizancio cuando Aristófanes, c. 257-c.180, era un niño. La tradición dice que de niño escuchó a Zenódoto y de joven a Calímaco, y que a los sesenta y dos años sucedió a Eratóstenes como director de la Biblioteca, puesto en el que permaneció quince años. Probablemente fue profesor, *didáscaloi*, de los príncipes, como los otros directores, pero no hay ninguna referencia a este hecho, ni es posible calcular cuáles pudieron ser sus discípulos ya que no es fácil establecer una cronología segura dentro de la vaga tradición.

Se conservan varias anécdotas, probablemente inventadas, pero que quizá responden a algún hecho histórico o, al menos, son representativas del carácter de Aristófanes o de la imagen que de él se formaron en la Antigüedad.

Como las cosas iban mal en Alejandría, intranquila por continuas revueltas, dice la *Suda* que estuvo dispuesto a desplazarse a Pérgamo, a donde había sido invitado por Eumenes II para trabajar en la gran biblioteca que acababa de edificar. Pero Tolomeo V Epífanes no sólo no le

autorizó a marcharse, sino que, para evitarle la tentación de emigrar, le metió en la cárcel.

Vitruvio en el prefacio al libro VII cuenta, hablando de plagios, que Aristófanes formó parte del jurado en un concurso literario. Los otros seis miembros y el propio rey se decidieron por uno de los participantes, cuyas recitaciones habían sido muy aplaudidas por el público; pero Aristófanes se opuso y pidió a los jurados y al propio rey que le acompañaran a la Biblioteca, donde les mostró unos rollos que contenían las obras originales, que el aspirante y algún concursante más habían plagiado. Por esto, que debió de ocurrir cuando era joven y sólo conocido en los círculos eruditos, fue nombrado bibliotecario. La última anécdota, que debió de gozar de gran popularidad, pues la han recogido Plinio, Plutarco y Aeliano, es verdaderamente fantástica. Le representa enamorado de una florista y disputando su amor a un extraño rival, a un elefante.

Preparó una célebre edición de la *Ilíada* y de la *Odisea*, en la que se mostró más conservador y respetuoso que Zenódoto y tuvo una idea brillante, que desde entonces ha encontrado defensores y enemigos y ha dado lugar a renovadas polémicas entre los eruditos: sostuvo que Homero había terminado la *Odisea* en el verso 296 del libro XXIII. Editó también la *Teogonía* de Hesíodo y a varios poetas líricos, entre ellos a Al-

ceo, Alcmán, Anacreonte y Píndaro, cuya obra total dividió en 17 libros.

Utilizó con más frecuencia que Zenódoto los signos, *semeia*, para señalar las líneas espúreas, las dudosas o las que planteaban problemas. Además del *obelós*, empleó el asterisco para indicar un pasaje donde el sentido estaba incompleto y una sigma y una antisigma (sigma vuelta) para dos líneas seguidas con el mismo contenido.

Se le ha atribuido también la introducción de los signos de puntuación, pero los textos griegos, desde un principio, debieron de llevar algunas señales para facilitar su ya difícil lectura. Antes de él, por ejemplo, Isócrates y Aristóteles usaron el parágrafo, rayita colocada debajo de las primeras letras de la línea en la que acababa el párrafo, y en el papiro de Timoteo conteniendo *Los Persas* hay un signo en forma de pájaro, probablemente el *coronís*, utilizado como parágrafo cuando se quería marcar una mayor separación entre dos párrafos. Sin embargo, es probable, como la tradición señala y como en el caso de los signos críticos, que añadiera alguno más, y así podría ser idea suya la utilización de un punto elevado como punto final, uno en el centro con el valor de nuestra coma y otro en la posición actual donde pondríamos ahora el punto y coma.

Hay mayor acuerdo en considerarlo como el primero en usar la acentuación y es muy probable

que fuera el diseñador de los tres tipos de acento, el agudo ´, el grave ` y el circunflejo ^, e incluso los signos para designar la cantidad de las vocales, ˘ breve y larga ¯.

También a él se debe el que la poesía dejara de escribirse seguida, como la prosa, pues hizo un descubrimiento importante que ayudó, además, a detectar interpolaciones en los textos poéticos: la existencia de unidades métricas menores, a las que llamó *côla*, varias de las cuales constituían una estrofa. Los poemas podían constar de varias estrofas iguales, como los que compusieron Safo y Anacreonte, o de una serie de tres diferentes, estrofa, antistrofa y épodo, como en Píndaro. En el primer caso, un *coronís* marcaba el final de cada estrofa. En las series triádicas, detrás de cada estrofa y antistrofa, había un parágrafo y detrás del épodo, un *coronís*. El asterisco sustituía al *coronís* del último épodo.

Estaba muy interesado en la poesía dramática y fruto de este interés fueron sus ediciones de Aristófanes y Eurípides. Es probable que editara a Sófocles y, aunque no hay pruebas, cabe sospechar que también a Esquilo. Puso a las obras dramáticas unas breves introducciones, llamadas hipótesis, en las que facilitaba, de forma concisa, información sobre autores que hubieran tratado el mismo tema, la escena de la acción, la identidad del coro y del primer personaje, el número que le correspondía a la obra dentro de las del autor, or-

denadas alfabéticamente, fecha del estreno y nombre de los competidores, resultado del concurso y un juicio crítico. Los datos estaban sacados principalmente de las *Didascaliaí* de Aristóteles y de los *Pínakes* de Calímaco.

Muy famosa fue su gran obra *Léxeis,* sobre lexicografía, en la que se ocupó, además de las palabras antiguas y oscuras, como se había venido haciendo hasta entonces en los *Glôssai*, de las que tenían alguna peculiaridad especial por su forma o por su significación. La primera parte la dedicó a las palabras que no habían conocido los antiguos; las siguientes, a grupos de palabras ordenadas por temas: las diferentes épocas de la vida de los hombres y animales, las formas de los saludos, la vida ciudadana o política, la lengua del Ática y la del Peloponeso, etc.

Es probable que completara los *Pínakes* de Calímaco y que escribiera algún tratado sobre cuestiones gramaticales, especialmente sobre la declinación, e incluso otro sobre proverbios. Más seguras son las atribuciones de dos tratados *Sobre las máscaras, Sobre las cortesanas atenienses*, que trataban cuestiones teatrales, y *Sobre animales,* único ejemplo que muestra su afición a las ciencias naturales en la línea peripatética.

A principios del siglo veinte apareció en las excavaciones egipcias un pedazo de papiro co-

rrespondiente a los primeros años del siglo segundo d. C., que contenía una serie de listas, y entre ellas, una que se refiere, al parecer, a los directores de la Biblioteca de Alejandría, pues en ella no se habla realmente ni del cargo ni de la Biblioteca. Es el papiro 1421 publicado por Bernard P. Granfell y Arthur S. Hunt, sus descubridores, en *The Oxyrhynchus Papyri,* 1914.

El comienzo de lo que se supone la lista de los bibliotecarios, final de la primera columna, no se puede leer; pero en la siguiente habla del hijo de Silio (¿Apolonio?), llamado Rodio, discípulo de Calímaco y maestro del primer rey. Le sucedió Eratóstenes, detrás del cual vinieron Aristófanes de Bizancio, **Apolonio de Alejandría,** llamado el Eidógrafo, Aristarco hijo de Aristarco de Alejandría, originario de Samotracia, que fue profesor de los hijos de Filopátor, y finalmente un militar, Cydas.

El papiro parece haber puesto un poco de orden, a pesar de su texto confuso, en las tradicionales y no muy seguras noticias sobre la dirección de la Biblioteca, descartando el nombre de Calímaco y aclarando el porqué de la leyenda de una segunda época de Apolonio en la dirección, confundido quizá con el Eidógrafo, que ocupó el cargo entre Erastótenes y Aristófanes, y del que no se tenían noticias, quizá porque no escribió ningún libro ni hizo ninguna edición. Al menos, si

hizo una y otra cosa, no debieron ser consideradas importantes pues se han perdido los libros y las posibles referencias a ellos. Pero algo debió de hacer en la Biblioteca cuando ha recibido el sobrenombre del Clasificador, que indica una actividad muy característica de quien trabaja en una biblioteca.

Aristarco, c. 217-145, nació en la isla de Samotracia y vivió en Alejandría, donde sucedió a Apolonio el Eidógrafo en la dirección de la Biblioteca durante el reinado de Tolomeo VI Filométor, 181-145. Fue profesor de los hijos y sucesores de éste rey, Tolomeo VIII Eupátor y Tolomeo IX Neos Filométor, así como del hermano pequeño, que también fue rey, Tolomeo VII, y recibió el título de Evérgetes II. Es probable que al ascender al trono este último, cuyo carácter sanguinario contrasta con el apacible de su hermano, Aristarco emigrara a Chipre, donde murió al poco tiempo.

La evolución de la filología alejandrina alcanzó con él su culminación. Su obra, consagrada por entero a la filología, abarca un amplio campo: crítica gramatical, etimológica, ortográfica, literaria y textual. Fue tan grande la admiración que despertaron sus estudios gramaticales, que recibió, según Ateneo, el nombre de *grammaticótatos*, así como su profundo conocimiento de Homero le valió el de *homericós*. También Panecio

le llamó *mantis*, adivino, por la agudeza de que hizo gala en la interpretación crítica.

Sus obras suelen agruparse en tres apartados. En primer lugar, las recensiones críticas, *diorthóseis* de Homero, Hesíodo, Arquíloco, Alceo, Anacreonte, Píndaro y probablemente de otros poetas más, aunque no haya quedado constancia. Para ellas, y especialmente para las de la *Ilíada* y la *Odisea*, amplió los signos críticos utilizados por Aristófanes, y otros los usó para cuestiones distintas. El *diplé* y el punteado empleados para marcar sus propias observaciones y para indicar sus desacuerdos con Zenódoto. También el *stigmê*, punto, para señalar la sospecha de unas líneas espúreas y la antisigma para indicar las líneas que estaban desordenadas.

Su trabajo se basaba en el examen cuidadoso de los mejores manuscritos a su alcance, y disponía, en la Biblioteca, de muchos de Homero. Aparte de los populares con el texto poco cuidado, estaban los famosos clasificados por su procedencia. Unos llevaban el nombre de personas, de los que habían corregido o hecho una edición del texto (Antímaco, Zenódoto, Riano, Sosígenes, Filemón, Aristófanes), y otros, los de los lugares de donde habían llegado: Marsella, Quíos, Argos, Sinope, Chipre, Creta y Eolia. Venía después el estudio cuidadoso de la lengua, el análisis del metro y, en fin, su instinto literario.

Evitó la interpretación alegórica, a que tan aficionados fueron algunos en otros tiempos y en el suyo los estoicos. Fue más cauto como editor que sus predecesores y restos de sus juicios sobrevivieron en los escolios bizantinos. Pero a pesar del respeto que merecieron sus opiniones en la Antigüedad y de los muchos siglos en los que los eruditos estudiaron sus ideas, su obra parece haber tenido poca influencia en el texto tradicional de Homero.

Escribió más de 800 volúmenes de comentarios críticos, a los que se denomina *Hypomnémata*, entre los cuales había 48 dedicados a Homero. Otros los consagró a los poetas citados, otros a Esquilo, Sófocles y Aristófanes, y, por primera vez en la historia de la filología, otro u otros a Heródoto, un prosista, y quizá a Tucídides.

Por último, estaban sus monografías o tratados críticos, totalmente perdidos, de mayor valor que los *Hypomnémata* y, en general, con un carácter polémico, combatiendo ideas de otros filólogos, como *Contra Filetas* y *Contra Xenón,* este último uno de los llamados corizontes, defensores de la idea de que fueron dos personas distintas los autores de la *Ilíada* y de la *Odisea;* o trataban de algunos temas de manera similar a los *Hypomnémata,* principalmente sobre cuestiones generales referentes a los poemas citados o sobre algún aspecto especial.

Cerramos las líneas sobre Aristarco con una consideración acerca del llamado **canon alejandrino**, lista de los principales cultivadores de cada género, cuya idea y confección fueron atribuidas conjuntamente a Aristófanes de Bizancio y a su sucesor Aristarco; por ello Quintiliano los llamó *iudices poetarum.*

A estas listas se las ha concedido el mérito de la salvación de una serie de obras, copiadas en la Antigüedad y en la Edad Media e impresas en los tiempos modernos, precisamente porque, al figurar sus autores en ellas, se las consideró importantes y fueron objeto permanente de referencia y estudio. Pero también han sido la causa de que se perdieran las obras de los autores que no figuraban en ellas porque dejaron de estudiarse, de leerse y de copiarse.

No es difícil imaginar por qué surgió esta idea selectiva. La causa parece estar en la gran producción de libros, en continuo crecimiento a partir del siglo cuarto. Las novedades, junto con copias de las obras antiguas, no dejaban de llegar a la Biblioteca y cada vez les resultaba más difícil a los miembros del Museo y a los usuarios de la Biblioteca conocer el fondo bibliográfico anterior y reciente. El problema, que se presentaba por primera vez en la historia, era similar al que nos apesadumbra en nuestros días, cuando no es posible a ningún español o inglés, por ejemplo, leer a

lo largo de su vida la producción de libros en su lengua de un solo año.

Un primer intento de ordenación fue llevado a cabo por Calímaco con su *Pínakes*. Pero no bastó porque los nuevos libros, con su creciente número, eran un elemento perturbador y, para no perderse en la selva cada vez más inextricable del acervo bibliográfico, parecía lo más conveniente recurrir sólo a caminos conocidos y frecuentados, a la lectura de unos pocos y seguros libros.

Por otro lado, el conocimiento en profundidad, característica del conocimiento filológico, lleva a la valoración, al establecimiento de jerarquías y, una vez fijadas éstas, los análisis y estudios parecen tanto más dignos cuanto más elevado sea el objeto. Las obras selectas adquieren categoría de elementos superiores de la cultura, son comentadas preferentemente y su lectura, como consecuencia, es recomendada por las autoridades intelectuales y apetecida por los que aspiran a elevarse culturalmente. Sin embargo, se han perdido total o parcialmente las obras de casi todos los seleccionados.

En griego, los autores que figuraban en estas listas fueron llamados elegidos. En latín recibieron el nombre de *classici*, en el sentido de que eran los escritores que pertenecían a la primera clase, y esta categoría se llamó *ordo*. La expresión actual, *canon,* es una palabra griega que

significa norma y fue aplicada para estas listas por primera vez en el siglo dieciocho por David Ruhnken, quien la tomó del canon bíblico, conjunto de obras aceptadas por los cristianos como inspiradas por Dios.

Según el testimonio de Quintiliano, Aristófanes y Aristarco no incluyeron en sus listas a Apolonio de Rodas porque no pusieron a ninguno de sus contemporáneos, *sui temporis*. No conocemos cuántas y cuáles fueron las listas originales ni quiénes figuraban en ellas porque a lo largo de la Antigüedad fue aumentando su número y se fueron añadiendo nombres. El último de los ingresados fue Polibio, que murió medio siglo después de Aristófanes. Como es natural, han llegado a nosotros diversas listas, en las que varían algunos nombres. Copiamos la dada por Sandy por la autoridad del gran filólogo inglés:

Poetas líricos (9): Alcmán, Alceo, Safo, Estesícoro, Píndaro, Baquílides, Íbico, Anacreonte y Simónides.

Poetas cómicos (Comedia Antigua, 7): Epicarmo, Cratino, Éupolis, Aristófanes, Ferécrates, Crates y Platón. *(Comedia Media,* 2): Antífanex y Alexis. *(Comedia Nueva,* 5): Menandro, Filípides, Dífilo, Filemón y Apolodoro.

Poetas elegíacos (4): Calimo, Mimnermo, Filitas y Calímaco.

Poetas épicos (5): Homero, Hesíodo, Pisandro, Paniasis y Antímaco.
Poetas trágicos (5): Esquilo, Sófocles, Eurípides, Ion y Aqueo.
Poetas yámbicos (3): Semónides, Arquíloco e Hiponacte.
Oradores (10): Demóstenes, Lisias, Hipérides, Isócrates, Esquines, Licurgo, Iseo, Antifonte, Andócides y Dinarco.
Historiadores (10): Tucídides, Heródoto, Jenofonte, Filisto, Teopompo, Éforo, Anaxímenes, Calístenes, Helánico y Polibio.

No fue el mismo, como puede verse, el número de seleccionados en cada género. Ni incluso todos recibieron la misma estima. Homero, Arquíloco y Píndaro, entre los poetas, y Demóstenes, entre los oradores, fueron considerados superiores a sus compañeros de grupo.

Rematamos el capítulo recordando a algunos de los discípulos de Aristarco, aunque no fueron bibliotecarios. **Apolodoro de Atenas** nació a principios de la segunda centuria en Atenas, donde se formó. Pasó luego a Alejandría y trabajó con Aristarco hasta la diáspora provocada por Tolomeo VIII, que le llevó a Pérgamo, donde fue bien recibido. Murió en Atenas en las últimas décadas del siglo segundo. Dedicó a Atalo sus *Crónicas*,

escritas en trímetros yámbicos para facilitar la memoria siguiendo la *Cronografía* de Eratóstenes, al que superó en popularidad y difusión. Otras obras suyas fueron los comentarios al catálogo homérico de las naves, abundante en erudición y utilizado por Estrabón en su *Geografía, Sobre las cortesanas atenienses,* basada en la comedia ática, y *Sobre los dioses*, en 24 libros, muy utilizado por escritores posteriores. Se preocupó también de las etimologías. En cambio no parece suya una famosa *Biblioteca,* que contiene leyendas y mitos religiosos.

También fue discípulo de Aristarco en Alejandría Dionisio el Tracio, autor de una breve gramática, la más antigua de las conocidas, que suscitó gran interés durante algún tiempo. Para él la gramática era el conocimiento de lo dicho, especialmente por los poetas, y también por los prosistas. Cuando abandonó Alejandría, se refugió en Rodas, donde llegaron a alcanzar importancia los estudios filosóficos y retóricos. Discípulos suyos que enseñaron ya en Roma fueron los dos Tiranión, el Joven y el Viejo, y Asclepiades de Mirlea.

En la escuela fundada en Alejandría por Aristarco se formó **Dídimo**, c.80-10 a. C., y en ella enseñó él mismo. Hombre de gran cultura y muy trabajador se dice que escribió cerca de cua-

tro mil obras en las que recogió cuidadosamente los trabajos críticos y exegéticos de sus antecesores. Recibió el apodo de *bibliólata* porque era incapaz de leer lo mucho que había escrito. Destacó principalmente por su reconstrucción de los trabajos de Aristarco sobre Homero, por sus abundantes comentarios de carácter mitológico, geográfico e histórico sobre los grandes hombres de letras griegos, por sus estudios lexicográficos y por sus obras gramaticales. Contemporáneo suyo fue Trifón de Alejandría, autor de obras lexicográficas.

En esta misma escuela enseñaron Teón de Alejandría y Apión, que siguieron los pasos de Dídimo. Teón fue autor de léxicos de la tragedia y de la comedia, de un tratado sobre sintaxis y principalmente de amplios comentarios sobre los poetas alejandrinos. Apión de Alejandría, sucesor de Teón al frente de la escuela alejandrina, vivió más tarde en Roma en tiempos de Tiberio y Claudio, escribió sobre Egipto y publicó un glosario alfabético de Homero. A partir del siglo primero la atracción de Roma sobre los estudiosos alejandrinos fue tan grande que muchos terminaron enseñando en la ciudad.

9

EL TRABAJO EN LA BIBLIOTECA

OTROS NOTABLES USUARIOS

Un lugar destacado en la vida de Alejandría les corresponde a dos grandes poetas, Calímaco y Teócrito. Muy importante en la vida cultural de Alejandría, muy bien considerado en la corte de los Tolomeos y relacionado con la Biblioteca, aunque no llegó a ser su director como se ha creído, estuvo el poeta, bibliógrafo y erudito, **Calímaco**, c. 310-c. 240, nacido en Cirene. En efecto, un papiro encontrado en las excavaciones cita a Calímaco como maestro de Apolonio, pero no lo incluye en la relación de bibliotecarios.

En fecha imprecisa, pero con cierta seguridad en vida de Tolomeo I, se trasladó a Alejandría, donde se ganó la vida como maestros de escuela en un barrio, Eleusis, hasta que consiguió llamar

la atención de la corte por su obra poética, iniciada en época temprana cuando aún vivía en su patria.

Tenía ideas muy claras sobre lo que debía de ser la buena poesía en su tiempo y arremetió violentamente contra los que no las compartían, a los que llamó telquines o espíritus malignos en el prólogo de su libro *Aitía,* «Orígenes», reconstruido parcialmente por Pfeiffer gracias a fragmentos de papiro encontrados. Gustaba de los pequeños poemas trabajados con mimo y le molestaban las narraciones largas. Según Ateneo, consideraba un libro grande un gran mal y llegó a contraponer la pequeña fuente clara y murmuradora al caudaloso Éufrates, lleno de fango e inmundicias.

En su poesía adula a los reyes, sus señores. Por ejemplo, en el *Himno IV*, dedicado a Delos como cuna de Apolo, cuando Leto, buscando un lugar donde dar a luz se acerca a la isla de Cos, Apolo desde el vientre pide a su madre que no le eche al mundo en un lugar donde habrá de nacer un dios, Tolomeo, que dominará la tierra. Cantó la boda de los dioses hermanos, Tolomeo y Arsínoe, y la divinización de ésta a su muerte. Célebre fue en griego y después en latín, por la versión de Catulo, su poema *La Cabellera de Berenice*, sobre la cabellera ofrendada por la esposa de Tolomeo III Evérgetes durante la campaña militar de Siria, que, desaparecida del templo Arsínoe Afrodita, fue

descubierta por el astrónomo Conón, huésped del Museo, en el cielo convertida en estrella.

Para sus contemporáneos, Calímaco fue la figura principal de la poesía alejandrina y la gran cantidad de fragmentos de sus obras encontrados en Egipto, muestra la admiración sentida por él. De sus trabajos poéticos, además de los *Orígenes* e *Himnos* citados, se conservan unos cuantos epigramas y noticias y fragmentos de otras obras, como trece *Yambos* y el pequeño poema *Hécale*. En todos hace gala de erudición, como en los escritos en prosa, que dedicó a temas léxicos, mitológicos y a simples curiosidades. Fue un escritor muy prolífico cuyas obras ocupaban 800 volúmenes.

Un error en la traducción latina de los *Prolegómenos a Aristófanes* del erudito bizantino J. Tzetzes hizo pensar a muchos que efectivamente había sido bibliotecario por la gran consideración de que gozó en el mundo de las letras, por el papel importante que tuvo en los medios intelectuales alejandrinos y porque, además, fue el autor de una obra bibliográfica excepcional no igualada en la Antigüedad: Los *Pínakes o Tablas de todos los que fueron eminentes en cualquier género literario y de sus obras,* en 120 volúmenes.

Del texto de Tzetzes puede desprenderse que los *Pínakes* son simplemente un catálogo de la Biblioteca de Alejandría. Pero, ciertamente, son

algo más, un inventario crítico de la literatura griega, pues tratan de obras antiguas que ya estaban perdidas en su tiempo y de problemas de autenticidad. Estaban divididos en varios apartados, de los que conocemos algunos: épica, tragedia, comedia, filosofía, medicina, retórica, legislación y miscelánea. En algunos apartados había subdivisiones, y, dentro de éstas, artículos consagrados a cada autor, ordenados alfabéticamente, que se iniciaban con unos apuntes (nombre, lugar de nacimiento, padre, apodo si lo tuvo, maestro, el género cultivado y el dialecto utilizado) y en los que se incluían, cuando era preciso, análisis sobre posibles atribuciones y clasificaciones. Se completaban con la relación alfabética, cuando era posible, de todas las obras. Junto al título de cada una ponía las palabras iniciales, el número de líneas o una nota, si era necesario, sobre su autenticidad. Algunas de estas listas han llegado a nosotros, como la que contiene 73 obras de Esquilo o las de Aristófanes.

No había ningún antecedente en lengua griega y por lo tanto fue suyo el mérito de planear y de llevar a cabo una empresa tan amplia y tan original. La idea debió de surgir del crecimiento gigantesco de la producción literaria griega y de la difusión del libro para le lectura individual. En lo que se refiere a la ordenación técnica, quizá Calímaco llegó a tener noticias de las grandes bi-

bliotecas de Babilonia y Asiria y de las técnicas bibliográficas usadas por los filólogos y bibliotecarios que trabajaron en ellas. Mas no hay posibilidad de encontrar el eslabón de la cadena que asegure la transmisión de la técnica descriptiva de los bibliotecarios acadios a Alejandría.

Sin embargo, se pueden detectar algunos elementos comunes en ambas descripciones que hacen pensar en una influencia, posible por la incorporación política de los viejos pueblos mesopotámicos al nuevo mundo helenístico. Así tanto en las tabletas de arcilla como en los papiros, el título se colocaba al final del texto, y en los catálogos, además del título, se cita el *incipit,* comienza, o palabras iniciales. En las tabletas y rollos, a veces, se consigna el número de líneas e incluso en los márgenes del texto se van anotando las líneas ya escritas. Igualmente estas cifras pueden figurar en los catálogos. Finalmente no faltan rollos, como tabletas, en los que el escriba ha hecho algunas observaciones personales sobre el texto.

De otros dos *Pínakes* suyos tenemos noticias. Uno se titula *Tabla y registro de los poetas dramáticos en orden cronológico desde el comienzo*, basados en la *Didascaliaí* de Aristóteles y conservados parcialmente en unas inscripciones romanas que quizá adornaban las paredes de la Biblioteca. El otro *Pínax* se refiere al léxico de Demócrito.

Aunque parece haber sido hombre de profundos y enciclopédicos conocimientos, es muy probable que sus *Pínakes* no fueran una obra exclusivamente personal, sino el resultado del trabajo de un equipo dirigido, claro está, por él. Del hecho de haber contado con un grupo de jóvenes a sus órdenes, pudo surgir la nómina generosa de discípulos célebres que se le asigna, así como su supuesta dirección de la Biblioteca.

Resumiendo, los *Pínakes* no fueron superados en la Antigüedad y sirvieron para hacer el inventario de los libros griegos que se habían escrito y se iban escribiendo en número cada vez mayor, para ponerlos en orden y facilitar su manejo y estudio en la Biblioteca y, por último, para evitar su desaparición.

Discípulos de Calímaco fueron Hermipo de Esmirna, Istro y Filostéfano, que escribieron, respectivamente, biografías, y sobre historia y geografía.

También fue importante en la corte alejandrina el gran poeta **Teócrito**, amigo de Calímaco, que debió de frecuentar el Museo y utilizar la Biblioteca, y estuvo bien considerado por los reyes a los que aduló en sus poemas. Había nacido y se había criado en Sicilia en las últimas décadas del siglo cuarto y, después de una estancia en Italia y en la isla de Cos, se estableció en Alejandría,

donde vivió en la primera mitad del siglo tercero invitado por Filadelfo, que le debió de conocer en Cos y admirar su obra.

Su poesía, evocación de los campos sicilianos con los amores de los cabreros y campesinos, no sólo agradó en la gran polis, sino que influyó en la creación de la literatura bucólica, que gustó en Roma y en la Europa de la Edad Moderna. Destacó por sus obras cortas, que fueron llamadas posteriormente idilios, por los himnos y también por la curiosa moda de la tecnopegnia, consistente en la descripción de un ser u objeto, que quedaba dibujado por la distinta longitud de los versos, como su famosa *siringa*. También cultivó el *epýllion*, poema narrativo breve sobre la vida de personajes míticos en la que el amor tenía un gran protagonismo.

Durante el Imperio Romano el rescoldo cultural creado por la Biblioteca y el Museo propició un gran ambiente cultural en la ciudad y fueron muchas las personalidades que, a pesar de haber vivido en otros lugares, sintieron, como Plutarco, la tentación de visitarla para consultar los libros y escuchar y departir con los grandes hombres que en ella residían. El peso de Alejandría fue durante estos siglos similar al de Roma, capital del Imperio, o al de Atenas con sus escuelas. También en tiempos cristianos, pues hubo pensadores que tomaron parte muy activa en las discusiones teológicas.

Aunque la aportación a la filología de los alejandrinos fue muy grande, no todos los huéspedes del Museo y los lectores de la Biblioteca tuvieron interés en ella y en la poesía. Los hubo interesados en cuestiones religiosas y filosóficas. Además, la ciudad estuvo abierta a doctrinas variadas y esotéricas, como la astrología, que había aparecido en Mesopotamia y que se basaba en la influencia de los astros en la vida humana. Su doctrina ha perdurado hasta nuestros días en la creencia popular en los horóscopos.

La hermética, recogida en una serie de obras, *Corpus Hermeticum*, atribuidas a un personaje fabuloso, Hermes Trismegisto, parece una versión griega de los escritos del dios egipcio Thoth, pero en realidad es un conjunto de pensamientos egipcios, gnósticos, judíos y griegos, que tratan de dar confianza al hombre y proporcionarle respuestas a sus posible dudas y vacilaciones. El interés por estas obras perduró hasta el Renacimiento.

La alquimia, que nació en Egipto junto a la hermética, es nombre creado por los pensadores musulmanes. Se inició como resultado de la combinación de técnicas químicas, metalúrgicas y del vidrio, con doctrinas esotéricas, astrológicas, mágicas y místicas, aunque en un principio no buscaba la piedra filosofal, elixir, ni la conversión de metales en oro, que fue su destino posterior.

En Alejandría, su ciudad, vivió **Filón,** a caballo entre los siglos primero antes y después de Cristo, persona principal de la comunidad judía, y como tal fue enviado a Roma por sus correligionarios, misión que ha descrito en un opúsculo. Notable por sus estudios sobre la doctrina judía, estuvo muy influido por la filosofía griega, Platón, Aristóteles y los estoicos, e influyó, a su vez, en el pensamiento cristiano y en el neoplatonismo posteriores. Destacó por sus comentarios al Antiguo Testamento, en especial al Génesis, que explica recurriendo a la alegoría.

Probablemente egipcio, **Plotino** terminó sus días en Roma e Italia, siglo segundo, cuyos escritos, medio centenar, fueron recogidos por su discípulo Porfirio y ordenados en seis *Enéadas*, nombre de series de nueve obras. Sus ideas influidas, por el pensamiento oriental, han sido apreciadas de forma distinta a lo largo de la historia, pero se le ha considerado uno de los pensadores más profundos.

Los cristianos en Alejandría se vieron expuestos a las controversias religiosas motivadas principalmente por los gnósticos y los arrianos. El primer gnóstico parece haber sido el alejandrino Cerinto, judío convertido al cristianismo, del que no se ha conservado texto alguno, y que mantuvo contacto con San Juan Evangelista. Basílides en el siglo segundo llevó a cabo en Egipto una am-

plia labor predicadora y entre sus obras destacan un comentario al evangelio de San Lucas en 24 libros, que se ha perdido, así como *Salmos* y *Odas*. También se tienen noticias de cuatro obras de su hijo y seguidor Isidoro, como de algunas obras perdidas de Valentín, que vivió en el siglo segundo.

Clemente de Alejandría, segunda mitad del siglo segundo, nació en Atenas en una familia pagana. Convertido al cristianismo estudió en la escuela catequística de Alejandría, dirigida por Panteno, que él mismo dirigió más tarde, hasta que en 202 escapó a Capadocia huyendo de la persecución de Septimio Severo y allí murió en la segunda década del siglo tercero. Muchos de sus escritos se han perdido, pero entre los que han sobrevivido más o menos completos se encuentran *Exhortación a los griegos* para probar la superioridad del cristianismo sobre las religiones y filosofías paganas, el *Pedagogo*, exposición de las enseñanzas morales de Cristo, y *Strómata*, *Tapices*, con materia variada. Tenía un buen conocimiento de la literatura griega y una gran fe, pero sus ideas religiosas no fueron bien acogidas porque no renunciaba al conocimiento racional.

Orígenes, que vivió en la primera mitad del siglo tercero, nació en Alejandría en una familia cristiana, fue víctima de las persecuciones religio-

sas, pues su padre pereció en las de Septimio Severo. Fue discípulo de Clemente en la escuela catedralicia, que dirigió posteriormente a pesar de ser laico, aunque finalmente fue ordenado sacerdote. Viajó a Roma y después se estableció en Palestina, donde sufrió en sus carnes la persecución ordenada por Decio. Su autoridad fue reconocida en la Iglesia oriental en criticismo textual de la *Biblia,* en exégesis y en teología, y ejerció una gran influencia en la comunidad cristiana. Tuvo muchos seguidores, pero algunas de sus ideas no fueron aprobadas por las autoridades eclesiásticas y fue repetidamente condenado.

La mayoría de sus numerosas obras se ha perdido. Entre ellas destaca la *Héxapla*, que presentaba el texto bíblico distribuido en seis columnas destinadas respectivamente al texto hebreo del Antiguo Testamento, a su transliteración en caracteres griegos, a las versiones griegas de Aquila y Sínmaco, a la *Septuaginta*, y a la revisión de Teodoción. Sólo han sobrevivido fragmentos. Mejor suerte han tenido algunos comentarios bíblicos, con tendencias alegóricas y buscando un sentido moral y místico, conservados, además, en las versiones latinas de Rufino y San Jerónimo. Una exposición del dogma cristiano contiene su temprano *De principiis*, al que siguieron *Contra Celso*, *Exhortación al martirio*.

Sinesio de Cirene, de noble familia, viajó a Atenas y a Bizancio y residió largas temporadas en Alejandría, donde fue discípulo de Hipatia, hija del matemático Teón, que murió arrastrada por la calle en una revuelta de cristianos. Ocupó cargos políticos y escribió notables himnos, tratados, homilías y discursos, muy admirados en Bizancio por su contenido y estilo. Acabó sus días siendo obispo de Tolemaida.

También se cultivó la historia y uno de sus más destacados historiadores fue, como hemos indicado, el fundador de la dinastía, Tolomeo Sóter, autor de una obra sobre las campañas de Alejandro, valiosa por haber sido testigo presencial de los hechos narrados. También había que recordar a Hecateo de Abdera, contemporáneo de Sóter y autor de una popular *Historia de Egipto, Egipcíaca*, en la que se inspiró el egipcio **Maneto de Sebénnito**, sacerdote de Heliópolis, que asesoró a Sóter en el establecimiento del culto a Sérapis. Escribió en griego, quizá por encargo de los reyes, una historia de Egipto, desde los primeros tiempos, que dedicó a Filadelfo y para la que usó las listas de los reyes y documentos históricos. Menciona las treinta y una dinastías y las divide en tres partes, que se vienen a corresponder con el antiguo, medio y nuevo imperio. El texto se ha perdido,

pero fue utilizado por historiadores posteriores que han conservado algunos fragmentos. En el siglo segundo d. C. Apolonio de Alejandría, que en Roma ejerció la abogacía, escribió una *Historia de Roma*, de la que se han conservado algunos libros.

El gran número de estudiosos que trajo la difusión del libro y la formación de bibliotecas tuvo como consecuencia la aparición de ciencias particulares desgajadas del tronco común de la filosofía. Hubo, consecuentemente, científicos dedicados a la astronomía, a las matemáticas y a la medicina, entre otras materias, cuyas obras traducidas al árabe impulsaron el pensamiento de los países islámicos y, posteriormente, a partir del siglo doce, el cristiano europeo. También se preocuparon del progreso técnico, que se orientó al servicio de la guerra y al juego o entretenimiento, desentendiéndose de la utilización de las máquinas para reemplazar el trabajo humano, que hubiera influido en la vida económica.

Figura destacada en este campo fue Ctesilio, hijo de un empleado de Filadelfo, del que no se conserva, sin embargo, obra alguna. Preocupado por las máquinas neumáticas, fue el inventor, entre otros ingenios, del órgano de agua y del reloj también de agua, de una bomba de incendios y de una catapulta que utilizaba cuerdas retorcidas.

La astronomía fue estudiada por razones filosóficas y religiosas, aparte de por su utilidad para la navegación y la fijación del calendario. También por simple curiosidad. En las explicaciones del universo se debatieron entre el geo y el heliocentrismo.

Dentro de los astrónomos y matemáticos notables figura Hiparco de Nicea, siglo segundo a. C., que vivió temporalmente en Alejandría, atacó a Arato por los errores en la descripción de los astros en sus *Fenómenos* y tuvo gran fama en la Antigüedad hasta el extremo de creerse que sus ideas, fruto de continuas observaciones, fueron incorporadas a sus obras por Claudio Tolomeo.

También lo fueron las de **Apolonio de Perga**, Panfilia, segunda mitad del siglo segundo a. C., que se formó en Alejandría entre los discípulos de Euclides, destacó por sus estudios sobre las secciones cónicas, confeccionó tablas de eclipses, se interesó por la óptica y su autoridad ha sido reconocida hasta el siglo XVIII. De sus ocho libros, cuatro se han conservado en griego, tres en árabe y el último se ha perdido. Su papel en el estudio de las secciones cónicas es similar al de Euclides en geometría. Recordemos, también, al citado Conón, al que le dio fama el descubrimiento de una nueva estrella, *Coma Berenice*.

Pero la aportación al conocimiento de la astronomía más importante hecha por un alejandri-

no fue la de **Claudio Tolomeo,** nacido en Tolemaida, que vivió en el siglo segundo d. C. Tras numerosas observaciones y estudios matemáticos dio a conocer su teoría geocéntrica, que la Tierra estaba fija y a su alrededor giraban el Sol, la Luna y los planetas, teoría que ha perdurado a lo largo de más de un milenio, hasta que la echó abajo Copérnico. Su obra más importante fue *Mattematika Syntaxis, Composición Matemática*, conocida en la Edad Media como *Almagesto* por los estudiosos árabes, que es una abstracción, no una representación del mundo físico. Igualmente realizó un catálogo de más de mil estrellas. Su *Tratado de Geografía* ha tenido larga vigencia por su descripción del mundo y en él menciona más de ocho mil nombres de lugar y fija su longitud y latitud, aunque la noticia de las tierras excéntricas y poco conocidas del norte, del este y del sur contenían grandes errores. Algunas de sus obras nos han llegado en traducciones latinas medievales de obras árabes. Estuvo también interesado por la música y por la óptica.

Euclides escribió, acogido al Museo, sus famosos *Elementos* en quince libros, base de la ciencia matemática durante siglos, que estuvieron presentes en las bibliotecas medievales y fueron impresos a partir del siglo quince. Se cuenta que contestó a Tolomeo I, cuando le preguntó si había

un camino más corto para entender sus ideas, que en geometría no había caminos reales. Escribió también sobre astronomía, óptica y secciones cónicas.

Arquímedes, matemático e inventor, vivió en Siracusa y fue muerto por un soldado romano durante el asalto de la ciudad por las tropas de Marcelo mientras estaba ensimismado en los cálculos que hacía en la arena. Su trágica muerte y su fama de hombre preocupado por su vida interior han dado lugar a frases legendarias como "Dadme un punto de apoyo y moveré la Tierra", o a la exclamación *Eureka* cuando descubrió la ley del impulso de las aguas sometidas a presión. Fue admirado por su capacidad inventiva, que se materializó en instrumentos y máquinas para la defensa de Siracusa. Tuvo buenas relaciones con los alejandrinos porque en su juventud vivió en la ciudad y fue amigo de Conón de Samos y del bibliotecario Eratóstenes, al que dedicó su obra *Método,* cuyo texto ha sido descubierto en 1906 en Constantinopla. Se conservan bastantes obras suyas en griego y algunas en árabe. Descubrió la fórmula del área del triángulo y el valor de *pi*.

Herón de Alejandría vivió quizá en la segunda mitad del primer siglo de la era cristiana. Se dedicó a las matemáticas y a la mecánica aplicada, sin ser original en ninguno de los dos cam-

pos, porque fue principalmente un recopilador de ideas ajenas. Se interesó más por la de problemas prácticos que por la teoría. Sin embargo, sus obras tuvieron gran predicamento en Roma y en la Edad Media. Entre ellas destacan *Métrica,* tres libros dedicados a la medición de superficies y volúmenes, *Dioptra,* sobre instrumentos para medición a distancia, *Neumática,* sobre ingenios accionados por aire a presión y corrientes de agua, y *Mecánica,* tres libros conservados sólo en árabe, dedicada al movimiento de pesos con el menor esfuerzo.

Teón de Alejandría, matemático y astrónomo, editor de los *Elementos* y comentador de *Almagesto* de Claudio Tolomeo, recogió las *Tablas manuales* de éste, única versión conservada, que gracias a él fueron conocidas entre los estudiosos árabes y después entre los cristianos.

Finalizando la Edad Antigua, siglo cuarto, vivió **Pappo de Alejandría**, matemático que concibió teorías interesantes, pero cuya apreciación mayor se debe a las informaciones que facilitó de matemáticos anteriores, entre otros Euclides, Tolomeo y Arquímedes. De su obra más importante, *Synagogé,* «Colección», sobreviven algunos libros.

Nacido a finales del siglo primero a. de C. en el Ponto y testigo de su incorporación a Roma, **Estrabón** visitó Alejandría durante alguno de sus

numerosos viajes y vivió en ella cuatro años trabajando en la Biblioteca. Su *Geografía* en 17 libros, una de las obras más importantes de la Antigüedad, es un documento valioso para el conocimiento de la ciudad, que en realidad formaba parte de una obra que pretendía ser la continuación de Polibio. Recordamos entre los cultivadores de la geografía, cuyo nombre acuñó, al mencionado Eratóstenes.

Un puesto destacado en los progresos de la anatomía y fisiología le corresponde a **Herófilo de Calcedonia**. Descubrió los nervios, averiguó que partían del cerebro y de la médula espinal, y que las arterias llevaban sangre, impulsada por el corazón, todo ello mediante la vivisección practicada sobre criminales cedidos por el rey. Tertuliano le recriminó en *De anima* por la crueldad que suponía la vivisección. También le censuró el romano Celso, pero en aquellos tiempos no todos sentían escrúpulos humanitarios y Mitrídates VI y Atalo III solían envenenar a criminales para comprobar los efectos de los antídotos.

Pero el gran médico de la Antigüedad fue **Galeno de Pérgamo**, siglo segundo d. de C., que de médico de gladiadores en Asia Menor llegó a serlo en Roma del emperador Marco Aurelio. Hombre entregado a los libros, primero le sedujo la filosofía pero acabó dedicado plenamente a la

medicina. Seguidor de Platón y de los hipocráticos, dominaba la teoría y la práctica, la diagnosis y la prognosis, y pensaba que el médico tiene que tratar con individuos. Destacó en anatomía y fisiología, a cuyo dominio llegó tras cuidadosas disecciones. Probó que, a través de las venas y arterias, corría la sangre. Su autoridad posterior fue comparable a la de Aristóteles. Como en el caso de Claudio Tolomeo, las teorías de Galeno se mantuvieron un milenio.

Contemporáneo de Galeno, vivió alrededor del año 200, fue **Ateneo de Náucratis**, conocedor de Alejandría, tan próxima, y autor de un libro curioso, *Deipnosophistaí,* «El banquete de los eruditos», perteneciente a la literatura de simposios. Describe un banquete que dura una semana ofrecido a sus huéspedes por un rico romano, Larensis, en cuya casa romana se celebra la reunión. Es una erudita exhibición que se centra principalmente en la descripción de los banquetes y en la de una gran variedad de alimentos. Abundan las reflexiones filológicas y las citas literarias, en especial de los poemas homéricos. Recoge citas de más de mil autores, otras tantas obras e incluye más de diez mil versos. Cita también anécdotas y noticias de personajes famosos, de desfiles brillantes organizados por Antíoco Epífanes y los Tolomeo, así como la descripción de las sober-

bias naves mandadas construir por Filopátor y Hierón, de dimensiones tales esta última que tenía problemas para gobernarla y se la regaló a los reyes de Egipto. No le falta a Ateneo el sentido del humor, como muestran los versos, muy alejados del espíritu homérico, de Eubulo, prolífico autor de comedias aficionado a la parodia, que cita a propósito de las desventuras de los guerreros que acudieron a Troya:

Aún más, ni una sola cortesana conoció a ninguno
de ellos: se manosearon unos a otros durante diez años.
Amarga campaña vieron ellos que, habiendo tomado
una sola plaza, se marcharon con los culos mucho más
anchos que la ciudad que entonces expugnaron.

BIBLIOGRAFÍA

Biblioteca Clásica Gredos contiene textos de muchos autores griegos, entre otros de Amiano Marcelino, Apolonio de Rodas, Aquiles Tacio, Arato, Aristóteles, Arriano, Ateneo, Aulo Gelio, Calímaco, Caritón de Afrodisias, Catulo, Cicerón, Clemente de Alejandría, Dion Casio, Euclides, Eurípides, Filón de Alejandría, Flavio Josefo, Galeno, Heliodoro, Herodas, Heródoto, Hesíodo, Homero, Isócrates, Jenofonte, Jenofonte de Éfeso, Longo, Lucano, Menandro, Nepote, Orosio, Pausanias, Platón, Plotino, Polibio, Porfirio, Plutarco, Pseudo Calístenes, Quinto Curcio, Séneca, Sinesio de Cirene, Sófocles, Suetonio y Tito Livio, aparte de los contenidos en volúmenes varios: *Antología Palatina. Bucólicos griegos, Los gnósticos, Oráculos caldeos, Poesía helenística menor* y *Tratados hipocráticos.*

Fraser, Peter Marshall, *Ptolemaic Alexandria*, 3 vols., New York, 1972.

Guzmán Guerra, Antonio, y Francisco Javier Gómez Espelosín, *Alejandro Magno. De la historia al mito,* Madrid, 1997.

Hammond, N. G. L., *Alejandro Magno. Rey, general y estadista,* Madrid, 1992.

Jaeger, Werner, *Paideia: los ideales de la cultura griega*, 2.ª ed., México, 1962.

Kenyon, Frederic G., *Books and Readers in Ancient Greece and Rome*, 2.ª ed., Oxford, 1951.

Lesky, Albin, *Historia de la literatura griega*, Madrid, 1968.

Parsons, Edward Alexander, *The Alexandrian Library,* Amsterdam, 1952.

«Origins of the Mouseion of Alexandria», en Conrad H. Rawski, *Toward a Theory of Librarianship: Papers in Honor of Hesse Hauk Shera*, Metuchen, N. J., 1973.

Pfeiffer, Rudolf, *Historia de la filología clásica,* Madrid, 1981.

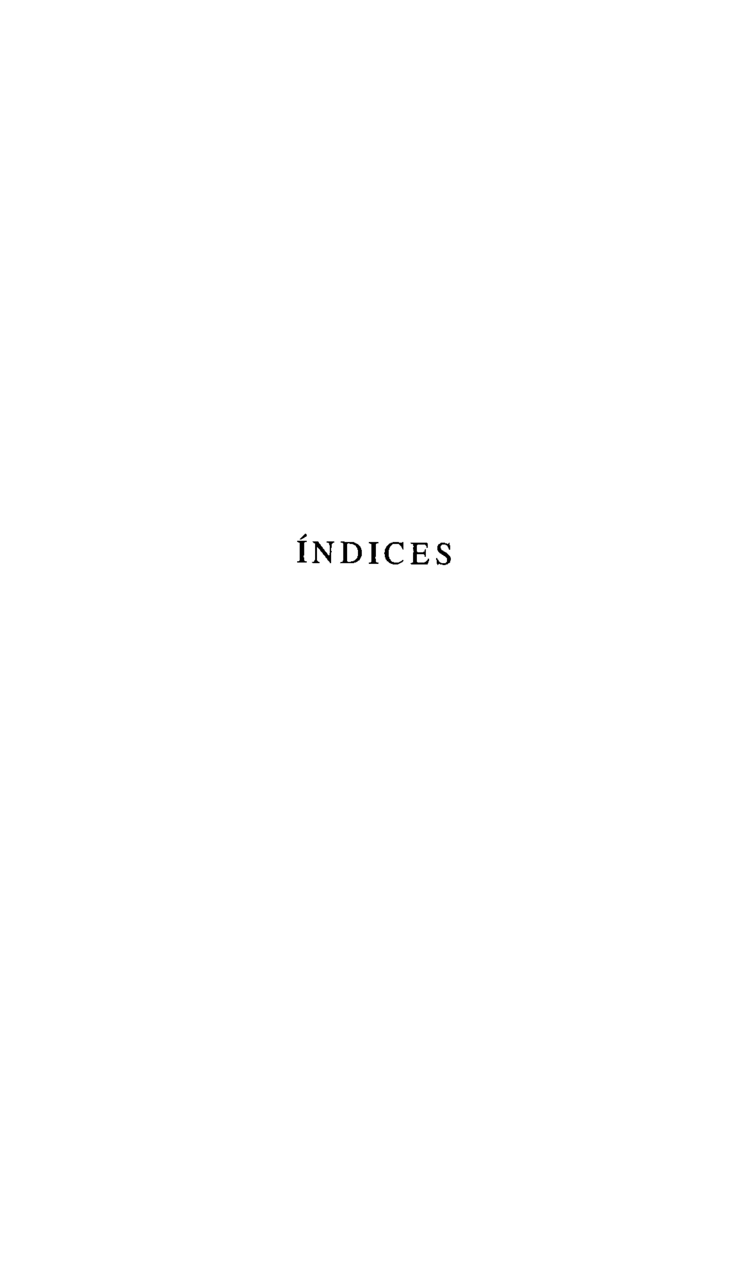
Sánchez Ruipérez, Martín, y Antonio Tovar, *Historia de Grecia*, Barcelona, 2.ª ed., 1970.

Sandys, John Edwin, *A history of classical scholarship*, reimp., New York, 1967.

Starr, Chester G., *Historia del Mundo Antiguo*, Madrid, 1974.

Tarn, W., y G. T. Griffith, *La civilización helenística,* México, 1969.

Turner, E. G., *Greek Papyri. An Introduction,* Princeton, 1968.



ÍNDICES

ÍNDICE ALFABÉTICO

ÍNDICE GENERAL